



**LANCHICA
QUE LLEVABA
UNA PISTOLA
EN EL TANGA**
NACHO CABANA

PREMI  CONFIDENCIAL 2014
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA

Lectulandia

En Madrid, dos *skinheads* atacan a una familia rumana y matan a su hija pequeña. Violeta y Carlos, agentes de la comisaría de Centro, detienen a los agresores y siguen su pista hasta el burdel de Murcia donde trabaja la hermana mayor de la niña asesinada.

En México DF, Pedro, un español casado y con una hija de once años, malvive trabajando como taxista y obteniendo comisiones de los clubes de alterne a los que lleva a sus clientes. Harto de pasar estrecheces económicas, Pedro se verá inmerso en una trama internacional de trata de blancas donde descubrirá el lado más oscuro de la prostitución.

Cómo se relacionan ambos casos y cuáles son las consecuencias en las vidas de Violeta, Carlos y Pedro será lo que averigüemos en esta novela trepidante y muy cinematográfica. Un verdadero *tour de force* sembrado de pura acción y tiroteos en el que nadie saldrá ileso.

Lectulandia

Nacho Cabana

La chica que llevaba una pistola en el tanga

ePub r1.1

dacordase 04.11.14

Nacho Cabana, 2014

Editor digital: dacordase
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, por ser fan antes de leer un párrafo de esta novela.
A los Catorce, que siempre están ahí.
A mi padre.

«En alguna ciudad habrá
un taxi que conduzcas tú.
Y algún desierto
en que nos encontraremos los dos.»

ESCLARECIDOS, *En algún desierto*

Los *skinheads* no se tatúan con henna

Violeta conduce a 120 kilómetros por hora en dirección contraria por la Gran Vía, un jueves de madrugada, y eso la relaja. Se concentra en esquivar los obstáculos que encuentra por el camino y en prevenir los que puedan aparecer. También le divierte ver la cara que pone Carlos, su compañero de patrulla; a pesar de llevar ya casi un año trabajando con ella, aún no se ha acostumbrado a los giros en U que tanto satisfacen a la oficial de Policía. Unos patriotas calvos le están dando una paliza a un grupo de gitanos rumanos en el paso subterráneo que comunica la plaza de España con la Cuesta de San Vicente, probablemente uno de los lugares más feos de Europa Occidental. Tienen que llegar antes de que sea demasiado tarde, así que Violeta le ordena a Carlos que se agarre y, cinco minutos después, ella está corriendo detrás de dos rapados por la calle Cadarso mientras su compañero avisa por radio al SAMUR para que venga a coserles la cabeza a Alexandru Gheoghiu, su esposa y su hija.

Los dos cabezas rapadas intentan despistar a Violeta metiéndose por la rampa que desemboca en una calle privada que vertebra un enorme patio de manzana donde arquitectos del desarrollismo erigieron las hermanas pobres de las viviendas exteriores con vistas al Palacio Real. Cuando la policía entra, no hay rastro de los dos chavales aburridos en busca de una diversión nocturna más radical que el botellón. Violeta saca su arma y camina con ella en la mano a la espera de un ruido o algo que delate la presencia del enemigo. La cancela de un portal se abre y un ama de casa sale de la suya sin motivo aparente, dada la hora. Violeta le hace un gesto con la cabeza para que vuelva adentro, y la señora obedece sumisa y asustada. Al fondo de la calle, un edificio tiene los accesos a las viviendas al aire libre, como una corrala partida por la mitad. La luna casi llena permite a Violeta vislumbrar a dos personas subiendo la escalera de ese inmueble y corre para allá. Cuando se dan cuenta de que los están siguiendo, aceleran el paso. Violeta se acerca todo lo que puede, les apunta y les grita que estén quietos. Los agresores de Mioara Carauleanu, de su esposo y su hija hacen caso omiso, saben que los policías españoles no disparan casi nunca y suben corriendo al tejado con la intención de saltar desde allí a la cubierta del antiguo cine Príncipe Pío, que ocupa buena parte del patio de manzana. Violeta adivina sus intenciones y corre hacia una escalera de incendios, de forma que cuando los dos veladores de la raza hispana saltan creyéndose a salvo se encuentran a Violeta apuntándoles y ahora ya saben que ella no es como los agentes que les han perseguido antes.

Violeta les obliga a dejar las armas blancas que llevan sobre el tejado de la

antigua sala de programa doble, luego les pide cortésmente que se tumben boca abajo, pongan sus manitas en la nuca y saca las esposas para bloquearlos. La oficial de Policía se fija en el retrato de Hitler que el más alto de los caucásicos de la calle Castelló lleva en el antebrazo. Una vez que ya les tiene a su merced, recibe una llamada de Carlos: Luminita, de seis años de edad, hija de Mioara y Alexandru, acaba de morir camino del hospital a causa de los golpes recibidos en el subterráneo con los semáforos peor coordinados de la ciudad.

Violeta clava la mirada en los ojos autosuficientes de Marcos Úbeda y Federico Úbeda antes de pegarle al primero una patada en la cabeza.

Si el segundo se libra de otro golpe es porque ha tenido la precaución de no reírse al escuchar la noticia del infanticidio.

Violeta baja las escaleras de la calle peatonal que conducen hasta una puerta metálica negra en la que no hay más inscripción que una placa que reza «Club Eclipse». Desde su casa tarda unos cincuenta minutos en llegar hasta aquí con la moto.

Toca el timbre y espera a que le abran la puerta. Nada más entrar, hay un guardarropa que es donde se compra la entrada. Mientras Violeta paga los veinte euros que cuesta el acceso a mujeres solas (la mitad que a hombres solos y lo mismo que pagaría si fuera en pareja, pero ella nunca acude en pareja al club Eclipse) ya puede escuchar gemidos detrás de la gruesa cortina roja que la separa del local. Apenas la atraviesa, siente las miradas de los hombres sobre su cuerpo y respira el olor a sudor y a sexo. Pide una cerveza en la barra mientras sus ojos se acostumbran a la penumbra. La luz y las palabras destrozarían la sensación que tiene en estos momentos y con la que tan segura se siente. Paga su consumición con el vale que le dieron al entrar y se dirige a un sillón enfrente del cual hay una mujer de unos cincuenta años con los pechos fuera del sujetador, las piernas abiertas y un calvo perdido entre ambas. Violeta se pone cómoda, no tardará en estar ella también desnuda, y mira a su derecha. Un tipo con aspecto de haber pasado los mejores años de su vida vendiendo pisos busca nervioso con la mirada a alguna mujer que lo acepte como atleta sexual, lo que en este ambiente no resultaría extraño si no fuera porque con él va una mujer de metro ochenta y cinco, rasgos asiáticos de segunda o tercera generación, pechos tan operados como firmes y unas piernas perfectas calzadas con una imitación poco lograda de un modelo de Christian Louboutin.

Se trata, sin duda, de una prostituta. Es algo bastante habitual y que los responsables de los locales liberales intentan evitar: hombres que pagan a una meretriz para que les acompañe y así, por algo más de lo que cuesta un servicio de la chica, tienen la posibilidad de tirarse a las hembras que se dejen y que han acudido al *swinger* con su pareja, marido o follamigo.

El agente de la propiedad le indica a su desproporcionada acompañante que

acaricie la espalda del calvo, que sigue con la nariz entre los muslos de su cónyuge. La asiática de segunda o tercera generación obedece sin entusiasmo y el rapado, al notar la mano de la prostituta, levanta la cabeza y sabe en ese mismo instante que le acaba de tocar el premio gordo de la noche. Mira a su esposa, que mira a su vez al empleado de Tecnopiso, y asiente. Se guarda los pechos, se sube las bragas y se van los cuatro juntos hacia el laberinto.

Violeta se levanta y les sigue.

Las infraviviendas son como los pescados, en cada país se llaman de una forma diferente. En Venezuela se refieren a ellas como «ranchitos»; en Argentina las llaman «villas miseria»; en México, «ciudades perdidas»; y en España, con un sustantivo de esos cuya sonoridad está acorde con su devastado contenido: chabola.

Las chabolas de la periferia de Madrid son lugares muy visitados por la Policía Nacional. Cuando Violeta entró en el cuerpo, los veteranos de su unidad le gastaron la broma de mandarle llevar una citación judicial al poblado de El Salobral, ahora ya derruido. Le dieron el nombre del encausado y su dirección, así que, pensó, no podría ser muy complicado hacérsela llegar. Con lo que no contaba Violeta, pero sí sus compañeros, era con que los gitanos, apenas olían un coche patrulla, comenzaban a cambiar de sitio los precarios letreros que bautizaban las improvisadas vías, de forma que la calle uno se convertía en la seis, la seis en la veinticinco y la veinticinco en la avenida Camarón de la Isla.

Afortunadamente, la citación era falsa.

Violeta y Carlos entran al poblado de El Gallinero, un asentamiento habitado casi exclusivamente por gitanos rumanos y ahora sentenciado a muerte para que un club de fútbol construya aquí su nuevo estadio e intente volver a hinchar la burbuja inmobiliaria llenando de pisos todos los alrededores. Durante seis años, este terreno ha albergado sus chabolas, desde que en 2007 los ciudadanos rumanos estrenaron la libre circulación por la UE y se vinieron a vivir entre ratas y cobre robado a escasos quince kilómetros de la Puerta del Sol. Los policías preguntan dónde pueden localizar a Mioara y Alexandru, ambos recibieron varios golpes días atrás en el paso subterráneo de la Cuesta de San Vicente, donde la peor parte se la llevó su hija pequeña.

Luminita sigue sin poder ser enterrada. Los recortes presupuestarios han llegado hasta el Anatómico Forense y la autopsia se demora más de lo previsto, por lo que el matrimonio aún no ha podido alcanzar el consuelo espiritual de enterrar a su pequeña de seis años, que ya nunca visitará Bucarest cuando sea mayor.

Según avanzan por el poblado, Violeta y Carlos se cruzan con varias familias que llevan en la mano ropa de niña y juguetes que revisan con curiosidad y cierta admiración. Una mujer le prueba a su hija una blusa amarilla con volantes que le queda algo pequeña pero que le acaba entrando por la cabeza. Dos hermanas gemelas

se pelean por una muñeca a medio vestir mientras otro niño viste orgulloso una camiseta de Pocoyó. A Violeta le llama la atención que todo parece estar bastante nuevo.

En la puerta de la chabola de Mioara y Alexandru hay un pequeño montón de objetos que a buen seguro formaron parte del inconsciente lúdico de Luminita hasta la misma mañana del día de su muerte. Los padres de la pequeña están regalando a sus vecinos todo lo que pertenecía a su hija. Carlos y Violeta se bajan del coche patrulla. Al ver a los agentes de la ley, los gitanos ralentizan los movimientos para que no piensen que huyen al verles, y se van retirando hacia sus aposentos con el botín.

Mioara no reconoce a Violeta y a Carlos como los policías que llegaron para salvarles la vida a ellos pero demasiado tarde para hacer lo mismo con su hija. Pero su marido, sí. Alexandru les pregunta qué quieren y Violeta le contesta que llevarles a comisaría para que identifiquen a sus agresores. El matrimonio de rumanos se resiste a acompañarles, ni siquiera han podido enterrar a su pequeña.

—Se hará justicia, se lo aseguro —les intenta convencer Carlos—. Con su ayuda, los culpables se pudrirán en la cárcel, pero tienen que acompañarnos para evitar que otras personas sean agredidas.

Mientras, Violeta se cuela, sin orden de registro, en el interior de la chabola y se fija en la caja de una enorme televisión de pantalla plana y tecnología Led, apoyada en una de las precarias paredes de cartón y lata. Una de sus esquinas está rota, revelando que el electrodoméstico de consumo sigue en su interior. Violeta se extraña (pero no mucho) y sale de la chabola cuando Carlos ya ha convencido a Alexandru de que entre en el coche y este está a punto de persuadir a su esposa.

—¿De dónde han sacado la televisión que hay dentro de la caja? —pregunta Violeta señalando el interior de la vivienda.

—María, regalo. Si la quieres, barato —contesta en tarzanesco castellano Alexandru.

—¿Quién es María?

—Hija... La otra hija...

—¿Vive con ustedes?

—No, no...

Mioara entra por fin al coche.

Violeta habla con Ferrero, su inspector jefe y la persona que le enseñó a desaprender todo lo que le habían inculcado en la Academia de Ávila. A saber, que todo eso de la Policía democrática y respetuosa con los derechos de los detenidos está muy bien de cara a la prensa y al Ministerio del Interior, pero que dentro de una comisaría como la de la calle Leganitos (vieja, laberíntica y con una peluquería en sus sótanos) no deja de ser una opción. Violeta empezó a trabajar aquí en 1995, un

tiempo en el que, de vez en cuando, ETA mataba a un compañero para reivindicar la libertad del País Vasco. Ferrero es uno de esos policías que jamás dejarán de serlo, que no se jubilarán, que nunca dejarán de usar su visión periférica cuando pasean por la calle, ni de tener una pistola sin registrar guardada en un cajón de su casa, y que exigirá a todos los agentes a su cargo que sean como él.

—Estoy hasta los huevos de esos cabezas rapadas. —Ferrero dobla y destroza post-it azules mientras habla con Violeta.

—También estás hasta los huevos de los gitanos rumanos —puntualiza ella.

—Pero de esos se ocupan los municipales, y de los nazis, solo yo.

Violeta sonrío, está acostumbrada a que su jefe se atribuya los méritos de todo su equipo. No le molesta porque solo lo hace en privado. Delante del comisario, siempre le reconoce a cada uno lo suyo.

—Le diste una buena hostia en la cabeza al más alto, ¿eh? —apunta Ferrero con lo más cercano a una sonrisa que sus músculos pueden articular.

—Se me fue la pierna.

Violeta se siente segura al saber que tiene las espaldas bien cubiertas.

Marcos Úbeda, con la cabeza vendada, y su hermano Federico pasan (junto a tres policías más que se han tenido que rapar la cabeza para la ocasión) a la sala de identificación de la comisaría que, al contrario de lo que se suele ver en las películas estadounidenses, no es sino el cuarto usado para tomar el café con un pared en la que se ha ubicado un falso espejo. Los tres policías se colocan entre los dos agresores e imitan su mirada de perdonavidas.

Al otro lado del espejo, es decir, de pie en el pasillo, Mioara y Alexandru enfrentan sus miradas a las de los *skins*. La mujer rompe a llorar mientras su marido señala a Marcos como el que mató a su pequeña y a Federico como su cómplice.

Carlos y Violeta en la sala de interrogatorios con los hermanos Úbeda. Violeta deja que sea su compañero quien haga las preguntas, es más paciente que ella.

—¿Conocían a Alexandru Gheoghiu y Mioara Carauleanu?

—No —contesta Federico, tranquilo.

—¿Por qué les agredieron?

—Solo queríamos asustarles para que se fueran del barrio —explica Marcos—. No hay derecho a que gente honrada y trabajadora haya pagado una pasta por vivir ahí y tengan que encontrarse a esa basura en la puerta de su casa cada vez que salen a la calle.

—Además, les íbamos a hacer un favor dejándolos cojos de verdad. Así no tienen que preocuparse por recordar con qué mano tienen que agarrar el bastón cuando mendigan en los semáforos.

Risas que acaban con un golpe seco de Carlos encima de la mesa.

—Simplemente se cruzaron en su camino y decidieron matar a su hija de seis años.

—No queríamos matar a la niña, no queríamos matar a nadie. Solo darles un susto —explica el más alto sin inmutarse—. Y divertirnos un poco, claro.

—Alguien tiene que limpiar las calles. Si no lo hacéis vosotros porque sois unos *acojonaos*, lo hacemos nosotros, que todavía tenemos los huevos en su sitio.

Carlos mira a Violeta invitándola a intervenir, pero su inmediata superior tiene la mirada perdida en el antebrazo de Marcos Úbeda. Carlos decide no responder a la provocación del chavalín y continúa el interrogatorio.

—¿Lo hacéis muy a menudo?

—Menos de lo que deberíamos —sigue contestando Federico.

—Vais muy mal —les dice Carlos entre amenazante y paternal—. Yo que vosotros, colaboraría.

—¿Nosotros somos los que vamos mal? —levanta Marcos la voz, prepotente. Señala a Violeta y luego su venda—. Esa poli me pegó una patada en la cabeza y voy a denunciarla por malos tratos.

—Te caíste huyendo de la ley —interviene, por fin, Violeta.

—No fue así y mi hermano está de testigo —insiste el alto.

—Tu hermano fue más listo que tú y se entregó —se adelanta Carlos a la respuesta de su compañera.

—Los malos tratos al detenido están mal vistos en su democracia. —Ahora resulta que Federico es experto en Derecho.

—Es nuestra palabra contra la vuestra y la Policía tiene mejor prensa en la judicatura que vosotros. —Intenta zanjar Carlos mientras se percata de que Violeta está insólitamente tranquila—. ¿Perteneceis a los Ultrasur o a algún partido político?

—A España —contesta Marcos como si hubiera dado con la respuesta que les fuera a hacer millonarios en un concurso televisivo.

Definitivamente, a Violeta parecen gustarle los bíceps de Marcos porque no para de mirarlos.

—Esos no son *skinheads* de verdad. Al menos, al que golpeé en la cabeza. —Es lo primero que dice Violeta cuando llegan a su despacho.

—¿Por qué crees eso? Responden paso a paso al patrón. —Carlos se sienta en la incómoda silla de madera que lleva treinta años en la misma estancia de la misma comisaría.

—¿No te fijaste en su bíceps?

—No, pero tú sí...

—Estaba manchado de tinta.

—¿Y?

—Cuando los detuve, en ese brazo había un tatuaje con la cara de Hitler. Ahora no estaba. Los *skinheads* no se tatúan con henna.

Ni Marcos ni Federico están fichados por la Policía ni tienen antecedentes penales. Violeta y Carlos hablan con periodistas y compañeros especializados en delitos racistas y ninguno los conoce. Carlos localiza a algunos de los confites que tiene más o menos introducidos en la frontera donde se confunde el amor a la patria con el amor al Real Madrid. Ni siquiera les suenan sus caras, parecen surgidos de la nada. Aunque siempre hay nuevas incorporaciones al ejército clandestino encargado de defender los valores eternos hispanos de la invasión inmigrante, estas suelen ser de menores de edad y no unos tipos de casi treinta años. Dicho de otra forma, es casi imposible que un *skinhead* adulto caiga en manos de la Policía y esta no encuentre el más mínimo rastro de un pasado delictivo, o al menos futbolero.

De lo que se deduce que la sospecha de Violeta es plausible y no se trata de cabezas rapadas auténticos sino de dos tipos que quieren hacer creer que son cabezas rapadas. Pero si no lo son, no hay una intención racista en el ataque. Y si no hay una motivación xenófoba, ¿por qué mataron a una niña de seis años? ¿Pensaban acabar también con sus padres? ¿Les conocían de antes? El matrimonio rumano asegura que no. Los agresores también lo niegan al tiempo que se reafirman en su discurso xenófobo. «Solo queríamos pegarles un susto, solo queríamos pegarles un susto, solo queríamos pegarles un susto.»

Los funcionarios públicos del cementerio se gritan entre sí órdenes contradictorias mientras introducen el pequeño ataúd infantil en la fosa. Se comportan como si estuvieran aparcando un camión de reparto de bollería industrial, aunque a su alrededor haya una docena de personas llorando, una de ellas en estado de *shock* y otra arrodillada en el suelo y manchándose el rostro con la tierra que cubrirá a su hija pequeña. Afortunadamente, no entienden bien el español, por lo que se les escapa la complejidad de frases como: «¿Tú estás gilipollas? ¡Que te estoy diciendo que no aflojes la cuerda hasta que yo te lo diga, hostia puta!».

Violeta se mantiene en un prudente segundo término. No quiere que su presencia altere el legítimo dolor de Alexandru y Mioara ni de los otros rumanos con los que comparten miseria y dolor. El ataúd, de un tamaño que no debería ser fabricado, no provoca un golpe seco al llegar a su destino final, no retumba ni levanta una nube de polvo, ni siquiera de forma testimonial. Alexandru y Mioara ven así desaparecer para siempre el motivo que les llevó a emprender el viaje desde Bucarest a Madrid.

Un taxi llega hasta la carretera más cercana al lugar del entierro y una mujer joven se baja del vehículo tras pagar al conductor. Lleva un discreto traje de chaqueta, gafas de sol y medias oscuras. Alexandru está siendo abrazado y consolado

por otro hombre mayor que él aunque demasiado joven para ser su padre, quizá su hermano. Mioara sigue llorando en el suelo mientras otras dos mujeres la tapan y abrazan con una manta roída. Violeta sigue con la mirada a la mujer del taxi que llega cuando los enterradores ya han acordado cuál es la mejor manera de cubrir de tierra el féretro. Mioara la ve y eso es motivo suficiente para que salga de su dolor y se adentre en el territorio de la ira. Le grita algo en rumano mientras el padre de la muertita quiere ir a abrazarla pero sabe que no debe o que no puede o que su esposa jamás lo entendería, y por eso no lo hace. La mujer recién llegada les dice algo calmada, dolida, a lo que la madre de Luminita responde con gritos. La mujer con gafas de sol quiere llegar hasta el borde mismo de la fosa, pedirles a los trabajadores del cementerio que le permitan depositar un poco de tierra sobre el féretro, poder decirle adiós de alguna manera, pero Alexandru no se lo permite mientras intenta controlar los nervios desbocados de su esposa ayudado por otros asistentes al sepelio. Los enterradores siguen su labor como si todo lo rumano les fuera ajeno. La recién llegada rompe entonces a llorar de impotencia y de rabia sin que nadie se acerque a consolarla.

Violeta deduce que ella es la responsable de la televisión de pantalla plana y tecnología Led que vio dentro de la chabola y que nunca salió de su embalaje.

Ya se ha ido todo el mundo y el cementerio invita al paseo. No como lo hacen los cementerios parisinos visitados por los turistas, pero la luz del atardecer se deja adivinar entre las nubes y la mujer del taxi está por fin sentada cerca de la tumba recién sellada y puede llorar en paz. Violeta no ha querido acercarse todavía, podría hacerlo, enseñarle su placa y romper su duelo, pero cree que un funcionario del Estado no tiene derecho a hacer eso. Esperará todo el tiempo necesario hasta que la mujer misteriosa decida que es hora de regresar a casa, saque el teléfono para llamar a un taxi y ella se acerque y se ofrezca a llevarla a donde necesite mientras charlan un rato.

La mayoría de sus compañeros odian las tronchas, o periodos de espera habitualmente dentro de un coche patrulla hasta que algún sospechoso haga un movimiento delator o visite a otro sospechoso de mayor envergadura. Pero a Violeta le gustan. Le gusta estar haciendo algo sin estar haciendo nada. Dejar de preocuparse por llenar con alguna actividad las próximas horas de su vida y permitir que los pensamientos aleatorios llenen su mente.

A la mujer del taxi tardan veintidós minutos más en acabársele las lágrimas. Se incorpora y saca el móvil. Es entonces cuando Violeta se hace visible y, con ella, su placa de Policía.

—¿Qué relación tiene con la víctima?

—Es mi hermana pequeña —contesta en un castellano más que correcto—. No puedo creer que la hayan matado por ser rumana... ¿Qué daño podía hacer una niñita

inocente? ¡País de mierda, gente de mierda..., montón de racistas...!

María rompe a llorar dentro del coche patrulla en el que Violeta la lleva hasta su casa. Llueve y la noche ha traído un atasco considerable, lo que beneficia las intenciones de la policía.

—¿Por qué no la dejaban acercarse?

—No mantengo buenas relaciones con mis padres —aclara, genérica, María.

—Ya, eso es evidente, pero... ¿por qué?

—Problemas de familia.

—Cuéntemelos —le pide Violeta mientras saca un paquete de Kleenex del bolsillo y se lo regala—. Nos pueden ayudar en la investigación.

María se suena la nariz, respira hondo, saca un cigarrillo pero ni siquiera hace un amago de encenderlo sino que juega con él para calmar su ansiedad.

—Yo llegué a España antes que ellos.

—¿Cuándo?

—En 2008. A finales. Ellos llegaron hace dos.

—¿A qué vino usted?

—A ganar dinero, a vivir mejor... España era entonces todavía un país con más futuro que el mío.

—¿Y lo consiguió?

—No me fue mal. Estuve de dependienta en una tienda y haciendo alguna traducción del rumano. En 2010 le dije a mi familia que se vinieran para acá.

—A vivir con usted.

—No. A un apartamento para ellos solos. Yo compartía piso con mi pareja y él se negó a meterles a todos en la casa.

—Lógico.

—Depende. El piso era bastante grande, hubieran cabido. Pero mi chico y yo llegamos a un acuerdo: yo dejaba de pagarle a él la mitad de mi renta para poder pagarles a ellos la suya hasta que se pudieran mantener por sí mismos.

—Su familia debería estarle entonces muy agradecida.

—Y lo estaban.

—No lo parecían esta tarde.

María, ahora sí, enciende el cigarro sin pedirle permiso a Violeta aunque abre la ventana para que se vaya el humo.

—Acabé pagándoles yo todo. El alquiler, la comida, la ropa, los gastos... Todo.

—¿A qué se dedicaban ellos en Bucarest?

—Mi padre era vigilante de una fábrica y mi madre, ama de casa.

—Pero en España su padre no encontró trabajo...

—No lo buscó. O no supo buscarlo. Eso o vivían muy bien gastándose mis ahorros.

—Sin saber español es difícil que nadie...

—A los seis meses de venir, yo ya me defendía con el castellano. Ellos todavía

hablaban evitando los verbos. No me malinterprete... Si les hubiese visto esforzándose, o preocupados o algo, todo habría sido distinto.

—¿Habría seguido ayudándoles?

—Claro que sí.

—Pero se hartó y les retiró la subvención.

—Me la retiró mi pareja a mí primero.

—¿Rompieron?

—Sí. Y no lo culpo, yo en su lugar habría hecho lo mismo.

—Entonces usted se fue a vivir al apartamento que le pagaba a su familia...

—No. A esas alturas nuestras relaciones ya eran malas. Bueno, con Luminita no.

—Con la niña siempre se llevó bien.

—Mi hermanita fue la razón por la que hice todo lo que hice, por la que vine aquí.

Para que tuviera un futuro mejor..., para que las cosas le fueran más fáciles...

María llama la atención de un jubilado que conduce el coche detenido a su lado en un semáforo que parece que nunca va a ponerse en verde. Violeta adivina el final de la historia.

—Así que ellos acabaron en un poblado chabolista y le echaban a usted la culpa de su desgracia.

María asiente mientras usa un pañuelo de papel para sonarse la nariz.

—Quise que Luminita se viniera a vivir conmigo... Mis padres se negaron, y por eso no volvimos a hablarnos.

—¿Cómo se enteró de que su hermana había sido asesinada?

—Me lo contó un primo por Facebook. Mis padres iban a enterrarla sin decirme nada. —María rompe a llorar.

—Y su mala conciencia es la que le lleva a mandarles regalos de vez en cuando —pregunta Violeta en tono acusador.

—¿Perdón?

—Una televisión de 52 pulgadas, por ejemplo.

Carlos se ha pasado toda la mañana revisando la vida laboral de los detenidos. No se puede decir que hayan hecho una carrera brillante en ningún campo. Más bien un rosario de altas y bajas en trabajos puntuales para empresas de seguridad, de mudanzas, en Mercamadrid, y supone que también de matones de discoteca aunque esta última actividad laboral no tiene aún epígrafe en las categorías laborales de la Seguridad Social.

Carlos llama a las empresas que más a menudo los contrataban y se encuentra una y otra vez con lo mismo: Marcos y Federico no han sido más que refuerzos de la plantilla en conciertos, partidos de fútbol y demás eventos masivos. No han dejado huella, no parece que nadie se haya sorprendido de su eficacia. Lo que sí observa es un periodo de año y medio sin cotizaciones ni movimientos en sus cuentas bancarias

ni nada.

—¿Qué hicieron de enero de 2009 a julio de 2010? —les pregunta.

—Descansar —contesta Marcos.

—¿Dónde?

—En Las Torres de Cotillas —especifica con tranquilidad Federico.

A Carlos se le escapa una sonrisa al escuchar el nombre del pueblo y los detenidos lo entienden como una muestra de inesperada complicidad.

—¿Dónde está eso? —pregunta Carlos cuyos conocimientos de geografía no llegan tan lejos.

—En Murcia —contesta Marcos.

—¿Y de qué vivían?

—De nuestros padres —contesta Federico sin rubor.

—¿No trabajaron?

—Alguna cosa suelta, nada. Nuestros viejos tienen una buena jubilación —aclara Federico.

—¿Por qué volvieron?

—No nos gusta tener que comer siempre a las tres —aclara Marcos aunque los dos parecen estar de acuerdo en esta cuestión.

—¿Y por qué se fueron allí?

—Se nos acabó el dinero aquí.

Carlos revisa expedientes de agresiones sin resolver a extranjeros a lo largo y ancho del territorio nacional. La misma historia, el mismo perfil, diferentes razones. Unos niños marroquíes linchados por los mismos vecinos del pueblo de Almería que contrataban a sus padres para trabajar en los invernaderos; nadie se atrevió a identificarles, caso cerrado. Un chino de apenas 17 años asesinado en su tienda de comestibles; la investigación parece indicar que los culpables fueron otros comerciantes que tenían otra tienda similar en la acera de enfrente, pero no hubo pruebas y caso cerrado. Unas senegalesas violadas cuando regresaban a un descampado del Poble Nou barcelonés cargadas con el agua que habían ido a recoger hasta una fuente pública; tras dos semanas de investigaciones, detuvieron a dos obreros que trabajaban en una obra cercana.

No hay agresiones racistas en Las Torres de Cotillas. O los hermanos Úbeda estuvieron realmente descansando, o Violeta lleva razón y no son realmente *skinheads*.

Violeta y Carlos toman un cóctel denominado Esencia del Pacífico en el Mauna Bora, un enorme bar de rancia estética «tikki» al que siempre van cuando salen de la comisaría y tienen algo de lo que hablar. El lugar se lo descubrió Violeta a su

compañero apenas empezaron a patrullar juntos y ahora Carlos no concibe tomarse un cóctel en un vaso que no eche humo ni tenga forma de tronco de árbol o tótem indígena. En las paredes hay unas peceras con el agua sucia donde milagrosamente sobreviven varios peces de colores. Algunas zonas están muy oscuras para que parejas amantes de lo exótico puedan meterse mano a placer, y todos los camareros llevan unas camisas no solo con palmeras serigrafiadas sino con toda la playa, las sombrillas, los veraneantes, los coches que llevan a los veraneantes y hasta pájaros sobrevolando la zona. Para llegar a la sala principal hay que atravesar un puente por debajo del cual debió de haber agua en algún momento y donde todavía es posible encontrar pesetas arrojadas tiempo atrás para que se cumpliera un deseo. La carta es enorme, desplegable, y la lista de cócteles no incluye su composición sino una poética descripción de lo que sentirá el cliente al consumirlos:

Esencia del Pacífico le hará volar
con el viento que sopla
en los atardeceres de verano
en las remotas islas vírgenes
de la Polinesia francesa.

Lo que más le gusta a Violeta del local es que huele al humo de los miles de cigarros consumidos entre palmeras de plástico antes de que llegara la maldita ley antitabaco.

A Carlos lo que más le llama la atención es que siempre hay carteles de «Reservada» en algunas de las mesas pero nunca llega nadie a sentarse en ellas.

—Lo hacen para que te quedes aunque esté vacío, para que pienses que va a llegar más gente en cualquier momento —le explicó Violeta una de las primeras veces que fueron.

A los dos les chifla que sirvan con cada bebida cantidades ingentes de frutos secos y galletitas saladas porque así evitan tener que ponerse a preparar la cena al llegar a casa.

—¿Has comprobado si sus padres viven realmente en ese pueblo? —pregunta la oficial de Policía.

—Nacieron allí hace casi cuarenta años. Tengo la dirección.

—¿A qué se dedican? ¿Están jubilados?

—Sí... El padre era vigilante de una fábrica... No tienen más hijos. ¿Crees que les habrán llamado para decirles que están en la cárcel?

—Apostaría a que no.

—¿Qué hacemos? ¿Le pasamos el caso a la Policía murciana?

—¿Tienes algo que hacer el fin de semana?

Durante años, los constructores murcianos estuvieron contratando estudiantes universitarios para contar durante el fin de semana los billetes con que cobraban en

efectivo los apartamentos que construían en toda la Comunidad Autónoma, pero especialmente en la costa. Desde el estallido de la burbuja inmobiliaria, la región había optado por un perfil bajo que no le hiciera correr la misma suerte financiera que Valencia.

Carlos viaja agarrado a la cintura de su compañera para no caerse de la moto que ella conduce. Le duelen bastante la espalda y las ingles tras el viaje desde Madrid a Las Torres de Cotillas. Al llegar al pueblo pregunta por la dirección de los padres, Camino de las Palmeras, y unos lugareños sentados al fresco junto al monumento al Huertano Terruño les indica amablemente cómo llegar. Violeta se resiste a ponerle GPS a la moto.

El número 19 de esa calle es un lugar bastante apacible ocupado por una casa de dos pisos en cuyo bajo hay un bar de esos que, en lugar de puerta, tienen una mugrosa cortina de cuentas. Aparcan y ven a un matrimonio de unos sesenta años sacar del maletero del coche media docena de bolsas de supermercado llenas hasta el borde de viandas. La mujer se dedica a insultar al marido como Carlos deduce que lleva ocurriendo desde hace décadas; el hombre tiene la mirada fija en el suelo mientras su esposa lo critica y humilla dos pasos detrás de él.

Violeta se acerca a ellos placa en mano y les pregunta si son los señores de Úbeda. Los abueletes se alteran y asustan, contestan que sí y preguntan si ha ocurrido algo. Les contesta que solo quieren hablar con ellos un momento.

—No hay problema, pero por favor ayúdenos con la compra, que tenemos una hernia de disco cada uno y el médico siempre nos dice que no carguemos...

Minutos después Carlos y Violeta se toman un agua en la que sus anfitriones exprimen sin preguntar un limón, todos sentaditos alrededor de una mesa de cocina en la que hay restos de migas de pan de los tiempos de la UCD.

—Se habían quedado sin trabajo y aprovecharon para venirse a vivir con nosotros —dice la madre como si aprovecharse de los progenitores fuera el deber de todo hijo.

—¿Mantienen una buena relación con ellos? —pregunta Carlos.

—Sí, sí claro que sí... Nos llaman muy a menudo a ver cómo estamos y en Navidad siempre... —aclara la madre, deseosa de demostrar que sus hijos aún les quieren.

—No es verdad, cariño, cuando llamaron para decir que venían hacía más de un año que no sabíamos nada de ellos —la corrige el padre.

—¿Están bien? ¿Les ha pasado algo? —La madre agarra preocupada las manos de la policía, que se resiste a beber el agua con limón.

Violeta desvía la mirada hacia el televisor de tubo con el volumen bajado a petición suya, que emite una y otra vez el mismo bloque de consejos publicitarios. Sabe que si les dice ahora que sus hijos están en prisión preventiva por el asesinato de una niña será imposible ningún interrogatorio útil posterior.

—Sí. Están bien —miente la oficial.

—¿Tienen trabajo? —se interesa el padre.

—No lo sabemos... —miente ahora Carlos—. ¿Trabajaron en algo mientras estaban aquí?

—No, no... Con nosotros lo tienen todo resuelto... —sigue la madre con su cantinela protectora—. Estaban muy cansados, y a su padre y a mí no nos cuesta nada darles de comer y eso...

—Se iban de fiesta todas las noches, eso sí... —El padre está más quemado con sus retoños que la madre.

—¿Con qué dinero? —pregunta Violeta disimulando el tono inquisitivo.

—Con lo que traían ahorrado de trabajar en Madrid —vuelve a justificarles la madre—. Ya saben cómo son los jóvenes...

—¿Por qué están aquí? ¿Qué ha pasado? —El padre sospecha que hay algo que no les están contando.

—¿Podemos ver el cuarto donde dormían? O los cuartos... —pregunta Violeta deduciendo que no van a sacarles mucha más información de utilidad.

La pareja preanciana les contesta que sí porque pertenecen a una generación que no sabe decir que no, que es capaz de meterse en un lío con tal de no pronunciar una negativa. Este tipo de personas, Violeta lo sabe bien, a veces emplea circunloquios y preguntas retóricas en la esperanza de que quien les reclama entienda que no quieren hacer lo que se les sugiere o pide pero es más fuerte el temor a tener que defender las razones de ese «no» que cualquier otra consideración, y por eso ahora asienten con culpa y les conducen al «cuarto de los niños».

La habitación de los Úbeda es grande y tiene dos camas compradas en una tienda de muebles de las existentes antes de la llegada de IKEA. Hay cedés sin caja tirados encima de una mesa en la que hace tiempo debieron estudiar el aparato reproductor femenino para el examen de Ciencias Naturales, hay cómics con las hojas pegadas por trozos de galleta, hay uvehacheeses de películas de acción de los ochenta, hay ropa planchada en el armario, hay pantalones vaqueros y camisas de cuadros, hay zapatillas de deporte y zapatillas de andar por casa, hay toallas y albornoces.

Carlos da por seguro que, si mira debajo del colchón, encontrará alguna revista pornográfica también con las hojas pegadas pero no precisamente con trozos de galleta.

No hay una esvástica ni unos pantalones militares, ni una camiseta Lonsdale ni unas botas Dr. Martens, ni un ejemplar de *Mi lucha* ni una maqueta reproduciendo una escena de la Segunda Guerra Mundial, ni una foto de Franco ni un retrato de Hitler. Lo único que encuentran que les puede ser útil es un fajo de resguardos de peajes de una autopista con fechas que corresponden a la estancia de «los chavales» en el pueblo. Violeta se lo mete disimuladamente en el bolsillo mientras Carlos agradece a los padres su colaboración, cuidándose mucho de contarles que sus hijos a esa hora deben de estar protegiéndose mutuamente las espaldas en las duchas de la prisión de Estremera.

—Casi todas las noches pasaban el peaje de la AP-7 en Monforte del Cid alrededor de las doce y regresaban a eso de las ocho de la mañana —le dice Violeta a Carlos tras revisar los *tickets*—. Al menos, durante mayo y junio de 2010.

—¿No hay anteriores?

—No. Puede que se los entregaran a su jefe para que se los pagaran. Lo que significaría que sí es verdad que estuvieron trabajando. No querían que sus padres se enteraran y les decían que se iban de fiesta.

—Eso, o el matrimonio nos ha mentado para protegerles.

—Las dos cosas nos llevan a lo mismo —concluye Violeta—. Los hermanos Úbeda no debían de dedicarse a algo de lo que alardear. ¿Dónde está Monforte del Cid?

—A 75 kilómetros de aquí. La pareja conducía sus buenos 150 kilómetros diarios.

—¿Adónde va esa autopista?

—A Benidorm —contesta Carlos, que está aprendiendo mucho de geografía mediterránea en los prolegómenos de este caso.

Violeta y Carlos han alquilado una habitación encima de la casa de comidas del pueblo. No es la primera vez que duermen en el mismo cuarto. Carlos está preocupado por los gastos que están teniendo y Violeta le miente diciendo que ha hablado con Ferrero antes de salir y que los fondos reservados para pagar a confidentes y demás personal incapaz de emitir facturas corren con todos los gastos. En realidad, lo va a pagar todo ella. Sabe que si avisa a su jefe de lo que va a hacer, va a prohibírsele y Violeta siempre ha preferido pedir perdón que pedir permiso.

—Hasta 300 euros nos podemos gastar, que no hay problema.

Al día siguiente cogerán la moto y recorrerán el itinerario que supuestamente recorrían los hermanos Úbeda cada noche durante año y medio a espaldas de sus padres.

Carlos llama a su chica por teléfono mientras Violeta se ducha. A Yolanda no le hace mucha gracia que pase las noches fuera de casa, no porque sea celosa sino porque es una maniática del control y quiere saber exactamente qué hace su pareja en cada momento del día, lo que acaba resultando agobiante para el policía.

Violeta sale de la ducha envuelta en una toalla y secándose el pelo cuando Carlos ya ha acabado de hablar.

—¿Está mosqueada? —pregunta la oficial.

—Dice que no, pero sí.

—Haberme echado las culpas a mí. Cuando estás preocupado por ella, no estás al cien por cien en el trabajo.

—No te preocupes, mañana estaré bien.

Violeta se sienta en su cama y se sigue secando el pelo. Ha visto un par de veces a la novia de Carlos y le ha parecido una chica bastante normal; claro que una cosa es

la imagen que las parejas proyectan y otra la realidad que se desarrolla cuando ya se ha ido el último invitado de la fiesta.

Violeta y Carlos no madrugan demasiado y desayunan tranquilamente antes de montarse en la moto y recorrer de día el trayecto que los Úbeda hacían cada noche. Un trayecto monótono de huertas y casitas en el que apenas se cruzan con nadie. Después de cincuenta minutos, llegan al peaje de Monforte del Cid con Violeta sintiendo la presión de la cabeza de Carlos en su espalda.

—Despierta, que a partir de aquí es donde podemos encontrar algo.

—No estaba dormido.

—Ya.

Siguen por la autopista sin novedad hasta que pasan junto a una salida que se adentra en el paisaje vacío excepto por una casa, apenas a un kilómetro de distancia, con varios camiones aparcados a la puerta.

—¿Has visto algo?

—Quizás.

Violeta avanza hacia el pequeño edificio, pronto queda legible el cartel de neón, ya apagado, que reza «CLUB EL LAGO AZUL. Ambiente internacional», y detiene la moto. El club propiamente dicho tiene anexado un motel con todas las persianas echadas porque el sol está dando a esa hora de pleno y las chicas necesitan descansar.

—Puede ser.

—Puede ser.

—Llamamos a la puerta, mostramos la placa, enseñamos la foto de los hermanitos y esperamos a que nos digan la verdad —propone Carlos.

—Te haces pasar por cliente y a ver qué averiguas —ordena Violeta.

—¿Qué crees que hacían aquí los Úbeda, si es que realmente venían aquí cada noche? ¿Follar o trabajar?

—Las dos cosas.

Carlos luce esa noche un aspecto descuidado que no desentona en exceso con el que tienen los camioneros y representantes que empiezan a gastarse los doce euros que cuesta una cerveza en compañía de una de las señoritas que amenizan el lugar aunque ninguna denota la más mínima vocación de *entertainer*. Nada de chicas cabeza abajo en lo alto de la barra quitándose el sujetador al ritmo de *Personal Jesus*. Pero la promesa de «ambiente internacional» sí se confirma: hay mujeres de todas las partes del mundo, España incluida.

El local es más grande de lo que aparenta desde fuera. Está bastante oscuro y tiene una barra larga llena de taburetes, un sofá ondulante tapizado con motivos de caza mayor, una pista de baile bajo varias bolas de espejos tan sucias que apenas

reflejan las luces de colores y una escalera que se pierde en el cielo del vicio ubicado en el piso superior.

Cuando entra, Carlos se fija sobre todo en los varones. Dos tipos controlan el local aunque, debido al poco público asistente, ambos andan metidos en otras funciones. El primero es un hombre de unos cincuenta años que cubre su cabeza con la gorra promocional de una gasolinera. Está ayudando a la camarera (a buen seguro, una de las chicas que ese día están con la regla) a cambiar el barril de cerveza, mientras el segundo abre y cierra la puerta controlando que no se cuele nadie que venga ya demasiado borracho del exterior. Hay cuatro mujeres vistiendo con desgana trajes de lujuria, recostadas sin cuidado en el sofá ondulante o sentadas en los taburetes de escay de la barra. Hablan entre ellas con desgana, como hacen las oficinistas mientras calientan en el microondas la comida que se han traído de casa en *tuppers* mil veces fregados. Huele a desinfectante, es a lo que más huele, como antes en los cines de barrio. Un tipo que no pasa de los veinticinco años baja por la escalera luciendo una sonrisa orgullosa de la hazaña sexual con que ha iniciado la noche. Mañana se lo contará a los amiguitos del taller y a ahorrar para el siguiente alivio rápido.

Carlos nota dos miradas fugaces del hombre de la gorra sponsorizada. La primera dirigida a él y la segunda a una mujer negra con una exagerada sombra de ojos azul que se levanta con desgana, va hacia él y le toca el paquete.

—Hola, guapo, ¿vamos?

Toma de contacto, información acerca de un impulso atractivo a la vista, propuesta sexual.

Carlos no quiere levantar sospechas pero tampoco quiere acostarse con la chica ni beber el garrafón con el que a buen seguro están rellenas las botellas de bebidas espirituosas destinadas a formar parte de cubatas con los que dar el empujoncito a los clientes más tímidos. Mira a la prostituta, habla mal español y eso se convertirá en un obstáculo extra a la hora de sacarle información. Así que señala con la cabeza a una latina que lo miró apenas entró al local.

—¿Le puedes decir a tu amiga que venga?

La negra se levanta, mira a la mujer señalada, que, obediente, se incorpora y va hacia Carlos.

Ojalá en el mundo real las relaciones entre sexos fueran tan fáciles.

Hay hombres adictos a las conversaciones con las prostitutas, que disfrutan más de esos momentos previos de charla en los que ellos siempre llevan la razón que de la cópula posterior. A veces incluso se gastan más en las copas que hay que pagar a las chicas mientras charlan contigo que lo que les costaría pasar directamente al reservado. La elegida por Carlos se acerca mudando la mueca de aburrimiento por otra de seducción.

—Hola, guapo... ¿Qué es lo que usted quiere?

Colombiana. La realidad hace a veces aún más ofensivos los tópicos.

—No vengo mucho a estos sitios y..., bueno, soy un poco tímido.

—Me gustan los manes tímidos.

Segundo toque al paquete esa noche.

—Sí... Este sitio..., ¿es seguro? —pregunta Carlos metiéndose en su personaje de putero novato.

—Claro que sí, mi amor. ¿Me invitas un traguito?

—¿Cómo te llamas?

—Roxana.

La mujer que se parapeta bajo el nombre de Roxana no espera la respuesta afirmativa de Carlos para hacerle un gesto a la camarera que ya tiene preparado el vaso con el cubata de té y agua al que nada más le echa unos hielos y transporta hasta la mesa del policía y la puta. Carlos pide una cerveza, al menos ha podido ver cómo cambiaban el barril.

—Mira, Roxana... Yo es que he oído que en estos sitios de repente hay gente que se emborracha y va armada y busca pelea y...

—Tranquilo, mi lindo, esto es bien relax.

—Un amigo mío me recomendó el club, ¿sabes? Me dijo que las chicas eran muy ardientes.

—Ya estás tardando en comprobarlo...

—Es que..., él venía siempre y... ¿Tú llevas mucho tiempo aquí?

—Lo que tú quieras que lleve —le contesta mientras su mano avanza implacable a la entrepierna del policía.

—Mi amigo venía mucho cuando estaba trabajando en la zona pero dejó de venir.

—Quien me prueba no me olvida —susurra jugueteando con los genitales bajo el vaquero de Carlos.

—Pues resulta que una vez estaba con una de las chicas y había un tipo que no quería pagar y sacó una pistola y... los de seguridad le acabaron dando una paliza —le responde cobarde mientras aparta con un leve movimiento la mano de sus partes íntimas.

—Aquí al que paga nadie lo jode —aclara, algo cansina, Roxana.

—Pago, claro que sí.

Carlos paga la cuenta y piensa que los 300 euros con que contaban para la expedición quizás no vayan a ser suficientes.

—Creo que mi amigo me habló de ti... Me dijo, si vas a El Lago Azul tienes que ir con una chica de Medellín con los ojos muy negros y el pelo muy largo.

Carlos es muy bueno con los acentos, pero aquí acaba de batir el récord porque la chica es, efectivamente, de la ciudad del valle de Aburrá.

—Qué bueno que me recomienden los clientes...

—También me dijo que los de seguridad eran muy violentos... —Carlos intenta volver a centrar el tema—. Por eso estoy tan nervioso. Yo puedo estar aquí contigo, hablando sin problemas, ¿verdad?

—Mientras yo no me quede seca, sí.

—Bebe, bebe todo lo que quieras... Es que no quiero que me peguen como a mi amigo.

—Pues si tiene mucho miedo, vaya a que su mamita lo cuide.

—No, no... Lo que pasó es que a mi colega una vez no le pasaba la Visa, pagó parte en efectivo y les dijo que lo esperaran que iba a un cajero, que les dejaba su identificación y lo echaron a golpes. Por eso dejó de venir, por eso me dijo «Las tías están buenas, pero ve con cuidado».

Roxana se recuesta en el hombro de Carlos mientras se le sale un pecho del vestido. Ya se está cansando de la conversación aunque no puede evidenciarlo.

—¿Cuándo es que fue eso?

—En mayo de hace como dos años... ¿Estabas tú aquí ya?

—Papi, en esa época pasaron cosas feas porque habían dos guachimanes que olían mucho perico y se emputaban facilito. Pero ya se fueron. ¿Usted tiene tarjeta de crédito?

—Claro.

—Entonces no tiene por qué preocuparse. ¿Vamos?

Carlos va a decirle que no cuando siente las miradas del hombre de la gorra y del portero. Está levantando sospechas, es cuestión de minutos que vengan a por él.

Violeta espera a una distancia prudencial, sentada en el suelo debajo de un árbol que oculta su moto, escuchando Radio 3 con la emisora que lleva incorporada su teléfono y usando solo uno de los auriculares para que su aislamiento del mundo sea parcial. Lleva veinte años escuchando los mismos programas y eso le da seguridad. Se supone que a esa hora una mujer como ella, de cuarenta años, tendría que estar esperando a que le llegue el sueño mientras ve la tele con su marido después de acostar a los niños y acabar de cenar. Pero en lugar de eso, se encuentra en la mitad de la nada, utilizando sus días libres en averiguar por qué tuvo que morir una niñita de seis años en un subterráneo de Madrid.

Carlos sube los escalones que conducen a los reservados de la mano de Roxana. Al final de la escalera hay una mesa donde una mujer entrada en años, que podía perfectamente haber sido *vedette* de El Molino barcelonés, tiene un datáfono con el que cobrar a los clientes antes de que pasen a los reservados.

—Se paga acá.

Mientras saca la cartera, espera que Violeta o los fondos reservados o quien sea le devuelva ese dinero y que su novia nunca tenga la más mínima sospecha de que ha llegado a vivir esta situación.

—¿Qué va a ser?

«Whooper doble con queso y extra de bacon», piensa Carlos, pero cree que no es prudente hacerse el gracioso ahora y contesta que un francés. Mueca de decepción en su acompañante. Carlos paga los treinta euros en efectivo mientras Roxana le restriega las tetas por donde puede.

—¿No vas a metérmelo todo?

—No.

Roxana y Carlos avanzan por un pasillo largo y con la suficiente escasez de luz como para no distinguir las manchas de la moqueta (¿a quién se le puede ocurrir poner moqueta en un puticlub?).

Hay cinco habitaciones en el lado izquierdo. Entran a una de ellas, en la que solo hay un bidé y un colchón sobre una cama de obra. Una bombilla desnuda y llena de polvo cuelga del techo. Un condón usado sobre un cenicero lleno de colillas.

Roxana se desnuda como se desnudan las putas, rutinariamente, sin pudor a revelar lo mil veces revelado. Tiene la piel arrugada y los pechos caídos para su edad. Ropa interior sexy de mercadillo mil veces lavada y secada al sol murciano.

—Los dos tipos de seguridad que le daban a la coca..., ¿eran hermanos?

—Papi, relájese y disfrute.

La chica se arrodilla delante de él frustrada por no poder repetir la hoja de ruta que marcan las películas porno: felación, sexo vaginal, sexo anal, corrida en las tetas. Treinta euros, cien euros, ciento cincuenta euros, ciento ochenta todo.

—No, espera..., quiero hablar.

—Demasiado tarde.

Roxana le está bajando la bragueta a Carlos cuando este saca su placa en lugar de su pene.

—Soy policía. Si colaboras, saldré de aquí como si hubiéramos estado follando.

A Roxana se le cae el mundo encima. Haga lo que haga, ya está metida en un lío.

—Si no, te detengo y te deportan. Elige. Pero rápido.

Roxana elige rápido.

—¡Mucho pirobo! ¿Qué quiere saber? Esos dos eran hermanos, sí... Dos gonorreas. Robaban a los clientes que estaban muy borrachos, cascaban a los sapos que venían a hablar mierda y no culiaban... Manejaban el perico, esos gonorreas nos follaban cuando se les daba la puta gana. Eran amigos de Cristina...

—¿Quién es Cristina?

—Otro gonorrea.

—¿Otro?

—Un hombre, sí.

A pesar de lo delicado de la situación, Carlos no puede disimular su cara de estupor y la colombiana se da cuenta.

—¿Un hombre que se llama Cristina?

—Así le dicen.

—¿Por qué?

—Ni puta idea.

Carlos se pone de pie, la chica lo mira, piensa que le va a pedir que le haga el servicio completo gratis, muchos polis que conoce se comportan así. Pero no Carlos, a Carlos se le ha ocurrido buscar en su teléfono inteligente la foto de Luminita, la niña rumana asesinada, y enseñársela.

—¿La conoces?

Roxana la conoce, claro que la conoce.

—Es la hermana de María.

—¿María Gheoghiu? ¿Una chica rumana?

—Sí.

—¿Qué sabes de ella?

—Poco. La traía aquí algunos fines de semana.

O sea que algo sí que sabe. Llaman a la puerta.

—¡Tiempo! —grita la encargada de controlar el tiempo de descarga.

—¡Voy! —contesta Roxana y le ruega al oído a Carlos—: Por favor, váyase ya...

—Dime todo lo que sepas de María y no volveré —le responde él, también susurrando.

—Ella ya trabajaba aquí cuando yo llegué, luego se fue...

—No la volviste a ver, entonces.

Silencio delator.

—La volviste a ver.

Segundo toque a la puerta, más fuerte que el anterior.

—Era la novia de uno de los patrones —le informa en voz muy baja.

—¿Sabes el nombre?

—Le dicen el Vergasanta.

Un grito desgarrador rompe la quietud del lugar. Un segundo grito es súbitamente ahogado con una mano abierta y grande o con una almohada sucia y dura. A Carlos se le disparan todas las alarmas.

—¿Qué es eso?

Roxana no contesta. Carlos saca su pistola.

—¿De dónde vienen esos gritos?

—Váyase... Por favor.

Un nuevo grito seguido esta vez por un silencio más prolongado.

—¿Dónde es?

La colombiana duda pero al final decide portarse como una persona decente y no solo porque Carlos esté apuntándole con un arma.

—Al final del pasillo hay un almacén con una puerta, dentro hay otra recámara...

—No te muevas de aquí.

Carlos sale al pasillo, oculta el arma (pero no deja de tenerla a mano) y avanza rápido hacia donde la meretriz le ha indicado. La mujer que le cobra peaje al placer lo ve y grita como una cajera de Alcampo que descubre a un cliente escapando sin

pagar.

—Eh, eh... ¿Adónde va?

Carlos se gira y le apunta con la pistola al tiempo que le indica que se calle y acelera el paso hacia la última de las puertas. La mujer no se siente intimidada por el arma, lo que quiere decir que no es la primera que ve en su desempeño profesional. Adivina las intenciones del policía y corre abajo a avisar a los hombres; al fin y al cabo, este es un universo masculino.

Carlos entra al almacén, está lleno de taburetes viejos y mesas y muebles que alguien guardó con la esperanza de arreglarlos y nunca lo hizo. Medio escondida tras una estantería, ve una puerta que tira abajo de una patada sin preocuparle que en la zona del bar la mujer ya esté pidiendo a sus empleadores o socios o maridos o amantes que suban a restaurar el orden.

Al otro lado del tabique de las habitaciones donde los camioneros sindicados gastan sus menguantes sueldos hay una niña que no debe tener aún catorce años que tuvo demasiado miedo del hombre que sacó una navaja para hacerle cortes en la piel y gritó y entonces el cliente le tapó la boca con la mano primero y con la almohada después sin darse cuenta de que estaba ahogándola. Además de pederasta, habría sido necrófilo si Carlos no llega a tiempo de ponerle una pistola en la cabeza.

Es en esos momentos cuando Carlos agradece los años de academia y los juramentos morales que le ayudan a reprimirse.

El hombre de la gorra y el portero ya están corriendo por el pasillo directos al almacén. Ninguno de los dos se da cuenta de que Roxana está temblando de miedo en su camarote del amor.

Violeta se empieza a inquietar ante la falta de noticias de su compañero. Está tentada de mandarle un *whatsapp* cuando Carlos se le adelanta con una llamada.

—Ven echando hostias.

—No cuelgues.

Violeta corre con la pistola en una mano y su teléfono en la otra hacia el burdel, que parece haberse alejado mil kilómetros desde que llegaron. Entra a tiempo de ver cómo las chicas escasas de ropa, papeles y oportunidades corren a esconderse donde pueden, asustadas.

—Carlos, ya estoy dentro. ¿Dónde estás?

Carlos no le contesta y Violeta usa toda su experiencia en arquitectura interior de puticlubs para adivinar dónde puede encontrarse su compañero. Son apenas unos segundos de concentración pero suficientes como para no ver a la frustrada *vedette* de El Molino acercándose corriendo por su espalda para agarrarla del cuello e intentar que tire la pistola. Violeta se da la vuelta justo a tiempo, no porque tenga un sexto sentido ni ojos en la nuca, sino porque ha escuchado sus pasos y la poli tiene una especial sensibilidad a ese sonido desde que casi le clavan un cuchillo en la espalda

durante una redada en un almacén de estupideces traídas desde China y con destino a las tiendas de Todo a Cien, en las que jubilados aburridos matan las tardes sin sol en las excursiones que le contratan al Imsero fuera de temporada a hermosas localidades costeras. Violeta extiende y tensa el brazo y sus músculos al darse la vuelta por lo que la hasta ahora entrañable «mami» recibe un golpe seco con el cañón de la pistola reglamentaria en plena cara que le nubla la vista y le hace perder el equilibrio. Violeta le pone una pierna en el pecho cuando la otra ya ha alcanzado el anhelado suelo. Saca las esposas y ata su mano a una de las cien patas del sofá ondulante.

Carlos ha hecho algo parecido con el amigo de los niños, lo ha esposado a un radiador y le ha pedido a la preadolescente que se meta debajo de la cama (que aquí no es de obra, una niña pesa menos que una persona adulta y no hay peligro de que el somier se desplome en pleno acto). El policía se encuentra en la puerta del almacén apuntando a los encargados del burdel, que a su vez le apuntan con sendas armas. Delante el de la gorra, detrás el portero. No se pueden ubicar en paralelo, no hay suficiente espacio.

—Tiren el arma, soy policía.

—Razón de más para no dejarte escapar.

Carlos considera seriamente la posibilidad de disparar a las piernas del que está más cerca de él. El problema es que probablemente al caer al suelo dispare su arma y él tampoco tiene espacio para ponerse a salvo. Además, tendría que disparar de inmediato al segundo tipo, que puede adelantársele y matarlo. Así que opta por mentir.

—El local está rodeado, pronto esto se llenará de policías.

El de la gorra se acerca hacia Carlos. Lo tiene muy cerca. ¿Dónde estás, Violeta?

—¡Quietos, tiren las armas!

Gracias al *bluetooth* que conecta sus mentes, la compañera de Carlos ha aparecido al otro lado del pasillo y la escena se asemeja cada vez más a una película de Tarantino, con todos apuntando a todos.

Los malos se giran al escuchar a Violeta, que acierta al disparar a la mano en la que el tipo de la gorra sostiene el arma. La suelta casi inmediatamente pero le queda un segundo que emplea en disparar a Violeta, lo que provoca que Carlos le aloje para siempre, o al menos hasta que el forense la saque de allí, una bala en el pulmón derecho. La bala tardía avanza hacia Violeta que, ella sí, tiene espacio y reflejos suficientes como para arrojarla dentro de uno de los reservados, mientras la munición se aloja en la pared de atrás.

El portero se gira para disparar a Carlos, cuya cabeza habría acabado esparcida por todo el pasillo si Violeta no le hubiera disparado a su vez provocando la segunda víctima de la noche.

—¿Estás bien?

Carlos asiente y añade:

—Hay una menor en el cuarto del fondo.

La policía corre hacia allá dejando a Carlos llamando a todos los que hay que llamar cuando se produce una intervención que acaba en desastre. Aunque a Violeta lo que acaba de pasar no le parece más que un virtuoso ejercicio de justicia poética, justificado cuando entra a la estancia escondida y ve que debajo de la cama hay una niña que acaba de entrar en *shock*. Junto a ella, un cerdo esposado a un radiador que se libra por poco, por muy poco, de convertirse en el tercer muerto de la velada.

Violeta habla con Ferrero vía Skype desde un infecto locutorio, rodeada de inmigrantes magrebíes que trabajan en los invernaderos. El inspector jefe no está precisamente contento.

—... teníais que habérmelo comunicado a mí primero y yo se lo tendría que haber dicho al jefe regional operativo y que este se lo dijera a los mandos murcianos... Joder, Violeta, que lo sabes de sobra.

—Y tú sabes de sobra la pereza que me da todo eso. Además, no hemos matado a ningún cliente ni a ninguna prostituta. Solo a los malos, y en defensa propia.

Ferrero se calma. Poco, pero se calma.

—Eso a lo mejor os libra del proceso judicial, pero no de los de Régimen Disciplinario.

—Seguro que a ti se te ocurre cómo quitárnoslos de encima —le contesta Violeta deseando acabar la conversación cuanto antes.

Ferrero respira hondo y se recuesta en la silla. Pausa.

—Voy a filtrar a la prensa que, gracias a la intervención, hay una niña lejos de los abismos de la prostitución. Eso puede ayudar a que nos toquen los cojones lo menos posible.

—Ok.

Matías y Poveda llevan patrullando juntos diez años. Ambos han cumplido ya los cincuenta y contemplan con pavor la posibilidad de pasar a segunda actividad y dejar las calles para hacer guardia en la puerta de la comisaría, expedir el DNI o tranquilizar a los guiris que se han quedado sin cámara de fotos en la Puerta del Sol. Matías tiene un ligero sobrepeso por culpa de las cervezas que se bebe estando de servicio, mientras que Poveda se machaca cada día en el gimnasio ubicado a dos manzanas de la comisaría. Matías estira al máximo su jornada laboral porque prefiere llegar a casa cuando su mujer ya está acostada; Poveda es un maestro en el arte de ligar con denunciante, testigos e incluso alguna delincuente.

Ambos se toman su tiempo cuando Ferrero les ordena forzar la puerta del apartamento donde vive María. Cuando por fin la echan abajo, encuentran a la bella rumana ahogada por una cuerda sujeta a una lámpara que no pudo soportar su peso,

muerta como una estrella del rock incapaz de soportar más la fama. Ambos piensan en todo el papeleo que les va a tocar hacer cuando regresen a comisaría.

Minutos después de que el juez ordene el levantamiento del cadáver, Matías le enseña a Poveda la nota que acaba de encontrar escrita dentro de un cuaderno con una gatita de color rosa en la portada: «Olvidadme».

Las excavadoras ya han empezado a demoler las chabolas de El Gallinero para hacer sitio a la construcción del estadio de fútbol que en unos años se llenará de vociferantes ciudadanos aclamando como héroes a millonarios con bula del Ministerio de Hacienda. Nadie sabe adónde han ido a parar sus habitantes y a nadie le importa.

Violeta entra en el laberinto. Al principio no ve nada, solo siente las manos que la tocan sin ningún cuidado. Manos de hombre, pero también alguna de mujer, que salen de la oscuridad y buscan sus pechos, sus nalgas, su sexo. Alguien le sube la falda, le retira el tanga y empieza a meterle los dedos, lentamente primero. Uno, dos, tres.

Orgasmo.

Ciudad Tóxica

Hay muchas maneras de morir en el Distrito Federal. La más obvia es que, durante un asalto, tú, el asaltante o los dos se pongan bravos pero él vaya armado y tú solo lleves tu iPod como elemento de autodefensa, y te hayas olvidado o no te haya dicho nadie que no hay posibilidad de negociación en esas condiciones y te disparen en cualquier calle poco iluminada, una noche cualquiera.

Pero no es la única. También puedes morir al ser picado por una araña venenosa de las que aparecen, sobre todo, en temporada de lluvias y que se cuelan por las ventanas como el polvo de la contaminación, y entran a tu dormitorio o a tu despacho y atacan tu hombro o tu tobillo, y en una milésima de segundo notas que se te empieza a dormir el brazo y te asustas y vas a un centro médico con la esperanza de que tengan el antídoto que te permita seguir viviendo hasta la siguiente tormenta.

También puedes ser atropellado mientras cruzas una calle, en esta ciudad cualquier vehículo puede girar en cualquier sentido y dirección en cualquier momento y tú controlas al autobús que viene hacia ti por la derecha sin darte cuenta de que un taxi ha decidido hacer un giro en U sin reparar en tu persona. O puedes tener una dolencia cardíaca que el *smog* de esta ciudad agravará hasta la muerte con el paso de los años. O puedes notar que la cama se mueve, como ocurre muchas mañanas al amanecer, solo que esta vez lo hace un poco más violentamente de lo habitual y abres un ojo y ves que la puerta del armario que tu marido siempre se deja abierta cuando saca la pijama por la noche también se mueve, y entonces te paras y la casa comienza a zarandearte de un lado a otro, y es 1985 o 1957 o 1995 e intentas subir al tejado porque si sales a la calle te puede morder la tierra, y mientras intentas llegar arriba ves toda tu colonia derrumbarse.

O te puede secuestrar el hermano del tipo al que le compras el jugo de naranja cada mañana, que no es un secuestrador profesional y por eso no sabe cómo mantener cautiva y viva a su presa, y te deja de alimentar tanto tiempo que dejas de servirle como moneda de cambio.

O quizás entren en tu vivienda mientras estás viendo la tele, «robo a casa habitación» lo llaman, y vivirás los quince minutos más largos de tu vida adivinando que en realidad son los últimos.

O puede subirse un payasito al autobús o pesero y sacar una pistola que no es de agua ni lo parece, y ponerse nervioso porque ha esnifado demasiado pegamento o demasiado poco y ponerse a disparar aleatoriamente, y al día siguiente serás portada de *El Gráfico* o *La Prensa* con un titular ingenioso presidiendo el retrato de tu cabeza

destrozada: «Debió agarrar el metro» o «Ya no le importa llegar tarde».

Itzel piensa en todo esto mientras aguarda a que regrese el suministro eléctrico, sentada a oscuras en el vagón del metro que la lleva a la estación de Cuatro Caminos, donde habrá de agarrar un pesero hasta su casa. Los cortes de luz son frecuentes en el subterráneo, te quedas de repente a ciegas rodeado de desconocidos y nadie se mueve, nadie habla; a lo sumo, escuchas lejana la música que alguien disfruta con unos audífonos o cascos, como dice su marido. No suelen ser muy largos los momentos de oscuridad total; poco a poco los ojos se van acostumbrando y ves emerger del negro los rostros cansados o maquillados de los que te rodean, personas como tú que probablemente también hayan nacido en la Ciudad de México y vayan a morir aquí, sin plantearse ni cuestionarse su suerte ni su existencia, sonriendo cuando las cosas van menos mal y dando gracias a dios cuando van algo mejor.

La luz regresa y el metro arranca. Itzel respira aliviada mientras el vendedor de películas pirata vuelve a repetir la frase que dice y dice sin parar de la mañana a la noche: «Diez pesos le vale, diez pesos le cuesta».

El metro a oscuras es la única forma de disfrutar del silencio en esta urbe.

Itzel llega al final de la línea y se baja del vagón solo para mujeres para integrarse en el río de personas que se apresuran a salir de debajo de la tierra para dispersarse por el laberinto de puestos de comida y bolsos y discos pirata como ratones que se saben de memoria el camino que les lleva hasta el queso.

Ella también lo conoce aunque a veces duda de dónde se detiene exactamente el pesero que la llevará hasta Naucalpan en el estado de México. Si se despista o nortea, no le queda otra que guiarse por los gritos de los que cobran el pasaje y anuncian el destino final y las paradas intermedias más importantes de cada trayecto. Hay mucha gente esperando, parece que no todos van a caber dentro del pesero pero lo hacen, apretándose, ocupando el más mínimo espacio entre los asientos, en el pasillo, en los escalones de bajada.

En el pesero viajan juntos hombres y mujeres e Itzel se tiene que mantener en guardia para que no le metan mano, para que nadie se le arrime más de la cuenta cuando se dirige a la puerta de salida, pero no es fácil y la presión no disminuirá hasta que acabe la hora punta.

Está cansada luego de trabajar diez horas en una empresa de *telemarketing* intentando convencer a gente que no quiere hablar con ella de que se cambie de operador telefónico. Diez horas a las que hay que sumar como mínimo tres más que ocupa en ir y volver. Trece horas diarias dedicadas a ganar 5.000 pesos a la quincena, 600 euros al mes que no le compensan dejar de ver a su hija pero que puede ganar gracias a que su marido se ocupa de Olga. Pedro conduce un taxi por la noche y duerme el tiempo que la niña está en la escuela.

Itzel agarra un bicitaxi desde el punto en que la deja el pesero hasta su casa, andando no tardaría más de un cuarto de hora pero nadie en su sano juicio, excepto su esposo, se atreve a andar por esa zona de la unidad habitacional a partir de las once

de la noche. Es algo que los extranjeros no entienden cuando llegan a esta ciudad. Que el «Te puede pasar algo» no significa que te roben la cartera mientras estás en una discoteca sino que te maten para robarte el teléfono móvil o celular. Pedro, aún hoy, asegura que los habitantes de la Ciudad de México son todos unos paranoicos, aunque se cuida un poco más que antes por ella y por la niña, pero Itzel sabe (y calla) que él a veces aún da largos paseos porque le gusta hacer lo contrario que todo el mundo y en el DF nadie camina porque está todo tan lejos que a pie no se llega a ningún sitio. Lo más curioso es que nunca le pasa nada, nunca le asaltan ni le roban ni le amenazan. Quizás porque el miedo atrae al miedo, y Pedro el miedo lo tiene controlado. Y eso que conduce un taxi de noche, alto riesgo, y tiene que ir a donde los viajeros le ordenen; el taxi no es un medio de transporte de lujo en esta urbe, o al menos lo es solo para los muy jodidos.

Desde que aterrizó en el lejano 1993, a Pedro le ha gustado meterse en cualquier barrio que le llamara la atención por el nombre (Peralvillo, Bondojito) o porque ha leído o le han dicho que hay algo extremadamente popular o raro que atrae su interés. En sus años de estancia en la ciudad ha llegado hasta el pie de los crucificados durante la Pasión de Iztapalapa, una delegación popularmente conocida como «Iztapalacra» que probablemente no haya pisado más extranjero que él desde su fundación y en la que cada Semana Santa se reúnen dos millones de vecinos, delincuentes, devotos y vecinos-delincuentes-devotos, todos ellos adoradores de una imposible versión azteca de la muerte y resurrección de Cristo. También se ha quedado más veces de las que le ha confesado a ella fuera de la arena Neza esperando a que saliera su luchador favorito para hacerse una foto con él. Itzel, niña fresa al fin y al cabo, no había pisado nunca una arena de lucha libre hasta que empezó a salir con Pedro. Y se sorprendió de que supiera cómo llegar a *rings* de los que ella ni siquiera había oído hablar. Quizás por eso se enamoró de este culo de mal asiento, como a él le gustaba definirse para escándalo de su mamá, se enamoró de ese gachupín devenido en chilango que devoraba tacos sin saber lo que contenían, ni preocuparse por las condiciones higiénicas del puesto o de que estuviera ubicado junto a un estacionamiento de camiones que vaciaban sus tubos de escape encima de la carne lista para ser frita en un comal que solo se lava una vez al día.

Pedro e Itzel se conocieron a través del marido de una amiga común que estaba particularmente insistente en que ella consiguiera novio. Fue una tarde de mayo en El Hijo del Cuervo, un bar de Coyoacán al que iban a tomarse las primeras cervezas o chelas antes de seguir con la fiesta. Ella vestía unos *jeans* que le estaban pequeños y él una camisa de cuadritos de colores que le estaba grande. Cuando sus amigos dijeron de irse a casa, él le preguntó si se tomaba otra copa y ella accedió sin preocuparse de cómo regresar luego a su departamento. Y a esa copa le siguió otra y Pedro platicaba y platicaba, había palabras de las que usaba que ella no entendía pero

le daba igual porque cuando él intentó besarla e Itzel se negó aunque lo estaba deseando, él le dijo una frase que aún hoy, tras trece años juntos y seis de casados, se repiten en las reconciliaciones maritales:

—Un abrazo no me podrás negar.

Itzel llega por fin a su casa, entra por la puerta y Olga se le sube al cuello mientras la llena de besos y noticias escolares. Itzel levanta la vista y ve a Pedro salir de la ducha envuelto en una toalla y sonriéndole mientras le hace un exagerado gesto de *stripper* en un momento en el que se asegura que la niña no está mirando.

Itzel se ríe y entiende una vez más por qué les quiere tanto.

Pedro recoge cerca del hotel Intercontinental de Polanco a unos tapatíos que han debido venir a la ciudad a un congreso y han decidido salir a quemar la noche chilanga. Por su aspecto a Pedro no le cuesta adivinar que le van a pedir que les lleve a un sitio donde haya chicas bailando y desnudándose y haciéndoles bailes privados. Pedro lo sabe tan bien como probablemente lo intuyan las esposas que les esperan en Guadalajara, solo que él no puede mirar para otro lado y tiene que hacer de Caronte conduciéndoles al *teibol dance*.

La primera vez que unos viajeros le pidieron a Pedro que les llevara a un burdel solo se le ocurrió El Catorce, un infame *cabaret* porno de La Lagunilla donde las chicas subían al escenario a los espectadores para tener sexo con ellos, y cuando los machos acababan, el gordo presentador (ya tristemente balaceado) cantaba una canción cuyo estribillo rezaba «Ya llegó el lechero». Un turgurio al que lo invitaron al poco de llegar a la ciudad y al que, hasta su cierre, llevaba siempre a los amigos que lo visitaban y, como él, se aburren mortalmente en los museos arqueológicos.

Pero en El Catorce no trabajan el tipo de mujeres que se quieren coger los mexicanos en viajes de negocios sin sus esposas, así que empezó a frecuentar la Zona Rosa a ver qué encontraba. Acabó confiando la libido de sus pasajeros a las empleadas de un megalocal llamado Titanium, en el que daban una comisión a los taxistas cada vez que llevaban a un cliente, en concreto el 50 por ciento del *cover* que pagaban los hombretones por acceder al local.

Pedro no siempre ha sido taxista. Al llegar al DeFectuoso estuvo dando clases de inglés y computación en varias academias; luego fue guía turístico, traductor, trabajó en una agencia de viajes, fue recepcionista de un hostel en el Zócalo, de donde pasó a trabajar en el *front desk* del Sheraton de la Alameda Central, de donde fue despedido por enfrentarse a su jefe. Así que decidió serlo de sí mismo, compró un taxi y se lanzó a las calles permanentemente embotelladas de la segunda ciudad más grande del hemisferio occidental.

Pedro ha llevado a una buena cantidad de licenciados, ejecutivos, comerciales, turistas y doctores a echarse un taco de ojo o una cana al aire al Titanium. No siempre le daban el 50 por ciento de la lana que pagaban por entrar, pero solía caer algo y eso

venía muy bien a la maltrecha economía familiar.

Los tipos que acaba de subir están algo borrachos. El más grande tiene alrededor de sesenta años, es gordo y moreno mientras que el joven apenas ha debido cumplir los cuarenta, es rubio o, como dicen en México, güero.

—¿Adónde les llevo?

—¿Qué onda, wey? Andamos buscando un antro, wey, de esos, wey, con viejas bien buenotas, wey...

—Sé adónde quieren ir...

Pedro arranca calculando que si en el *teibol dance* a cada viajero le van a cobrar unos quinientos pesos por entrar, él se puede llevar unos doscientos por cabeza. Sonríe a sus clientes.

—Les llevaré al mejor de la ciudad —les promete el taxista.

—Nos dieron el *tip*, wey, de un antro, wey, que dicen está de pelos, wey.

—¿El Solid Gold? —juega Pedro a adivinar.

—No, no se llama así —puntualiza el güero.

—El Solid Gold es el mejor del DF, háganme caso. Sé de lo que hablo.

Pedro ve peligrar su comisión al tiempo que el más grande hurga en su iPhone 5 buscando un dato más concreto acerca del lugar en el que desahogarse.

—Llévenos a la calle Nilo, colonia Clavería en Azcapotzalco —ordena.

Pedro jamás ha escuchado que hubiera un bar de chicas en Azcapotzalco.

—Con todo respeto... ¿Quién les dio ese *tip*? En esa colonia no van a encontrar lo que buscan.

El güerito le da unos golpecitos en la espalda y le ordena condescendiente:

—Usted solo llévenos, ¿sí?

—¿Cuánto nos cobra? —pregunta el viejo.

—300 pesos, señor.

Los taxímetros dejan de funcionar a medianoche.

—Ok —concluyen al unísono.

Pedro pone rumbo a una zona bastante alejada del centro en la que duda poder agarrar a algún cliente que justifique el regreso a las zonas de actividad nocturna. Además sabe que se va a perder, absolutamente ningún conductor conoce todas las calles del DF y solo cuentan con GPS los servicios de lujo encargados de llevar a celebridades de un lado a otro. El resto de taxistas de la ciudad se tiene que conformar con una edición más o menos desactualizada de la Guía Roji, un callejero a la vieja usanza que es el que Pedro saca de debajo de su asiento, detenido junto a la puerta de una iglesia, ya en el remoto barrio. Cada doce segundos aproximadamente mira de reojo el espejo retrovisor para asegurarse de que nada sospechoso sucede a su alrededor.

—¿No que no sabía llegar? —comenta molesto y clasista el güero.

—Sí, y estamos en la colonia que me indicaron —se defiende Pedro—. Nada más tengo que encontrar la calle, ¿ok?

Están completamente solos. Pedro sabe que no va a encontrar a nadie a quién preguntar y que más le vale no ponerse nervioso si no quiere tener problemas con sus viajeros. Su mirada se pierde en el trazado irregular de calles atravesado por nombres en diferentes cuerpos de letra que tiene en la guía; no es fácil saber a qué se refiere cada uno, no hay un trazado urbanístico en esta zona de la ciudad, más bien un conjunto de casas que fue destruido para dejar paso a otro y este a un tercero y así ir conformando poco a poco la impersonalidad de la colonia. Pedro empieza a pensar que ha caído en una trampa y que los weyes que lleva detrás le van a hacer algo; el mundo al revés, piensa ocultando una sonrisa, los viajeros asaltando al taxista, ¿adónde vamos a llegar? Encuentra una zona con nombres del antiguo Egipto y eso le da esperanza. Tebas, Cairo, Oasis, Pirámides..., ¿Memphis?, Nilo. Suspira aliviado, la ubica respecto a la parroquia en la que están y arranca.

—Ya está.

¿Quién habrá pensado que Memphis tiene algo que ver con el antiguo Egipto? Un fan de Elvis, sin duda.

—¿Qué número es?

—99 —contesta el tapatío diestro en el manejo de su iPhone.

Pedro conduce hasta el indicado. Se trata de una pequeña casa individual en la que han colocado el número de la calle escrito en neón sobre un árbol. Solo un tipo de seguridad con cara de comadreja y un portero con aspecto de político provinciano del PRI denotan que dentro de la casa hay algo más que clase media descansando. Los tapatíos sonrían y sacan seis billetes de cincuenta pesos para pagarle. Pedro extiende la mano para agarrarlos cuando el más joven le sustrae uno delante de sus narices.

—Son 250. Por nortearse —intenta regatearle.

—Aquí están, ¿no? Deme los 300.

—Dáselos, wey —ordena el patriarca.

El güero sonrío a su amigo y le acaba dando los trescientos pesos a Pedro, que está habituado a ser él quien intenta rascar algo más de lana a sus viajeros.

—¿Quieren que les espere? —se ofrece Pedro.

—Vamos a tardarnos —pronostica el moreno, que sin duda ya ha estado aquí antes.

—Por aquí no va a resultarles fácil encontrar otro taxi.

—¿Cuánto es lo menos? —pregunta el güero.

—¿De regreso al mismo hotel?

—Sí.

—250, ahora sí. Y por ser ustedes.

—Quién sabe cuándo acabaremos —insiste el casi abuelo, al que no le gusta ir de putas con prisa.

—Tómense su tiempo, yo aquí les espero —les tranquiliza Pedro.

Cualquier cosa mejor que volverse de vacío. Los dos hombres se bajan del coche

y Pedro aparca unos metros más arriba para no despertar las suspicacias del guarura y el cadenero. Se acomoda en su asiento, enciende la radio y se dispone a echar un sueñecito con la mirada puesta en la entrada del local.

No hay mucho trasiego de clientes. Hombres solos entran y salen de vez en cuando. Pedro se queda dormido y se despierta no sabe cuánto tiempo después. El cielo es un poco menos negro. Han pasado más de dos horas y se acerca hasta el hombre con cara de comadreja a preguntarle por los tapatíos. Es muy delgado, lo que hace resaltar aún más su musculatura; tiene unos dientes prominentes, una perilla muy pequeña y el pelo lacio recogido en una coleta. En el momento en que va a hablarle salen sus chicos del interior de la casa bastante borrachos y con aspecto de haberse metido una docena de rayas de coca entre los dos. Al verle, lo abrazan y celebran su presencia con grandes risotadas y gritos.

—¡Nuestro salvador! —dice el más mayor.

—Este wey es la neta —apunta el joven.

El guarura les mira con cautela y Pedro se hace cargo de ellos. Avanza hacia el taxi pensando que en el lamentable estado en el que regresan, les va a sacar bastante más de los 250 pesos cuando lleguen al hotel. El marido de Itzel camina cinco pasos por delante de los clientes estrella de la noche cuando se da cuenta de que, al abrazarlo, le han dejado un rastro de sangre en su camisa.

Itzel se asusta al ver la sangre en el pecho de su marido, pero este la tranquiliza contándole que ninguno de los dos tipos estaban heridos, la sangre seguro proviene de una hemorragia nasal provocada por consumir demasiada cocaína mal cortada. No les habría dejado subir al coche estando heridos y no lo estaban, se aseguró de ello antes de abrirles la puerta. Eso sí, anduvieron gritando estupideces todo el trayecto, bajaban la ventanilla cada vez que en un semáforo veían una mujer joven y le gritaban todo tipo de groserías. A esta hora deberán estar durmiendo la borrachera en las sábanas del hotel lavadas a altísimas temperaturas para conseguir la más completa desinfección.

Son las siete y media de la mañana e Itzel acaba de salir de la ducha, Olga se está acabando el desayuno y corre a abrazar a su padre, que le da muchos besos mientras su madre se asegura de que no está mirándola cuando le hace a su marido un exagerado gesto de *stripper*.

Desde hace unas semanas, a Itzel las jornadas laborales se le antojan interminables. Antes de llegar a la oficina está deseando irse y lo único que la retiene pegada a la silla y a la compu y a los audífonos y al guion con las frases que ha de decir si consigue mantener a su interlocutor al teléfono más de veinte segundos es que su familia necesita el dinero que ella gana.

Más de una vez Itzel ha considerado la posibilidad de hablar con Pedro y decirle que no soporta más ser pobre, no quiere estar constantemente calculando cuánto se

gasta cada día para poder llegar al final de la quincena. Itzel se asigna un presupuesto diario que nunca cumple, lo que consigue ahorrar por un lado se lo gasta en su hija o en su marido. No puede dejar de pensar cada vez que saca la cartera en la lana que le queda antes de volver a cobrar. Resta, suma, multiplica, divide, hace cuentas para engañarse a sí misma y creer que no pasa nada si se compra un labial en una perfumería barata pero no lo hace porque piensa que ese pequeño sacrificio le será recompensado de alguna manera, y no es verdad, ese sacrificio da igual, nada cambia nada, como nada cambia para las personas que le responden al teléfono y cada vez le cuelgan antes.

Las niñas mexicanas se embarazarán adolescentes y serán como sus madres, que a su vez son como sus abuelas, y teme que a eso esté abocada su hija si ella no hace algo por cambiar las cosas, pero no sabe qué pueden hacer ni ella ni su marido más que trabajar como burros y dormir por turnos.

Itzel, sobre todo, quiere ir al baño cuando se le dé la gana sin tener a una supervisora que le controle el tiempo que tarda en orinar.

No, no es momento de tener un segundo hijo, como a Pedro y a ella les gustaría. Itzel siempre ha querido formar una familia numerosa, la casa llena de niños jugando y pegándose, quizás porque pasó demasiada infancia entreteniéndose mirando desde el balcón a la gente que pasaba por su calle, que es lo que hacían en su época los hijos únicos cuando sus papás no les dejaban ver más televisión.

Pedro acaba de dejar a unos poblanos dentro de la misteriosa casa de la calle Nilo y está dando una vuelta a ver si lo para alguien. Hoy es jueves y algo más temprano, por lo que no resulta imposible que alguien lo necesite para acercarlo hasta su casa desde la parada de metro más cercana. Conduce, intenta encontrar algún restaurante o bar o puesto de tacos que atraiga clientes pero no hay ninguno y regresa dispuesto a sacarle algo de conversación al cadenero con aspecto de comadreja.

—¿Vienen muchos weyes hasta aquí? —pregunta Pedro.

—Los suficientes.

—Pero está bien lejos...

—Depende de dónde.

—Estos antros suelen estar más cerca del centro. ¿Un cigarro?

El cadenero duda pero finalmente lo acepta. Buena señal. Pedro le extiende la mano y le dice su nombre. El cadenero duda unos segundos pero finalmente se la da.

—Éder.

—Este sitio es VIP de a de veras. No creo que haya muchos taxistas que sepan cómo hacerle para llegar.

—La mayoría de los clientes vienen manejando.

—Yo podría traer hasta aquí a los hombres que me pregunten por un *teibol*.

—Si estás buscando comisión, yo no soy la persona con la que tienes que

negociar.

—¿Quién es?

Pedro tiene que ir tres veces más al local sin nombre hasta que consigue que Éder le presente a Correa, el encargado del negocio. Es un culichi con un fuerte acento y botas norteñas de color azul, como si hubiera serpientes de ese color en Culiacán. No le invita a entrar, lo atiende por una puerta lateral mientras unos empleados sacan y meten cajas con Coca-Cola. Correa no mira a Pedro a los ojos, dirige los suyos por encima de la cabeza de este como si estuviera intentando localizar a alguien más importante que él en las inmediaciones. Lo que tendría cierta lógica si estuvieran en la fiesta de estreno de una película o en la presentación de una colección de moda, pero no en un burdel aislado en mitad de una colonia que nadie que no viva en ella sabría ubicar.

—Para no hacerte el cuento largo —le dice Correa queriendo acabar cuanto antes con la conversación—, los que van a los *teibol* de la Zona Rosa y se gastan mil pesos por noche, no nos interesan.

—Les puedo traer gente dispuesta a gastarse mucha lana —promociona Pedro sus habilidades.

—¿Y dónde los encontrarás?

—Tengo contactos en el Sheraton y en el Meliá y en todos los Camino real.

No es del todo verdad, pero puede serlo.

—¿Y cuánto quieres por traerlos?

—¿Cuánto es el *cover*?

—Ese no es tu problema.

—200 por persona.

Pedro dice esta cifra al azar, si consigue traer a veinte clientes por semana son cuatro mil pesos a la quincena que pueden hacer que Itzel deje de trabajar y puedan por fin darle un hermano o hermana a Olga. Correa se lo piensa. Pedro cree que se ha pasado y está a punto de bajar la cifra cuando Correa asiente.

—Pero no se lo cuentes a otros taxistas.

—¿Cómo cree? Claro que no.

Pedro sabe que no debe fallar, que todos los clientes que lleve a la casa de la calle Nilo han de estar deseando gastarse mucha lana, coger con las mejores mujeres y comprar mucha coca dentro del local. Aunque los años que lleva conduciendo un taxi desde que lo echaron del Sheraton le han hecho desarrollar un sexto sentido para saber quién quiere pagar por coger y quién prefiere arriesgarse a ganarse el polvo sin pagar, piensa que no está de más hablar con sus antiguos compañeros de trabajo y llegar a un acuerdo.

—Nada más me señalan qué huéspedes vienen solos y pagan con tarjetas de crédito oro o platino —propone Pedro—. Yo estaré esperándoles fuera.

—¿Y nosotros qué ganamos?

—Cien pesos por persona.

—Ciento cincuenta.

—Ok.

—Esperas afuera del hotel y si el jefe nos pregunta por ti, no te conocemos.

Sonrisa y trato hecho. Así comienza Pedro a sustituir los paseos nocturnos Insurgentes arriba Insurgentes abajo por jornadas más cortas en las que espera a la salida del Sheraton con sus mejores galas, como si fuera un turista más, a que sus cómplices le hagan una llamada perdida y él se dirija a los canadienses, franceses, españoles o regiomontanos que salen por la puerta dispuestos a arrasar entre las chilangas.

—Les llevo a donde gusten. Pero si quieren un lugar realmente exclusivo, con las mejores *escorts* del mundo... Primer nivel. Nada más confíen en mí.

No todos lo hacen, claro. Pero sí algunos confían. Y luego confiarán algunos amigos o socios de los amigos cuando visiten la metrópolis. En la casa de Itzel y Pedro comienza a entrar un poco más de dinero y la primera le pregunta al segundo de dónde sale.

—De llevar clientes a un club. Me dan comisión.

—Siempre te dieron comisión, pero nunca para poder comprar la lavadora con secadora que trajeron esta mañana y de la que, por cierto, nada me dijiste.

—Este club es otra onda, está muy alejado del centro y la carrera es larga... Bien VIP.

—Pedro, no me mientas...

—Es un burdel, mi amor.

—¿Y no tienes que hacer nada más? ¿Llevas a los marranos y ya?

—Les espero hasta que acaben y los regreso al hotel.

—¿Y dónde los esperas?

—Dentro del taxi.

—Ajá.

Pedro adivina lo que viene ahora y le gustaría que no pasara.

—¿No prefieres esperarlos dentro, en la barra, con las viejas?

—Nunca he entrado y nunca he visto a ninguna de las chicas.

—Ya. Y yo me chupo el dedo.

Itzel sabe que los celos están empezando a jugarle una mala partida, sabe que tiene que parar pero no puede, tiene que seguir un rato más. Pedro contraataca.

—Que no, mi amor. Si me gastara lo que me dan en putas, no habríamos cambiado la lavadora. Que por cierto, si quieres, la devuelvo.

—¿Y cómo sé yo que no te invitan a un servicio? Porque ya llevas tiempo yendo..., ¿no? Y no me dijiste...

—Media hora con una de las chicas de allí cuesta 3.000 pesos, ¿ok?

—Qué bien te lo sabes.

Pedro atrae hacia él la cabeza de Itzel y la deposita en su hombro.

—Y aunque los tuviera, te prefiero a ti y nada más que a ti.

Itzel se tranquiliza; menos de lo que quiere hacer ver, pero se tranquiliza.

La verdad es que Pedro dijo la cifra al azar. Nunca ha tenido interés por entrar al local, ni por tomarse una copa dentro. Porque cuanto más lejos se esté de las putas, mejor. Donde hay putas hay drogas y donde hay drogas hay problemas, sobre todo si se mezclan con las putas. Pero Pedro sabe perfectamente que en estos momentos su mujer sueña con él derramando *champagne* en los pechos de media docena de güeritas y a él comienza a picarle la curiosidad. Ha visto muchos burdeles en su vida pero seguro que ninguno de este nivel... ¿Cómo será? Sin nombre, tan lejos de todo y tan exclusivo.

¿Y si sale del coche y recorre los 107 pasos que lo separan de la puerta y convence a Éder, el cadenero, de que tiene sed?

En esto está pensando Pedro cuando de repente escucha unos gritos de mujer a su espalda. Mira por el espejo retrovisor y ve a una chica de veintipocos años corriendo hacia él con la ropa desgarrada. Guapa, *sexy*, asustada, con los ojos verdes, muy verdes. La mujer se lanza contra la ventanilla del asiento de copiloto del taxi.

—Sáqueme de aquí. Por favor... Le pago lo que quiera... Pero sáqueme de aquí.

Pedro no sabe qué hacer. El corazón le late por el sobresalto. Si Pedro no va a las putas, las putas vienen a Pedro. La chica se saca del mini vestido rojo varios billetes de doscientos pesos y se los enseña al taxista pegándolos al vidrio.

—Le daré todo el dinero que tengo pero por favor, sáqueme de aquí.

Tiene la oportunidad de hacerse el héroe protector y perder el negocio para siempre o asegurarse la confianza de los dueños del burdel entregando a la sexo servidora rebelde. Éder y el guarura salen de la casa buscando a la fugada. Pedro abre la puerta del copiloto. La chica se sube algo aliviada. Deposita en la entrepierna de su salvador todo el dinero que llevaba en la mano.

—Corre, por dios.

Pedro lo hace. Prende el motor. El guarura y Éder van hacia el coche, sacan sus armas. Pedro mete la marcha atrás y, en lugar de alejarse del club, va hacia él, se detiene ante los captores de la chica, que lo insulta.

—Hijo de su puta madre.

—¿Esto es de ustedes? —pregunta Pedro a Éder mientras abre la puerta del copiloto.

La fidelidad del taxista sorprende a los empleados exteriores del burdel, que guardan sus armas y sacan a la muchacha, que no para de increpar al marido de Itzel. La prostituta recibe un contundente golpe en la cara y es introducida de nuevo en la casa por la puerta trasera. Éder sonrío a Pedro y mira los billetes que hay sobre el regazo del taxista y en el suelo. El taxista los recoge y se los va a dar al cadenero con

cara de comadreja, que esta noche se siente generoso.

—Quédatelos. Te los ganaste.

Pedro no discute la orden y regresa al sitio donde espera casi cada noche a que salgan sus clientes. La verdad es que no ha ayudado a la chica por miedo a meterse en un lío ni por ganarse la confianza de los dueños del burdel.

Ha dejado pasar la ocasión de ser un héroe para no tener que andar explicándole a Itzel por qué anda rescatando a damas de la noche en peligro.

«Vete a chingar a tu madre.» «Pinche vieja, no mames, estaba durmiendo.» «¿Por qué no me das tu número y te hablo yo a las cinco de la mañana, pendeja?» «Búscate un trabajo de verdad.» «Agarra los audífonos y métetelos por la cola. O mejor dame tu número y te meto yo otra cosa.»

Y así uno tras otro. A diario hay alguien que te insulta, que te dice groserías, pero esta mañana son casi todos. De quince llamadas que ha hecho Itzel desde su puesto de trabajo, diez la han insultado y tres le han colgado. Dos no estaban. La supervisora llega a preguntarle si ha conseguido cerrar algún contrato.

—No, todavía, no.

La supervisora le exige que el tiempo para comer (treinta minutos) lo dedique a platicar con ella en su despacho. Itzel se agobia, intenta hacer mejor su trabajo, ser más agresiva, no dejar pensar a su interlocutor, arrancarle un «Sí quiero» a cualquiera de las promociones en vigor porque de esta forma tendrá un argumento a su favor cuando la jefa le reclame los pocos contratos que lleva realizados en el último mes. Aunque sabe que su superiora tiene razón, que hay compañeras a las que no les importan los insultos ni los desprecios, que son capaces de engañar a abuelitas pobres y venderles lo que no necesitan. Solo tienen que decir sí a una serie de preguntas para que sea demasiado tarde y ya estén autorizando el cambio de compañía telefónica. El otro día un compañero alardeaba de haberle vendido la conexión Premium a Internet a una abuela de San Cristóbal de las Casas. Itzel no puede hacer eso, se le bloquea la lengua... No puede engañar a los que no tienen apenas dinero para llenar el *refri*.

Por eso la está mirando su jefa, sentada en su despacho con cara de que esta vez no va a perdonarle la vida ni le va a dejar tiempo para bajar a la calle a comerse unos tacos de barbacoa.

—No estás motivada, Itzel. No te importa la compañía, no eres competitiva, no tienes una actitud positiva...

—La gente recibe a diario muchas llamadas como la mía... Están hartos de que se les moleste...

—Ahí es donde se demuestra quién vale y quién no... Invertimos mucho dinero en que aprendieras cómo ganarte a un cliente difícil y tus resultados desmerecen de la confianza que...

Itzel decide en ese momento que odia los trajes de sastre que, como si fueran un

uniforme escolar, llevan o son obligadas a llevar todas las mujeres que trabajan en una oficina en esta ciudad, sean de la profesión que sean. Odia las camisas blancas, odia los tacones no muy altos de los zapatos, odia las americanas y, sobre todo, odia las costuras de los pantalones que se le clavan en la cintura y los muslos cada vez que se sienta, todo siempre muy ajustado, los botones y la cremallera a punto de estallar, marcando cada lonja, cada quesadilla de más...

—La verdad es que no sé qué hacer contigo... No es nada más que no resultes rentable a la empresa, sino que estás dando una mala imagen. Estamos en periodo de expansión, cada día recibimos una docena de currículums de gente joven con vocación comercial que conoce nuestros productos y está deseando entrar a colaborar con nosotros...

—¿Ah, sí? ¿Sabes qué? Que vas a chingar a tu madre, que no eres más que una *wannabe* que le lame las botas a su jefe para no perder los... ¿Cuánto te pagan, pendeja? ¿3.000 pesos a la quincena? Como dice mi marido: «Vete a tomar por el culo, gilipollas».

Itzel se levanta, se ajusta el maldito saco y muy derecha se encamina hacia la puerta. Las costuras del pantalón se le clavan en las cartucheras pero es feliz. Sale del despacho orgullosa de haber hecho saltar por los aires la cortesía que preside las relaciones de poder en este país. «¿Qué cree?-No sea malito-Porfa-Ahorita mismo-Con mucho gusto.»

Recoge su bolso y atraviesa con la cabeza bien alta la sala en donde sus compañeras, que a buen seguro escucharon sus gritos, esconden la cabeza entre audífono y audífono para que la supervisora no piense que alguna vez fueron sus amigas.

Sale a la calle, por una vez, sin prisa. Son las tres de la tarde y hace un día espectacular; el cielo lleva casi dos meses sin deshacerse de un aplastante color gris pero hoy está muy azul y muy lejos y el sol calienta cualquier trozo de piel a su alcance. El bulevar de la calle Mazatlán está lleno de parejas de estudiantes de la Preparatoria besándose y paseándose. En las terrazas, grupos de señoras se ponen al día de los últimos chismes e Itzel comienza a caminar sin rumbo, a caminar y a caminar como le gusta hacer a Pedro, contemplando la frondosidad de los árboles, las casas que imitan la arquitectura colonial, las banquetas levantadas por la fuerza con que crecen las raíces de los árboles, y entonces piensa que la ciudad entera está en permanente guerra con la naturaleza desde su fundación. Desde el mismo momento en que comenzó a construirse sobre una laguna, la pinche Ciudad de México sostiene batalla tras batalla contra los volcanes que la rodean y amenazan con llenarla de lava o ceniza, con los terremotos que la agitan cada semana, con los árboles que no se resisten a dejar de crecer porque el metro frene sus raíces, con las lluvias torrenciales que tornan el verano en invierno en apenas quince minutos... Quizás por eso es posible que cada mañana, mientras Itzel se toma el café asomada a la ventana de su departamento, contemple a un águila posada con toda su realeza en la copa de un

árbol plantado frente a su vivienda, dominando lo que siempre han sido y serán sus territorios.

Pero al llegar a su casa se derrumba, le cae el veinte de lo que ha hecho y tiene la tentación de llamar a su supervisora, disculparse por su mala educación y poner la cabeza encima de la mesa de su despacho para que se la corte y exhiba ante toda la empresa. En lugar de eso, se desnuda y se mete en la cama con Pedro, que al sentirla piensa que ya es de noche y se tiene que volver a levantar. Itzel le dice que no, que luego se lo explica pero que ahora la abraza muy fuerte y Pedro lo hace y pasa los dedos por su pelo y ella lo aprieta, quiere estar pegada a él de esta manera cuando el mundo se acabe y por favor, que se acabe ya, que no haya más después, que acabe así, o mejor que espere un poco a que regrese la niña y se meta en la cama con ellos y así les sorprenda el apocalipsis, juntos y calentitos.

—Hiciste muy bien, cariño. Ya estuvo. Así podrás pasar más tiempo con la niña. Te ibas a enfermar de estar allí encerrada.

—Pero necesitamos la lana..., no era mucho pero nos daba para la ropa de Olga... Ahora ¿cómo le vamos a hacer? Tengo que ponerme a buscar otro trabajo, aunque sea limpiar casas..., me vale madres...

—Mi mujer no va a ponerse a limpiarle el piso a nadie.

—No, Pedro. La regué, lo siento, perdóname...

—Tranquila, mi vida. Tú ahora, descansa, ¿sí? Tómate los días que quieras para no hacer nada... Yo me encargo de todo.

Ahora sí que Pedro recorre decidido los 107 pasos que lo separan de la puerta del burdel. Ahora sí que le deben un favor, ahora no es solo un taxista que busca comisiones. Ahora tiene algo que ofrecerles para lograr salir de pobre de una puta vez. Y no se refiere a poder comprarse un electrodoméstico en Electra o ir a cenar al Gallito cuando se les antoje. No. Quiere ser rico de verdad, hasta el extremo de poder dejar Naucalpan y mudarse a una colonia pija dentro de la ciudad. A Coyoacán, o mejor a La Condesa, a la calle Ámsterdam. Sí, ahí vivirán, en esa calle circular como la pista de un hipódromo llena de restaurantes caros, comprarán la comida en el Superama y los cuatro serán totalmente Palacio, llevarán a la niña a una escuela privada donde aprenda inglés y francés. Los domingos irán a comer al restaurante giratorio del World Trade Center y luego se verán una película en 3D en la sala VIP de Cinemex. O dos. Y contratarán a una canguro cada vez que a Itzel se le antoje salir a cenar fuera de casa comida japonesa, o tailandesa o brasileña. Podrá ir a Madrid a ver a su madre siempre que quiera. Por san Valentín se alojarán en el Sheraton, en una suite del último piso. Y los excompañeros que se ha cuidado muy mucho de que nadie les relacione con él tendrán que hacerle una reverencia al pasar y llamarle señor

y llamar al elevador y servirles el desayuno en la cama.

Dejarán de pasar frío en Navidad porque estarán en Copacabana echando velitas encendidas al mar.

Y podrán tener ese segundo hijo al que la realidad siempre posterga.

Éder, el cadenero, no puede evitar sonreírle cuando le abre la puerta principal del local después de que el taxista le pregunte si puede hablar con el jefe.

Por primera vez en muchos meses, Itzel no tiene prisa en hacerle la cena a su hija. Se inventa que están en la cocina de un restaurante y que va a venir a cenar un señor muy importante, y que todo tiene que quedar más rico que nunca y por eso necesita que su niña le ayude a hacer el pastel de chocolate más grande del mundo, aunque Olga se limita a ir y venir poniendo la mesa, tiene que ser una mesa bien bonita, por eso a la chamaca se le ocurre agarrar las flores de plástico que hay desde hace lustros encima del mueble del salón, las mete debajo del grifo, las lava bien con jabón, las rocía con el ambientador del baño y las coloca en un jarrón chino pegado mil veces. Para cuando Olga termina de hacer su tarea, el pastel ya está en el horno e Itzel la entretiene mientras espera contándole la historia de un niño que un día plantó unas alubias que crecieron tanto que lo llevaron hasta el cielo.

Olga le pregunta si ellas pueden hacer lo mismo.

—Claro que sí, chiquita. Mañana vamos al mercado de Jamaica y las compramos.

El interior del número 99 de la calle Nilo no parece un burdel, podría pasar por una casa normal. En la recepción hay un perchero en el que dejar la chaqueta o el paraguas, y de ahí se pasa a una sala decorada con cuadros en los que todo el mundo está vestido; un piano que nadie ha tocado nunca, y varios sofás cómodos y blancos.

Hay que estar muy seguro de sí mismo para comprar sofás blancos en una casa de putas.

Lo que más sorprende a Pedro es que no hay chicas a la vista. Ni una. Unos cuantos hombres esperan leyendo o escuchando la música que suena por los altavoces. Correa sale a su encuentro, le extiende la mano y conduce a Pedro hasta su despacho, que es tan sobrio y tan burgués como el resto de la casa. Solo un enorme dóberman con bozal y atado a una argolla en la pared rompe la armonía del conjunto. Mientras habla con Correa, Pedro mira de reojo a la bestia, que le devuelve la mirada aunque no le gruñe. Correa abre un mueble bar (es otra de las cosas que le encantan de México, todo el mundo tiene un mueble bar bien surtido en su casa, también él, lo que te convierte automáticamente en el perfecto anfitrión) y le sirve un whisky con hielo a nuestro hombre sin importarle que este vaya a tener que conducir unos minutos u horas después.

—¿En qué le puedo ayudar? —pregunta, cortés, Correa.

—Quiero trabajar para usted.

—Ya lo hace. Le damos una comisión por cada cliente que nos trae, ¿no?

—Quiero decir..., que quiero implicarme más con su... negocio.

—¿Y qué le hizo pensar que yo quiero que un taxista trabaje para mí?

—El favor que les hice devolviéndoles a la chica que se les escapó.

—¿Eso es lo que sabe hacer? ¿Capturar a chicas traviesas y devolverlas a su casa?

—Entre otras cosas. Por ejemplo, no hacer preguntas.

—Eso es una virtud difícil de encontrar ahora.

—Razón de más para que me considere.

Correa se acaba el whisky de un trago y dice lo que tantas veces ha escuchado Pedro en su vida y que tanto teme.

—Espere a que nosotros le hablemos. Acábase el whisky afuera.

—No, gracias. Tengo que conducir y no me apetece acabar la noche en El torito.

—Acábeselo, taxista.

Pedro obedece y deja el vaso vacío sobre la mesa de Correa. No sabe lo que ha pasado, no sabe lo que va a pasar, pero ha hecho lo que quería hacer y en eso piensa mientras lleva de regreso a sus pasajeros de esa noche al hotel. En eso y en que las chicas deben esperar a los hombres directamente en las habitaciones.

—¿Qué tal estuvo? ¿Les gustó? —pregunta Pedro, pretendiendo obtener alguna información que le beneficie.

—Neta que sí. Las viejas, superbién.

—Todo bien...

—Nada más por curiosidad. ¿Dónde tienen a las chavas? Yo es que una vez entré y no vi a ninguna en la sala.

Los tres cerdos que han decidido pasar la noche en la colonia Clavería se ríen cómplices y se miran.

—Hay viejas, no se preocupe. Las hay.

El taxista les extiende su tarjeta de presentación, como siempre hace.

Pedro regresa un par de veces más a la casa de la calle Nilo sin que nadie lo invite a entrar ni hable con él más de lo imprescindible. Le pagan la acostumbrada comisión apenas los clientes han dejado de poder verle y adiós. Él guarda el dinero en un bolsillo que ha cosido en la parte inferior de su asiento y espera el tiempo necesario para que sus pasajeros descarguen. Eso es para él un servicio completo y está bien. El jueves, Pedro lleva ya un par de horas esperando y dormitando cuando Éder, el Comadreja, lo despierta golpeando el vidrio del asiento del copiloto. Pedro se incorpora y lo baja.

—¿Sí?

Éder abre la puerta y se sube a su lado sin esperar respuesta.

—Arranca, por la siguiente calle a la derecha y luego da vuelta a la izquierda.

Pedro obedece. Éder bosteza. Ya están en la calle de atrás de la casa, que tiene un jardín tan grande como abandonado.

—Alto.

Pedro se detiene, Éder se baja del coche y abre la cancela. Le hace un gesto al taxista para que meta el coche dentro. Lo hace. El cadenero avanza a pie hasta la puerta del garaje y la abre indicándole que entre. Pedro obedece. Dentro hay un par de coches del año aparcados y un tercer hombre al que el marido de Itzel no conoce. El hombre más delgado del Distrito Federal le hace un gesto a su socio, que saca una maleta y la acerca hasta la cajuela del coche de Pedro, que acaba de ser abierta por este. Pedro va a ayudar pero no lo dejan. La meten dentro. A esa seguirán dos más de idéntico tamaño. Pesan bastante, a pesar de lo cual no le permiten al papá de Olga tocarlas.

—Correa quiere que lleves esto a Santa Marta Acatitla. Entra por el puente Peñón Viejo y cuando lo cruces, espera a que nos pongamos en contacto contigo. En tu celular aparecerá la palabra «Vocho». Eso te indicará que somos nosotros.

—¿Nada más?

—Si te detiene la Policía o alguien, no nos conoces.

Éder le da 2.000 pesos en efectivo.

—Otros dos mil cuando hagas la entrega.

—¿Y los clientes que traje?

—Están muy entretenidos, no te preocupes. Yo me encargo.

En Santa Marta Acatitla está una de las cárceles o reclusorios con los presos más peligrosos de México. También es el barrio donde se celebra cada miércoles el mayor mercado de la ciudad de objetos robados. Poco después del amanecer, aparecen furgonetas con mercancía sustraída (a menudo con la complicidad de los conductores o simplemente a punta de pistola) de los camiones que la transportaban con destino a grandes almacenes como Suburbia o El Palacio de Hierro. En ocasiones, roban el camión entero, ¿para qué perder el tiempo eligiendo si se puede tener todo? Los ladrones estacionan los vehículos en calles sin salida, abren las puertas traseras y subastan los lotes entre los adjudicatarios de los puestos, que luego venderán las cosas por el doble de lo que les han costado pero a la mitad o la tercera parte de lo que cuestan en los puntos de venta oficiales. Itzel, a veces, se compra maquillaje o ropa. Pedro va poco porque, en palabras de su esposa, es un lugar demasiado peligroso para ir con un extranjero. Motivo más que suficiente para que a él se le antoje ir solo, como hizo una vez en Navidad para comprar los regalos de Reyes. Santa Marta Acatitla es una zona de casas construidas con ayuda del Estado, con numerosos terrenos baldíos y rodeada de cerros y perros. El tipo de sitio en el que los taxistas evitan meterse de noche a no ser que vivan allí.

Pedro supone que esa es una de las razones por las que le pagan tanto, no es muy

prudente estar detenido a las cuatro de la madrugada a la salida de un puente debajo del cual hay varias fogatas. Ha apagado la radio y mira fijo la pantalla de su celular, esperando la llamada o mensaje. No puede hablar él, no tiene forma de comunicarse con ellos. Intenta no saber qué hora es, como se recomienda a los insomnes que hagan. Su mirada se pierde en las luces de los cerros, qué ocurrirá en el interior de esas ciudades perdidas en las que nunca se apaga la luz aunque no tengan suministro eléctrico. De vez en cuando, ve sombras moverse más o menos lejos del coche, entonces agarra con la mano las llaves que están puestas en el contacto y se prepara para arrancarlo y salir corriendo. Pero las sombras no se le acercan, afortunadamente.

A la hora se cansa de estar sentado y se baja a fumar un cigarro.

Es entonces cuando la pantalla de su celular se ilumina con la palabra clave: «Vocho».

—Bueno —contesta Pedro con la fórmula tradicional mexicana, que remite a los tiempos en que no todos los teléfonos funcionaban correctamente.

—Sigue todo derecho y, cuando llegues a una gasolinera, da vuelta a la derecha hasta que encuentres un terreno baldío.

Pedro dice «OK» pero nadie le escucha al otro lado porque ya han colgado. Obedece y al llegar al descampado, ve un coche con dos personas a bordo. Se detiene a su lado. Todos se bajan.

—¿Pedro? —le dice el que estaba sentado al volante.

—Sí.

—Abre la cajuela.

Pedro obedece y los dos tipos se hacen cargo de las maletas que ahora tampoco le permiten tocar.

El domingo, Pedro invita a su familia a comer a uno de esos restaurantes que le horrorizaban antes de tener a Olga pero que ahora disfruta porque lo disfruta ella. Uno de esos autoservicios enormes que te permiten repetir las veces que quieras la comida mantenida caliente por el equivalente culinario a los rayos UVA. A la niña le encanta ir y volver de la barra, probarlo todo, llenar su plato de cosas que luego no se va a acabar, de postres, sobre todo de postres, hay un buen surtido de tartas de dos y tres pisos para elegir, mezclar y guarrear. Cuando Olga ya está llena, no tiene que aburrirse sentada a la mesa esperando que los mayores terminen de hablar, los niños no entienden cómo nos puede parecer divertido estar sentados a la mesa platicando, sin jugar a nada, sin movernos, nada más contándonos cosas. A la entrada hay una sala llena de juegos en donde los chamacos queman las calorías de más adquiridas minutos antes subiéndose y bajándose de absurdas estructuras de colores que ellos convierten en dragones y naves espaciales.

Así, mientras Olga salva el mundo encima de un columpio, Pedro e Itzel hablan y toman caballitos de tequila y algún que otro mezcal.

—¿Qué hay dentro de las maletas? ¿Dinero? —pregunta la mujer.

—Supongo que sí. La recaudación de esa noche o de la anterior. La neta, me vale madres.

—Pero es mucha lana. ¿No correrás ningún peligro?

—Espero que no.

—¿Por qué te pagan tanto, entonces?

—Por mi silencio.

—¿Y por qué no lo llevan ellos?

—No querrán que la Policía relacione el contenido de la maleta con su negocio.

—¿Lo vas a hacer más veces?

—Si me lo piden, sí. No voy a decirles que no. Son 4.000 pesos.

Pedro dice esta cantidad sin bajar el volumen de voz, lo que instantáneamente alarma a Itzel, que le conmina con un gesto a que hable más bajo. O mejor, a que se calle. Como ocurre durante los conflictos bélicos o en las dictaduras, hay que ser precavido con lo que se dice en público, cualquiera puede estar escuchando e idear, en el tiempo que tarden en pagar, un plan para robarles. Antes de que la guerra contra el narco convirtiera al siempre peligroso Distrito Federal en una ciudad tranquila sin que nada mejorara realmente en esta, simplemente por comparación con el norte del país, los chilangos tenían fama de paranoicos en el resto de la República, y ella no es una excepción.

—En cuanto alguien saque una pistola, les digo que lo dejo, de verdad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—No sé. La neta, prefiero que renuncies ya.

Pedro le agarra de la mano.

—Quiero que Olga tenga un hermano. O una hermanita, me es igual. Pero quiero que lo tenga ya. Es eso o renunciamos de nuevo a ser papás por segunda vez y volvemos a vivir de las carreras del taxi y de la gente a la que puedas engañar por teléfono... Tú dime. ¿Qué hacemos?

Incómodo silencio. El día se está torciendo.

—¿Ya viste a alguna de las viejas?

No, por dios.

—No.

—Cuéntame, Pedro... ¿Ya qué? ¿Están buenas y por eso quieres seguir trabajando allí? ¿No serán *strippers* lo que transportas en lugar de maletas?

—Itzel, no me jodas.

—Ya dime. ¿Te cogiste a alguna? ¿Estuvo rico?

Pedro respira hondo. Hizo bien en no contarle nada acerca de la puta asustada que devolvió a sus captores. Pedro apura lo poco de mezcal que quedaba en su vaso. Itzel va a contraatacar pero, una vez más, la niña les salva.

Olga viene corriendo a que sus padres resuelvan uno de esos pleitos ridículos que

tienen los niños cuando juegan y que utilizan para reclamar la atención. Entonces Pedro la mira y propone:

—¿Quieren que vayamos a Six flags?

Su única hija asiente y grita entusiasmada, y al cabo de una hora están todos a 66 metros de altura, viajando a 120 kilómetros por hora cabeza abajo sin preocuparse por lo que cuestan los boletos.

Éder lleva a Pedro ante Correa, que contempla cómo su perro se come un succulento trozo de carne con el que se podrían alimentar los hijos de una familia de Tepito durante un par de días.

—Siéntate, taxista.

Pedro se sienta y escucha. Correa le habla sin mirarle, es más interesante el perro que él.

—El día sábado llegan unos amigos de Europa. Quiero que seas su chofer mientras estén en el DF.

—Por supuesto, señor.

—No hables con ellos a menos que ellos se dirijan antes a ti. No les preguntes nada, llévalos a donde quieran. Eso sí, el martes a la noche tienen que estar aquí a las 20 horas.

—Ningún problema. ¿A qué hora llegan y en qué vuelo?

—Pregúntale a Éder.

—Perfecto.

El perro se relame los trozos de carne que le han quedado pegados al hocico. Correa mira a Pedro por primera vez y este sabe que es el momento de levantarse para irse. Pero su nuevo jefe tiene una última instrucción que dar.

—Ponte el mejor saco que tengas.

Con un traje elegido por Itzel para la ocasión en una boutique de la calle Madero, Pedro está esperando dentro de un 4WD con los cristales tintados. Tiene la puerta abierta y está leyendo *El Gráfico*, cuya portada de hoy muestra a un tipo prácticamente partido en dos a la altura de la cintura tras pasarle un camión por encima. El hombre iba hablando por un celular al ser atropellado y el titular del periódico reza: «Le llamó Dios». Que ningún familiar se querelle contra este tipo de prensa dice mucho del carácter de los mexicanos, piensa Pedro mientras pasa la hoja del periódico.

La visión periférica del papá de Olga le avisa de que alguien viene hacia él, levanta la cabeza y ve a Éder con traje y corbata recién planchados empujando el carrito con las maletas de tres hombres, dos de ellos con sobrepeso y un tercero fuerte, con cuerpo de gimnasio y gafas oscuras. Pedro les hace un gesto con la mano

y se acercan hacia él.

Pedro les lleva al hotel W, uno de los mejores y más modernos de la ciudad, a partir de 5.000 pesos la noche. Alguna vez intentó cargar viajeros aquí pero apenas duró una hora antes de que sus colegas lo echaran con amenazas.

El único que habla es el más corpulento de los tres. Rumano, aunque su español es casi perfecto. Éder le da conversación informal y aprovecha la menor ocasión para darse importancia. Los otros dos tipos duermen y roncan víctimas del *jet lag*. Al llegar al hotel, el rumano les despierta amablemente con unas palabras en holandés y se van todos a hacer el *check-in*.

Éder le ordena a Pedro que en dos horas esté allí para ir a llevarles a comer al Pujol, el restaurante caro de moda.

—Por supuesto.

A las cinco de la tarde, Pedro comenzará un *tour* con sus invitados que durará hasta el martes y que consistirá en conducirlos de restaurante en restaurante, de tienda en tienda y de bar en bar aunque no, sorprendentemente, de burdel en burdel. El rumano es a las claras el anfitrión de los otros dos, que no cesan de mandar mensajes con sus teléfonos probablemente más inteligentes que ellos.

Tal y como se le ha pedido, Pedro permanece callado la mayor parte del tiempo. Se aburre pero ni modo. El rumano se acerca a él mientras los holandeses compran *souvenirs*.

—Mis amigos quieren ver la ciudad desde arriba.

—Puedo llevarlos al mirador de la torre Latinoamericana —propone el taxista.

—No, no. Lo que quieren es sobrevolar la ciudad.

Y tres horas después Pedro está fumando un cigarro con el rumano en un helipuerto de Interlomas mientras los dos turistas mandan mensajes sobrevolando la urbe que no acaba.

—Europa ha muerto —le dice el bucarestino a Pedro, quien, ante tan tajante afirmación, no puede si no asentir. Le pega una calada a su cigarro y sigue hablando—. En unos años, todos los negocios se harán aquí. En el DF, en São Paulo, en Buenos Aires... ¿Y sabe por qué? Porque Europa se ha boicoteado a sí misma con tantas leyes y tanta Policía y tanto preocuparse de los pobres. —Se muestra locuaz, el muchacho—. Eso es lo que más me gusta de Latinoamérica. Que los ricos no disimulan que les estorban los pobres. Ni quieren que dejen de serlo. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque saben perfectamente que parte de su riqueza es lo que les falta a ellos para vivir y no quieren prescindir de ella.

—Buen diagnóstico. Hablas muy bien español.

—Paso mucho tiempo en España. ¿Cómo te llamas?

—Pedro.

—Cristina —le contesta tendiéndole su enorme mano.

Pedro se sorprende y reprime una sonrisa al escuchar el nombre. Obviamente,

piensa que ha escuchado mal.

—¿Perdón?

—Sí, has oído bien. Me llamo Cristina.

—No..., no es un nombre muy común para un hombre.

«Para un matón», iba a decir Pedro, pero se calla. Esa noche Itzel y Olga se mueren de la risa imaginando cómo ha podido llegar un matón de la Europa del Este a llamarse Cristina...

—¿Estás seguro de que no es un travesti? —le pregunta Itzel a Pedro mientras se echa los tres litros de crema corporal de cada noche.

—No voy a comprobarlo, cariño. Pero a no ser que en la cirugía le hayan agrandado las manos...

Siguen visitando las tiendas más caras, donde los holandeses compran joyas y vestidos para las esposas que les esperan en Ámsterdam. Las mujeres siempre atienden la petición de Pedro de ponerse el cinturón de seguridad, pero Cristina no.

—Un accidente de tráfico no conseguirá acabar conmigo.

Aseveración que Pedro, por supuesto, no se atreve a poner en duda. Éder intenta agarrar confianza con Cristina y poco a poco parece que lo consigue. Pedro duda de si el rumano le ha dicho su verdadero nombre o se está riendo de él.

La noche del martes, el papá de Olga acude puntual a las 18:00 al hotel W para recoger a los visitantes y estar como muy tarde a las 20:00 en la calle Nilo. Es hora punta y un trayecto que de noche se hace en cuarenta minutos se puede demorar ciento veinte, si no más. Esta vez, Éder acompaña a Cristina y a los holandeses, que se han puesto sus mejores galas. En la hora cincuenta que dura el trayecto, Éder parece ya ser íntimo del ilustre visitante, incluso dice alguna frase en su idioma y en holandés, lo que es muy celebrado por todos los presentes. Los deja en la puerta del burdel de la calle Nilo y pregunta.

—Los espero aquí.

—No. Tú ya acabaste. Toma.

Éder le da a Pedro 10.000 pesos, que le mostrará a Itzel aquella noche mientras celebran con una sesión intensiva de sexo que el viento por fin parece soplar a su favor.

Será la última vez que vuelva a ver a Éder en México pero no la última vez que vuelva a ver a Éder.

Después todo vuelve a la normalidad. De 2.000 a 4.000 pesos por entrega, según cuántas haga a la semana. La mecánica siempre es la misma. Meten de dos a cinco maletas en la cajuela de su taxi, él no tiene ni siquiera que tocarlas. Le indican un rumbo y cuando llega a cierto punto del trayecto, tiene que esperar una llamada que

le indica el destino donde lo están esperando. Suelen ser zonas del estado de México a las que es complicado llegar, por lo que Pedro invierte parte de su segunda paga en un GPS. Los encargados de la mercancía son casi siempre los mismos seis individuos aunque aparecen en diferentes combinaciones de dos en dos. Desde la marcha de Éder, Pedro trata con Correa directamente. Una vez le pregunta por Éder, el Comadreja, y Correa le dice que le ha mandado a Europa. «Con Cristina», piensa el taxista reprimiendo una sonrisa.

De momento nadie ha sacado una pistola.

Itzel ya no está agobiada por encontrar trabajo y se puede dedicar en cuerpo y alma a su hija, su casa y a su tesis doctoral eternamente postergada. Itzel compartiendo cama y tiempo con su marido, un lujo que llevaba sin poder practicar más que un día a la semana desde hace demasiados años. El celular, eso sí, siempre prendido y cargándose en la mesilla de noche. Pedro sabe que la palabra «Vocho» puede aparecer en cualquier momento hasta que amanezca.

Los primeros rayos de sol hacen que la ciudad tóxica parezca no serlo y es entonces cuando Pedro sueña que todo está, por fin, en orden.

—¿Qué crees? —le dice Itzel a su marido mientras mete ropa sucia negra en la lavadora—. Ayer acabé en la UNAM antes de lo que pensaba y me fui a tomar un café a Coyoacán con Karina.

—¿Y? ¿Qué tal está?

—Bien, anda con el wey ese de las luchas. El chiste es que pasamos junto a una casa de esas tan bonitas que hay allá... Había un cartel muy grande que decía «Se renta». Y que llamo y que pregunto cuánto cuesta...

—¿Y cuánto cuesta?

—95 metros, tres recámaras, al lado del metro Viveros...

—Itzel..., ¿cuánto cuesta?

—15.000 pesos. Quedé para verla mañana en la tarde. ¿Te late?

Le late. Las comerciales de inmobiliaria son como las artesanías: parece que todas las fabrican en el mismo sitio. Itzel mira la luz que entra por los grandes ventanales y los árboles que hay en el jardín comunitario. Pedro hace cuentas de lo que puede costarle dejar para siempre atrás el remoto departamento de Naucalpan. Está haciendo una media de cinco entregas al mes, que le reportan un máximo de 20.000 pesos, algo más en un mes bueno. Si se gasta 15.000 en la casa tendrían que vivir con 5.000. Inviabile por mucho que regateen. Sabe que Itzel llegará a la misma conclusión apenas empiece a hacer cuentas. Pero deduce también que esa visita no es tanto para ver un departamento con posibilidades reales de ser rentado como para acariciar la posibilidad de hacerlo. Itzel funciona así y está bien. Necesita fugarse de vez en cuando con su cabeza a otro mundo, a otra realidad, aunque su consciencia sepa que no los puede disfrutar. Pedro sabe que cuando lleguen a la casa va a tener que ejercer

de aguafiestas, va a tener que decirle en voz alta lo que ya ella sabe en voz baja, que aunque estén ganando mucho más dinero del que ganaban antes no es suficiente, que no podrían pagar ese departamento ni otro parecido más barato en una colonia menos fresca. Y ella lo entenderá y se pondrá triste pero poco y esa noche le susurrará al oído que no pasa nada, que lo más importante es estar juntos.

Y le pedirá perdón aunque no tenga por qué y esa es una de las cosas que a él más le gustan de ella.

Pedro no ve la casa que les enseña la agente inmobiliaria porque no puede dejar de mirar a Itzel. Sabe que anda imaginándose a Olga correteando por el pasillo, a ella misma abriendo una de las ventanas que dan a la calle para que entre aire y luz, y a su hija durmiéndose en su camita rosa en el dormitorio de arriba, en el que no se escuchan los frenos de los peseros, y a él y a Itzel haciendo el amor con la ventana abierta, como les gusta a ellos, para que todo el vecindario se entere de lo que disfrutan encargando un nuevo bebé.

—No podemos pagarlo..., ¿verdad?

No ha hecho falta que Pedro se ponga la máscara de pinchaglobos. Itzel se ha dado cuenta de lo que ocurre apenas se han subido en el taxi de Pedro, que ahora durante el día funciona principalmente como transporte familiar.

—Pues no, cariño.

—Está bien. Si no se puede, no se puede y ya. Voy a mirar en la del Valle o en la Narvarte a ver qué hay... La Narvarte es tranquila y hay muchos jardines...

Sí, claro. La Narvarte es tranquila pero no es lo que les hace ilusión. Y la ilusión es algo que a esta pareja siempre le ha costado administrar.

—O si no, lo dejamos para el año que entra. No pasa nada, mi amor.

Lo importante es que están los tres juntos en un barrio de mierda alejado de todo, en el que no conviene salir a la calle pasadas las nueve de la noche aunque a él eso le valga madres.

—¿Más lana? ¿A poco no te alcanza lo que te pago?

—No te estoy pidiendo más lana, sino más chamba.

—El número de entregas no depende de nosotros. ¿Para qué quieres ganar más dinero, taxista?

Pedro duda en mentir o decir que eso no es asunto suyo, pero comete el error de responder la verdad. Es lo que tiene ser honrado.

—Mi esposa quiere que nos mudemos de departamento... Y ya sabes cómo son las viejas, se le antojó uno bien caro y...

—Las viejas... Son como chavitas de prepa..., ¿eh?

—No, el depa está bien chido, en Coyoacán, tiene un jardín para la niña y...

—¿En dónde de Coyoacán?

—En los Viveros.

—Tú sigue trabajando tanto como hasta ahora y en un tiempcito platicamos..., ¿sí?

Sí, claro que sí.

Itzel cruza la enorme explanada con pasto que la lleva hasta la entrada de la facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en la que está haciendo su tesis. Tiene cita con el maestro que se la está dirigiendo, entregó hace un mes un buen número de capítulos y ya se los corrigieron. Hace casi una década que Itzel hizo su examen profesional y ahora siente que su cerebro vuelve a funcionar como antes. Los años pasados ejerciendo de mamá y teleoperadora le habían hecho perder la capacidad de sacar conclusiones, relacionar conceptos, leer en diagonal, encontrar libros en la biblioteca, hacer esquemas, ir a conferencias, encontrar un marco teórico, tomar apuntes. Ahora se siente como un deportista que, tras una larga convalecencia, vuelve a hacer ejercicio. Sus neuronas se estiran, se musculan, se lanzan a dos mil por hora sobre el edificio en el que ahora entra dándose cuenta de lo relacionados que están felicidad y dinero. O al menos, de una cantidad suficiente de dinero.

Pedro conduce a las cuatro y media de la madrugada por la calzada Ignacio Zaragoza, como siempre en dirección a una colonia apartada de la que no conocía ni siquiera su existencia. En esta ocasión lleva tres maletas en la cajuela y tiene sueño. Lo han sacado de la cama apenas dos horas antes y ha tenido que detenerse en un Oxxo a comprarse un Red Bull para no quedarse dormido al volante.

—Oríllese a la orilla.

Pedro ve por el espejo retrovisor un coche de Policía con las luces encendidas que se le acerca. Mira el velocímetro. No ha rebasado el límite de velocidad y además es raro que en el DF te detengan por eso. Por suerte, no ha probado ni una gota de alcohol y tiene todos los papeles en regla. En condiciones normales no se alarmaría en absoluto; en el peor de los casos, una mordida lo arreglaría todo.

Pero ahora lleva unas maletas detrás que no sabe lo que contienen.

Un policía de unos cincuenta años le hace bajar del coche al tiempo que examina su documentación. Pedro sabe que es mejor callar hasta que el funcionario público muestre sus cartas. Le devuelve los papeles.

—¿Todo bien, agente?

—Abra la cajuela.

La linterna del representante de la ley ilumina el maletero. Tres maletas son solo tres maletas. No hay nada raro en ello. Pedro mantiene la sangre fría, hace un gesto de hartazgo, a veces los policías mexicanos se intimidan un poco si ven que mosquean a un extranjero.

—Tengo un poco de prisa, agente..., si pudiéramos acabar el trámite cuanto

antes...

—¿Qué hay dentro de esas maletas?

No lo sabe, no lo quiere saber, no lo debe saber.

—Ropa, zapatos, libros... Me estoy divorciando y...

—Ábralas por favor.

Pero para abrirlas necesita una combinación numérica que, por supuesto, ignora.

—Son de mi mujer..., mi exmujer... Es ella la que sabe la clave. Le insisto, agente, es muy tarde, si pudiéramos arreglar esto ya...

El policía comprueba que las otras dos maletas también están cerradas con candado y, por unos momentos, Pedro piensa que se va a dar por vencido.

—Sáquelas y póngalas sobre la banqueta, por favor.

Pedro las deposita en la acera. Es la primera vez que las carga y pesan bastante. Se va a retrasar en la entrega y no tiene forma de avisar ni poner una excusa creíble, por ejemplo, que se ha perdido. El policía saca un arma y dispara sobre el cierre de la más grande y pesada de las maletas, que vuela por los aires. En alguna casa de las inmediaciones alguien, al escuchar el disparo, habrá escondido la cabeza debajo de la almohada como si esta estuviera fabricada de material antibalas. Pedro anticipa lo que va a suceder. El policía verá los miles de pesos en billetes de todo tamaño y valor que hay dentro de cada maleta, se los quedará y él tendrá un serio problema con Correa.

Pero dentro de ninguna de las tres maletas hay dinero.

La primera contiene dos brazos amputados y varias vísceras inidentificables a simple vista; la segunda, dos piernas y un tronco; la tercera, la cabeza de la prostituta de ojos verdes, muy verdes, a la que Pedro no quiso ayudar a escapar del burdel en el que nunca ha visto a una puta.

Todo el conjunto primorosamente sellado dentro de unas bolsas de plástico impermeables que no dejan pasar ni la sangre ni el olor.

Y así Pedro pasa de ser un aspirante a miembro de la clase media mexicana a un reo que viaja esposado en la parte de atrás de un coche de Policía, escoltado por otros dos, mientras se cruzan con los primeros autobuses que transportan a sufridos chilangos del estado de México al Distrito Federal y viceversa.

—¿Quién es esa mujer? —pregunta el que lo ha detenido apenas se han sentado ambos en este oscuro sótano de la estación de Policía en el que una luz dirigida directamente a su cara le impide ver las manchas de sangre, mierda y orín que hay en el suelo y las paredes de cemento.

—No lo sé —contesta Pedro intentando disimular su miedo.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No la había visto en mi vida.

—¿Y qué hacían esas maletas en la cajuela de tu taxi?

—Se las debió dejar algún pasajero.

—¿No era que te estabas divorciando y contenían cosas de tu vieja?

—Eso era mentira. Lo que les estoy diciendo ahora, no.

Una buena historia, quizás siguiendo esa línea dramática consiga convencerles.

—No siempre me bajo a ayudar a los clientes a sacar sus maletas. Seguro que el que se las dejó ahí pensó que era la mejor forma de deshacerse del cadáver de la chica.

La chica. Pedro no puede dejar de pensar que si él hubiera actuado de otra forma muchas noches atrás, ahora la prostituta asustada a la que abortó la fuga seguiría viva, o al menos habría otra más desconocida ocupando su lugar. Entra en el sótano un agente más joven, grande y gordo que se acerca hasta Pedro y lo arroja de un puñetazo al suelo sin que él pueda hacer nada para amortiguar el golpe porque tiene las manos atadas al respaldo de la silla.

—Dale una buena golpiza pero no le rompas nada todavía —ordena el policía que rechazó el soborno.

Si hay algo peor que el dolor es su anuncio. El policía gordo le da tres patadas en las costillas y Pedro duda de que su agresor sea capaz de obedecer al pie de la letra la segunda parte de la orden. El taxista español se retuerce en el suelo de dolor cuando el encargado de las palabras le agarra de los pelos.

—¿La mataste tú?

—No... ¡No!

—Entonces sabes quién lo hizo.

—No... No lo sé..., esas maletas las dejó alguien ahí para cargarme a mí las culpas.

La chica. Sus ojos verdes. Su minivestido roto. Los billetes de doscientos pesos cayendo en su regazo dentro de su coche, que nunca debería haber dejado de ser un modesto taxi.

—Dale más duro.

Pedro se plantea decir todo lo que sabe. Que cobra por llevar las maletas adonde le dicen, que ignora su contenido y que las entrega antes de llegar a su destino final. Probablemente por esto que está pasando. Porque si la Policía lo detiene, él no sabe adónde van ni quiénes son los que las reciben. Podría, eso sí, decir de dónde provienen, darles la dirección en la que ocurre lo que sea que ocurra.

Calle Nilo 99, calle Nilo 99, calle Nilo 99.

—¿De dónde sacaste esas maletas?

—No lo sé.

Otra patada y otro dolor más fuerte. ¿Y si en todas las maletas que ha entregado en el último año y pico había también prostitutas muertas, descuartizadas?

—Habla. Si no quieres acabar como ella, dinos todo lo que sabes.

—No... sé... nad...

La patada definitiva. Pedro intenta enfocar su mirada entre los hilos de sangre que le nublan la vista. Cree entrever la silueta de un tercer hombre que entra al sótano.

Teme que sea el ejecutor, el verdugo, el que convierta en huérfana a Olga y en viuda a Itzel. Se prepara para el golpe de gracia pero en su lugar escucha unos aplausos.

—Muy bien, taxista, muy bien.

Correa les hace un gesto a los policías para que lo dejen a solas con Pedro. Los dos agentes de la ley obedecen sin rechistar.

Cuando Pedro abre de nuevo los ojos, está en una blanca y aséptica habitación de un hospital privado. Tiene todo el cuerpo lleno de vendas y un corsé que le sujeta sus maltratadas costillas. Las heridas le escuecen, el cuerpo le duele, le cuesta respirar pero está vivo. Junto a la ventana, sentado en una silla, ve a Correa manipulando su *smartphone*. Tarda un poco en darse cuenta de que Pedro ha abierto los ojos. Acaba la partida, deja el celular sobre la mesilla.

—Te portaste muy bien, taxista.

Pedro no sabe si puede hablar y no tiene intención alguna de comprobarlo.

—Disculpa la golpiza. Pero tenía que comprobar hasta dónde podíamos confiar en ti.

Itzel y Olga. Deben estar pensando lo peor. Pedro intenta combinar fonemas con lengua y labios.

—Tengo que hablar a mi casa.

Silencio. Mira fijamente a Correa que le extiende su *smartphone*. Sabe que no se puede incorporar y lo mantiene unos centímetros fuera de su alcance.

—Di que tuviste un accidente de coche y que tienes el cuerpo todo madreado. Pero que estás bien.

Eso significa que Correa se ha encargado o se va a encargarse de destrozarle el taxi. Pedro se lo piensa, lo que obliga al malo a tener más tiempo su brazo estirado en el aire con el aparato en la mano. ¿Será ese el teléfono desde donde le mandaban el temido mensaje «Vocho»?

Itzel está histérica marcando a todos los hospitales, por si ha ingresado en urgencias alguien con las características de su marido. Ha hablado también con sus amistades, conocidos e incluso con los excompañeros del Sheraton. Ninguno sabe nada, hace tiempo que no lo ven, que no le hablan. Se ha comunicado con la centralita del hospital Los Ángeles, en cuya planta décima, habitación 1001, se encuentra Pedro, pero Correa ya se ha encargado de no dejar rastro del ingreso. Itzel piensa a la vez en todas las catástrofes que pueden haberle ocurrido, la peor de las cuales no es haberse enamorado de alguna de las gatas que trabajan en el famoso burdel y haberse fugado con ella a Belice o a Guatemala o al gabacho. Itzel piensa en ir a la calle Nilo a ver qué diablos pasa allí dentro, cuál es la verdad de ese sitio. Olga está en el colegio, no tiene que mentirle ahora y decirle que no está nerviosa, solo que

ha dormido mal, a mamá le duele la cabeza y se enoja mucho cuando le duele la cabeza.

Suena el teléfono e Itzel lo oye a pesar de lo fuerte que le late el corazón.

—Bueno.

—Cariño...

—¿Dónde estás? ¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

—Sí... He tenido un accidente de tráfico y tengo todo el cuerpo magullado.

Muy bien, taxista. Muy bien.

Itzel le ha encargado a su madre el cuidado de la niña y cuando llega al hospital, no hay ni rastro del paso de Correa por la habitación. Al ver a su marido entero pero jodido, siente unas ganas enormes de curarle, de besarle, de meterse en la cama con él y no salir hasta que le den el alta.

—¿Neta que fue un accidente? ¿No te metiste en ningún problema? —le pregunta Itzel, las palabras comidas por los nervios.

—No, de verdad que no... Llevaba sus maletas cuando adelanté a un camión y un coche que venía de frente se me echó encima...

—¿Hablaste con los tipos esos para los que trabajas? ¿Sabes que estás aquí?

—Sí, tranquila. No pusieron ningún problema... Esto lo pagan ellos.

Pausa.

—Eso no me gusta.

—Ni a mí..., pero créeme que de momento no me puedo mover. El taxi está destrozado.

—Me vale madres el taxi... Lo importante es que tú estés bien. ¿Qué te dijo el doctor?

—Tengo para un mes.

—Ay, mi amor, mi amor...

Itzel se queda esa noche en el hospital y parte de la mañana siguiente, hasta que su madre le habla porque la niña pregunta mucho qué pasa y no sabe ya qué decirle.

—Ve, ve con Olga. Yo estoy bien.

—Mañana vengo con ella, está deseando verte.

—Y yo también.

Itzel en un embotellamiento dentro de un taxi. Le sudan las manos. Sabe que Pedro no le está diciendo toda la verdad. Su marido conduce muy bien y es muy cauteloso, mucho más que ella, le extraña que haya tenido un accidente tan grave. ¿Adelantó a un camión sin ver que otro coche venía de frente? ¿Eso fue lo que realmente pasó? ¿O Pedro conducía más rápido porque los padrotes del burdel le pedían que se apresurara? ¿O andaba con una gata cualquiera camino de un hotel de

paso? ¿Y si le estaban practicando sexo oral mientras manejaba?

No, no, Pedro no es de esos y, por mucho que le tiene sospechar de su fidelidad, no cree que a estas alturas ande poniéndole el cuerno con una prostituta. Además, no ha dejado de llegar dinero a casa y echarse una novia puta cuesta mucha lana.

Quizás Pedro les dijo a sus jefes que podía hacer más entregas de un lado a otro de la ciudad para así ganar más dinero y se retrasó y aceleró y fue entonces que se dio el golpe. Si realmente fue así, ella tiene parte de culpa. ¿No sería cómplice del accidente por echar sobre los hombros de su marido toda la carga económica, al hacerle sentir mal por querer irse de Naucalpan y no poder?

¿No es ella la inductora de que su marido trabaje con delincuentes?

No hay nada más lento que el tiempo de los hospitales, la espera eterna a que aparezca el médico haciendo la ronda y luego la enfermera encargada de la comida y luego el médico otra vez y la enfermera que lo limpia, y la espera otra vez y luego la cena y las noches largas y llenas de alarmas. Pedro no puede dejar de hacerse preguntas. ¿Y si ha estado durante los últimos nueve meses llevando de un lado a otro cadáveres descuartizados de prostitutas? ¿Y si se ha convertido, sin que nadie le obligara, por propia iniciativa, en el vehículo perfecto para deshacerse de las muertas? Pedro no sabe nada de quiénes son sus jefes, el apellido «Correa» puede ser falso, desconoce cómo localizarles más allá de la casa de la calle Nilo en el supuesto de que la hayan abandonado durante su estancia en el hospital.

Correa visita a Pedro para asegurarse de que se está recuperando y pagar en efectivo los costes hospitalarios, estar ingresado en un centro así cuesta más dinero que el que Pedro tiene disponible en estos momentos. Es una de las cosas que más le chocaron al marido de Itzel cuando llegó a México. Que la sanidad no disimula lo más mínimo de cara al enfermo su condición de negocio. En las clínicas se hacen ofertas «Superquímica sanguínea 35 elementos por solo 649 pesos», «Cultivos de exudado cérvico-vaginal y Mycoplasma con antígeno de Chlamydia trachomatis de regalo por 1099 pesos». Contratar un seguro privado exige distinguir entre gastos médicos mayores y menores, y en la factura de los hospitales privados se detalla hasta el coste de las vendas.

Correa saca una carpeta de su maletín y la arroja sobre las piernas de Pedro que la abre. Dentro hay unas llaves y unos papeles.

—Tu departamento en Coyoacán. Es lo que querías..., ¿no es cierto? No es el que viste con tu vieja, pero neta que este está muy bien.

—No podemos pagarlo.

—Tampoco la cuenta de este hospital. Pero no te preocupes. Es un adelanto por tus servicios. La renta está cubierta hasta dentro de un año. Si vas a preguntarme qué va a pasar entonces, relájate y disfruta..., ¿ok?

Itzel va hasta el mercado sobre ruedas que se instala a unas cuadas de su casa. El médico les ha dicho que el alta de Pedro es cuestión de días e Itzel no quiere que falte nada de lo que le gusta para cuando regrese. Mango Ataulfo, Yakult, nata líquida que derramar sobre las tostadas, piña cortada y pelada y queso Oaxaca. El mercado está solo los lunes hasta las dos de la tarde. Itzel suele acudir sobre las doce, hace el mandado y luego se come un tlacoyo con carne de res, nopales, queso y cebolla. Es su pequeño secreto desde que se instalaron en Naucalpan, algo que solo ella y el que prepara los tlacoyos saben. A veces piensa que su lugar en el mundo es el banco de madera en el que se sienta a degustar el antojito, intentando que ni una gota de la grasa delatora caiga sobre su ropa siempre limpia y planchada.

Mientras lo degusta sin prisa, Itzel escucha la grabación que reproducen sin cesar las bocinas de los vendedores callejeros de tamales, las sirenas de Policía, los helicópteros abriéndose paso entre el *smog*, las estaciones de radio salvajemente gruperas, los perros que ladran encerrados y solos en las casas, la campanilla que anuncia la llegada del camión de la basura, los cobradores de combis que cantan sus destinos. Todo más o menos a la vez, sabiamente mezclado por un DJ que se sabe dios. Itzel no cree que pudiera vivir sin todo eso. Siempre le sorprendió el poco apego que tiene Pedro a las cosas españolas. Por supuesto que de repente extraña la tortilla de patata o que si hay jamón serrano en el Soriana, lo compra y degusta con placer, pero no se muere por ellos, no siente el impulso irrefrenable de cenarlos, como le pasaría a ella si viviera en España, país que le encanta visitar pero en el que todo el mundo se queja siempre de todo y los meseros con frecuencia son terriblemente groseros. Una vez Pedro le dijo que México solo lo soportan los mexicanos, y a los mexicanos solo los soportan en México.

—¿Y qué haces aquí, entonces?

—Quererte.

Ese es el tipo de respuestas que la desarman.

Itzel y Olga van a buscarle al sanatorio el día en que por fin le dan el alta. Pedro está aún algo débil y no puede cargar con la mochila en la que han recogido todas las cosas que durante este tiempo su familia ha estado llevándole. Los tres están muy contentos, Pedro no ve el momento de volver a dormir en su colchón, a bañarse en su regadera, a comer en su cocina.

Al abrir la puerta de su casa, Pedro ve que sus dos chicas lo han llenado todo de globos y han hecho una pancarta enorme que reza: «Bienvenido a casa». Encima de la mesa, cuidadosa y exquisitamente dispuestos, todos los manjares que le encantan.

Pedro no les ha dicho nada aún acerca del nuevo departamento. No sabe si debe aceptarlo o, más bien, no sabe si puede rechazarlo.

En todo este tiempo, Correa no da ninguna señal de vida.

Las semanas que siguen son un paréntesis en las preocupaciones de la familia.

Pedro no quiere decirle nada a Itzel acerca del departamento en el que Correa les quiere meter a empujones hasta que tenga clara su postura al respecto. No es que no valore la opinión de su esposa, sino que no quiere alimentar la frustración que a ella le produciría tener la posibilidad de dejar atrás la colonia en la que viven y no poder hacerlo.

Si acepta el departamento, le vende su alma a Correa. Si no lo hace, puede enojarle y entonces quizás resuelva matarlo porque ha perdido la confianza en alguien que ya sabe demasiado. Tampoco adivina lo que el dueño del burdel de la calle Nilo le va a pedir a cambio de tan suntuoso alojamiento.

Porque Pedro fue a ver el inmueble apenas pudo manejarse por sí mismo. Solo y a escondidas, se ha paseado por el pequeño jardín trasero en el que Olga podría jugar con el perro que siempre quiso tener; en el que podría dar sus primeros pasos el nuevo hijo eternamente postergado. Ha entrado a la recámara que será dormitorio y donde tantas noches podría hacerle el amor a su esposa, ha probado el *jacuzzi* donde podría relajarse tras una jornada de trabajo, se ha sentado en la cocina donde Itzel y él podrían contarse mutuamente sus días, ha subido a la terraza de la azotea desde donde se puede comprobar que en la Ciudad de México hay muchos más árboles de lo que los extranjeros piensan que hay en una ciudad tan contaminada.

Pedro no sabe quiénes son ni dónde radican las personas a las que entrega las maletas ni lo que hacen con estas una vez que él ha desaparecido. Los cómplices aparecen en mitad de la noche en diferentes puntos de la ciudad y se van con la mercancía. Quizás su única misión sea hacer desaparecer su contenido, esparcirlo en algún basurero, en algún terreno baldío en la periferia de una colonia que solo conocen los que viven en ella. Lo que sí ha comprobado en carne propia (y no resulta tranquilizador) es que la banda tiene contactos en la Policía y así pudieron comprobar lo discreto que puede llegar a ser cuando lo golpean.

Pero cuatro o cinco muertas por semana es demasiado. Quizás la chica a la que él negó su ayuda fuera la única víctima y en las demás ocasiones dentro de las maletas hubiera solo dinero. Aunque también cabe una sospecha peor, con mayor remordimiento. ¿Y si mataron a la que se escapó de la casa y la descuartizaron para ponerle a prueba a él? ¿Y si él firmó dos veces la sentencia de muerte de la chava de ojos verdes, la primera cuando no la ayudó a escapar y la segunda cuando le pidió más dinero a Correa y este decidió que tenía que comprobar si se lo merecía?

Además..., ¿dónde coño tienen escondidas a las prostitutas dentro de la casa? ¿Y por qué?

Itzel y Pedro han llevado a Olga al zoológico de Chapultepec y en un momento en que la niña está entretenida viendo cómo el gorila se come sus propios excrementos, ella le suelta a él a bocajarro:

—Voy a ponerme a buscar trabajo. No quiero que vuelvas a trabajar con esa

gente.

—¿Y tu doctorado? —Es lo primero que a Pedro le viene a la cabeza.

—Ya me las arreglaré. A estas alturas no me importa tardarme dos años o cuatro.

—¿Y si llega el niño?

—Pregúntamelo cuando me quede embarazada. Mi mamá habló a un tipo que tiene un hotel cerca de su colonia que necesita una persona en el *front desk*. Cree que puede darme chamba.

—No vas a trabajar en un hotel de paso de Tlanepantla...

—Pero...

—Itzel, vamos a mudarnos a vivir a un departamento en Coyoacán, como tú querías.

Así se toman las grandes decisiones de la vida. De repente.

—¿Perdón? ¿Y cómo vamos a hacerle?

—Sencillo. Lo empacamos todo, agarramos a la niña, cerramos la puerta de golpe y solo volvemos a Naucalpan cuando luce Mil máscaras en la Arena.

Pausa, mirada en la mirada.

—Te volvieron a hablar..., ¿verdad? Esos tipos volvieron a ponerse en contacto contigo.

—Aún no, pero...

—No quiero que sigas trabajando ahí, ¿es que no entiendes?

—Le pedí más trabajo a Correa y me lo van a dar. Una chamba de más responsabilidad. Les pareció bien. Confían en mí. En realidad, ya me empezaron a pagar...

—Pedro, me estás poniendo nerviosa.

Pedro sonrío. Siempre le gustó ser él quien pone nervioso a su amor.

Tardan tres semanas en mudarse. La primera la ocupan en negociar con la casera de Naucalpan la devolución de la fianza y dar de baja todos los servicios. La segunda, en tirar a la basura toda la ropa con agujeros o descolorida por tantos lavados, así como en desprenderse de los muebles que compraron pensando más en su precio que en su diseño y que ya se han hartado de ver. Aprovechan también para tirar los juguetes que la niña no usa. La tercera, van a mueblerías fuera de Tepito y encargan lo que les falta. Finalmente contratan un camión que traslade lo indultado a su nuevo paraíso.

Y entonces, sentados en la azotea de su nueva casa, tomando sendas cervezas Indio, Pedro e Itzel se ríen de todos sus ex mientras escuchan el ruido de la misma fuente en la que se besaron por primera vez.

Pedro se pasa una noche por la calle Nilo, lleva tres meses sin saber nada de

Correa y le parece muy raro. Deja aparcado el taxi donde siempre y se acerca caminando hasta la puerta. No está ni Éder ni ninguno de los guaruras que conoce. Hay dos tipos nuevos que se sorprenden al escucharle preguntar por Correa.

—Nada más díganle que soy Pedro, el taxista.

—Correa está de viaje en Europa.

—¿Y cuándo regresa?

—¿Quién sabe?

—¿Y Éder?

—Está con él.

—Gracias.

Olga va un par de veces por semana a comer con su madre a la remota Tlanepantla, a treinta kilómetros de Coyoacán que se pueden convertir en dos horas de coche si a uno lo agarra la maldita hora pico. No le gusta agarrar el taxi de Pedro y quiere que Olga aprenda a manejarse con el transporte público, así que van a ver a la abuela agarrando una amplia colección de metros, peseros y trolebuses. Itzel no quiere que su hija crezca pensando que todo el mundo se mueve en coche. A la niña al principio la fastidia, la nueva casa de Coyoacán queda mucho más lejos de Tlanepantla que la de Naucalpan, pero Itzel se las ingenia para que se lo pase bien con los músicos que entran a los vagones, una vez escucharon a una banda completa con todo y batería. No hay manera de leer ni aburrirse en el metro del Distrito Federal. Constantemente entran y salen vendedores que ofrecen crema para esguinces, un detallado plano de la ciudad, un dispensador de pompas de jabón más resistentes de lo habitual al contacto con superficies sólidas, manuales para aprender a conducir, la Biblia explicada a los niños, cuadernos para colorear, cuadernos para escribir, lápices de colores, plumas, «películas de estreno, películas de cartelera», encendedores, cajas de herramientas en formato mini, tijeras, cortaúñas, *cutters*, juegos de agujas, helicópteros armables, calcomanías (sobre todo si es inicio de curso), sopas de letras y crucigramas, salvavidas, malvaviscos, paletas payaso y todo lo que un mexicano necesita para sobrevivir a una hecatombe nuclear. Itzel siempre le compra a Olga algo que la hace feliz y la entretiene hasta que llegan a la casa de la abuela donde comen rico, ven un rato la televisión y se regresan ese mismo día, o al siguiente si se les hace demasiado tarde.

Una de esas mañanas, alrededor de las doce del mediodía, Itzel comenta con su mamá la posibilidad de agarrar un taxi hasta Coyoacán. No es hora pico aunque la broma les puede costar 300 pesos, mínimo.

—Haz lo que se te antoje, hija... Si quieres le hablo al sitio de taxis para que venga por ustedes —ofrece cariñosa la mamá de Itzel mientras recoge las sobras del desayuno.

—¡No! —grita Olga—. Vamos en metro y camión. Y yo voy a decir lo que

tenemos que tomar y lo que no.

A Itzel y su mamá les da mucho gusto tener una hija y nieta tan valientes.

Y Olga acierta casi todo el viaje. Primero en el suburbano hasta Buena Vista, luego la línea B de metro hasta Guerrero y transbordo en línea 3 a Coyoacán. Solo se equivoca una vez en el tercer transbordo y están a punto de acabar en Indios Verdes. Pero lo hace tan bien que cuando llegan a Coyoacán se pasan por el mercado a comprar un esquimo para cada una.

—Nos lo ganamos.

—¡Nos lo ganamos!

Madre e hija chocan las manos como los jugadores de *basket* que ven en televisión y esa noche, Olga se acuesta pensando que ya es mayor mientras la madre lo hace rezando porque su niña sea pequeña siempre.

—¿Cómo estás? —pregunta, atento e hipócrita, Correa.

Pedro y Correa están en el despacho de siempre, observados por el dóberman eternamente mosqueado.

—Bien, ya estoy bien. ¿Qué tal por Europa?

Correa se sorprende y molesta por la pregunta. Pedro tenía que haberse callado.

—¿Cómo supiste?

—Me lo dijeron los guaruras. Como no sabía nada de usted, un día me pasé con el taxi y...

—Bien, bien —corta drásticamente la explicación Correa—. Mira, necesitamos que vayas a recoger una mercancía fuera del DF y la traigas de vuelta.

—¿Dónde?

—Lo sabrás cuando ya estés en la carretera.

—¿Cuándo?

—Tres, cuatro días. Ten siempre prendido el celular.

Pedro asiente, se levanta, va hacia la puerta y antes de abrir, voltea y mira a Correa.

—Hay otra cosa que... Bueno, si considera que esto no es asunto mío, me lo dice y sin problema, pero... ¿dónde tienen a las chicas? ¿Por qué no andan medio encueradas por la sala como en todos los sitios iguales a este?

Correa lo mira fijamente.

—Porque este no es un lugar como los demás. ¿Que no te diste cuenta?

—Claro, claro, pero...

—Te mueres de la curiosidad, ¿no?

—La neta, sí.

Silencio. Correa se levanta lentamente con una mirada socarrona, le pasa la mano por los hombros, como Pedro odia que le hagan, y salen juntos al pasillo.

—¿Qué tal el departamento?

—Bien. Estamos muy a gusto.

—Me alegro, taxista. Me alegro.

Pedro cree que le van a conducir a la planta superior de la casa, pero avanzan por un pasillo con varias puertas a los lados. Entran a una habitación amplia, donde hay un sillón frente a una puerta cerrada.

—Estás invitado. Siéntate y espera.

Pedro obedece, Correa se va. El taxista está nervioso. Se sienta y espera.

Pasados unos minutos, la puerta se abre. Pedro entrevé una escalera que baja hacia el sótano por la que sube una mujer con la cabeza rapada. Tiene unos veinte años y va completamente desnuda. Su cuerpo está lleno de golpes y moratones. Se queda de pie delante de él. Pedro la mira, ninguno de los dos dice nada. La puerta sigue abierta y por ella no tarda en aparecer una segunda mujer, un par de años mayor que la primera, también desnuda pero sin rapar. Tiene cicatrices de quemaduras por todo el cuerpo. Se queda junto a la anterior. Pedro las mira a las dos. Silencio. Entra una tercera. No llega a los veinte años. Voltea. Tiene las nalgas y toda la espalda llena de latigazos. Pedro comienza a respirar agitadamente.

La cuarta mujer que entra a exhibirse ante Pedro tiene casi treinta años. Le falta el ojo izquierdo. La puerta se cierra y la primera en aparecer le dice:

—Puedes hacernos lo que se te antoje.

Pedro se levanta y va hacia la salida del cuarto, arrepintiéndose de ser tan curioso. Cuando posa su mano sobre el abridor, siente sobre su nuca la mirada de las chicas y duda durante unas milésimas de segundo si aceptar la propuesta. Y se va. Pero ha dudado. Unas milésimas de segundo nada más.

Correa habla a Pedro una noche a las dos de la madrugada y lo cita en un Vips abierto 24 horas. Cuando llega al oasis para noctámbulos, Correa está en uno de los gabinetes devorando tortitas con sirope de sabores y malteadas. Le hace un gesto para que se siente.

—¿Qué quieres?

—Una chela.

—¿Seguro que no quieres algo de comer?

—Cené en casa.

Correa saca del bolsillo un llavero con un muñeco de Atlantis, el luchador ídolo de los niños que se volvió malo de repente. Lo deja en la mesa y lo empuja hacia Pedro.

—En el estacionamiento hay una combi gris con placa de Veracruz. La primera mitad de tu paga está en un sobre debajo del asiento del conductor. Quiero que a las siete de la mañana estés agarrando la salida a Puebla. Cuando llegues allá, te comes unos chiles en nogada a mi salud y esperas a que te hablemos.

Efectivamente, en el estacionamiento del Vips hay una combi gris con el depósito

lleno y un sobre con 10.000 pesos para él. Aunque cuando llega a su casa aún quedan casi dos horas para que den las siete, Pedro prefiere no dormir y se dedica a meter lo imprescindible dentro de una pequeña maleta y a dejarles preparado el desayuno a sus chicas.

A Itzel no le gusta que se vaya pero sabe que ya es demasiado tarde para poner pegas. Cuando su marido sale a la calle, ella reza, por primera vez en muchos años, para que no le ocurra nada malo.

Desde Naucalpan de Juárez, Pedro tiene que atravesar el DF entrando por Polanco y cruzar la delegación Miguel Hidalgo hasta agarrar Viaducto, río Churubusco e Ignacio Zaragoza hasta tomar la salida de Puebla dejando al poniente los volcanes. Una vez en la capital del mole, da una vuelta por la ciudad hasta que le entra hambre y busca un restaurante en el que sirvan chiles en nogada todo el año. La primera vez que Pedro probó este platillo fue en la hostería Santo Domingo de la calle Belisario Domínguez, uno de esos lugares en los que la modernidad ha sido felizmente expulsada para siempre y se come escuchando a un pianista de doscientos treinta años de edad tocar canciones de Agustín Lara. Pedro engulle los chiles con placer y la mirada puesta en la pantalla de su celular al que, tras dos cafés, llega por fin un mensaje que dice: «Orizaba, Veracruz».

Va derecho hasta Orizaba y ahí recibe instrucciones para dirigirse a Córdoba. Y de ahí, a Acayucán y rumbo sur hasta poco antes de un pueblo llamado La Ventosa, donde hace noche. A la mañana siguiente le ordenan continuar rumbo al sureste: Tapanatepec, Tonalá, Mapastepec, Pueblo Nuevo y, por fin, Tapachula, la capital de Chiapas, final del camino. Se aloja en el motel Tuxtla, llama a Itzel y le dice que ha llegado bien pero no le dice adónde.

Espera instrucciones tumbado en la cama mientras escucha los gemidos clandestinos de una pareja en el cuarto de al lado. La llamada con las nuevas instrucciones puede llegar ahora mismo, mañana o dentro de dos días. Pedro odia que le hagan esperar y sale a la calle a cenar algo cuando ya es de noche y el alumbrado urbano chiapaneco evidencia sus carencias. Se mete en una taquería en la que una vieja y pequeña televisión mal sintonizada deja adivinar entre interferencias uno de esos programas de mesa camilla que abundan en Televisa (y que TV Azteca, como todo, fotocopia), en el que un grupo de machitos juegan a hacerse juegos de palabras unos a otros y al final siempre salen a relucir los deseos ocultos de todos ellos de ser sodomizados. Una de las cosas que más le costaron a Pedro al inicio de vivir con Itzel fue que esta tuviera la televisión encendida desde que se levanta hasta que se acuesta. En casi todos los hogares chilangos pasa lo mismo. Es como si el ruido permanente de la ciudad hubiera proscrito el silencio también en el interior de las viviendas. El sonido de los programas y comerciales de televisión está siempre de fondo tanto en conversaciones triviales como trascendentes. Los anuncios de *ringtones* o de

promociones bancarias y loterías llenan con sus repeticiones cualquier silencio, cualquier reflexión; suenan mientras tienen lugar declaraciones de amor, se dirimen infidelidades, se anuncian embarazos o se lamentan abortos, se abraza por última vez a un padre o se presenta en sociedad a un nuevo miembro de la familia.

Pedro pide una orden de tacos al pastor sin cebolla y con mucha piña, aunque sabe que de esta última le pondrán lo mismo que a todos y se olvidarán de quitarle la cebolla. Una familia de indígenas espera en la puerta a que termine y salga. La madre no pasa de la treintena (hay situaciones sociales que hacen complicado adivinar la edad) y ya tiene dos hijos de tres y cuatro años, un bebé en la espalda y otro en camino. Todos están pendientes de sus movimientos. Cada vez que la mirada de Pedro se cruza con la de algún miembro de la familia, este extiende la mano y se la lleva a la boca haciendo el gesto de «Tengo hambre», tan universal como el utilizado para pedir la cuenta en cualquier establecimiento hostelero del mundo. En México hay demasiadas personas que sobreviven gracias a la venta ambulante, demasiados niños solos pidiendo de bar en bar dinero que luego le darán a sus padres, que esperan tirados en una esquina cercana y que utilizarán con suerte para comprarles un apetoso sándwich y un refresco en el Seven Eleven.

Suena, por fin, el teléfono y un hombre le dice que mañana a las doce de la noche esté en el puente del ferrocarril a la orilla del río Coatán, a treinta kilómetros al oeste de la ciudad.

Pedro no puede dormir y eso es muy malo si resulta que, como sospecha, tampoco va a poder hacerlo la noche siguiente. A las once lo despiertan tocando a la puerta para que pague otro día completo o se largue. Los hoteles de paso son muy baratos porque casi nadie se queda más de lo que dura un polvo más o menos clandestino. Cuando una pareja sale de un cuarto, suena un timbre que despierta a las empleadas de limpieza, que dormitan rodeadas de escobas y líquidos, para que acudan a retirar condones usados y tangas perdidos. Probablemente este sea, junto con el de limpiador de cabina de *peep-show*, uno de los oficios a la vez más sucios y en los que más se puede aprender de la condición humana. En los hoteles de amores pasajeros los empleados no se sorprenden de nada y jamás hacen preguntas. Pedro paga otro día entero y duerme hasta la una, come tacos de suadero, agarra la combi y acaba en el puente del ferrocarril a orillas del río Coatán haciendo una inspección previa del terreno.

Por el puente del ferrocarril pasa «la Bestia», así llaman a los trenes de mercancías que atraviesan México en dirección a la frontera con Estados Unidos y en cuyas entrañas viajan inmigrantes ilegales con destino a alguna ciudad del norte del país, donde un pollero les cruzará al otro lado. En el trayecto, las mujeres suelen ser violadas y por eso se les aconseja que antes de hacer el viaje tomen pastillas anticonceptivas. También son frecuentes las amputaciones al caer de los vagones en marcha. Y los secuestros, el narco controla la parte del negocio de los inmigrantes que considera oportuno. Una vez en territorio estadounidense, los pollos pueden ser

secuestrados y las familias que se han quedado en sus pueblos esperando que les lleguen dólares tienen que entregar lo que no tienen si no quieren que su padre o esposo o primo muera en una «casa de seguridad».

El río Coatán lleva poca agua en esa época del año y en sus orillas hay piedras, arena, basura y algún perro buscando comida. La vegetación es lo suficientemente frondosa como para que desde fuera no se pueda ver lo que ocurre en su cauce. No es mal sitio para hacer cosas ilegales.

A las once y media Pedro ya está dentro de la combi aparcada escuchando la radio cuando alguien golpea su cristal con el cañón de un arma.

—¿Eres Pedro?

—Sí.

El wey de la pistola se sube en el asiento del copiloto.

—Ve en reversa hasta que yo te diga.

Pedro hace todo lo que le dice su nuevo copiloto, que tiene un marcado acento yucateco, hasta que se interna por un camino sin asfaltar.

—Sigue todo derecho.

—Ok. Pero baja el arma.

El yucateco se ríe y obedece.

—Disculpa, es la costumbre.

No se ve un carajo. Pedro no se atreve a encender las luces largas, así que maneja despacio y con las cortas. Diez minutos después, estas iluminan un claro de la vegetación en el que hay una furgoneta aparcada con dos tipos armados fuera.

—Prende y apaga los focos tres veces.

Lo hace y los tipos armados saludan. Pedro se detiene antes de entrar a la explanada. El yucateco abre la puerta de la combi para apearse.

—Ándale, gachupín.

Pedro se baja y camina hacia los hombres armados. Uno tiene el pelo pintado de rubio y el otro debe de haber cumplido este año los dieciocho, siendo generosos. El taxista asiste a la siguiente conversación entre machos:

—¿Ya se cogieron a las viejas?

—Este cabrón se desayunó a la más chiquita.

—¿Y tú no, joto?

—Yo no remuevo atole.

—No mames, estaba bien caliente la chamaca. No tenía fin por mucho que le daba.

—Putá.

—Dile a mi cuate cuál es, por si se aburre de regreso al DF.

Los tres esperan que Pedro se ría como ellos y este obedece aunque maldita la gracia que le hace comprobar que está pasando lo que adivinaba que iba a pasar.

—Tienen que estar en el Defectuoso el jueves en la mañana, ¿sí? —Intenta centrar algo el tema Pedro.

—A huevo que te da tiempo a tirarte a todas. Los gachupines se vienen bien rápido, ¿no?

—Cuando lleguemos al DF..., ¿adónde las llevo? ¿adonde Correa?

—Él te habla y te dice, ¿sí?

Como siempre. El güero le pasa el brazo por los hombros.

—Te la vas a pasar de pelos. Checa.

Pedro intenta sutilmente zafarse del brazo que lo lleva en la oscuridad rota hasta la parte trasera de una *pick-up* a la que han añadido una capota en su parte trasera. El más joven de los malos saca una linterna, retira la lona que preserva el interior de ser visto desde el exterior e ilumina a las diez mujeres que, sucias, amordazadas, con la ropa hecha jirones y las manos atadas a la espalda, se agolpan asustadas al fondo del vehículo.

Nunca se le ha dado bien adivinar las edades pero, a simple vista, Pedro juraría que ninguna ha cumplido los quince años.

—Vamos a meterlas en tu camioneta y te las llevas ahora mismo.

El yucateco hace un gesto a sus compañeros en el delito para que se acerquen, y a punta de pistola van sacando a las hembras del furgón para llevarlas a empujones hasta el vehículo en el que Pedro las habrá de transportar hasta la capital de los Estados Unidos Mexicanos.

—Movimiento, gachupín, movimiento.

Pedro sube cuando ya solo quedan dos muchachas apretadas la una contra la otra, como han hecho tantas veces para darse calor por la noche. Se parecen mucho, quizá sean hermanas. La más joven es como mucho dos años mayor que Olga.

—Bájense —les apremia, tímido, Pedro.

Las niñas le dirigen una mirada perdida que indica que no le entienden. Puede ser que no sepan español, que solo hablen kakchikel, tolteca o cualquier otra lengua indígena centroamericana. O simplemente que tengan demasiado miedo.

—Bájense.

Pedro solo consigue que se aprieten, aún más, la una contra la otra.

—No mames que se lo estás pidiendo por favor...

El yucateco aparta a Pedro de un empujón y saca a las dos niñas como se saca a un perro o a un gato de un transportín del que no quieren salir. Las arroja de un empujón al barro mientras Pedro lo sigue. Es entonces cuando el taxista ve que la más joven de las dos tiene la parte posterior de su faldita llena de sangre que le resbala por las piernas.

La chamaca caliente, sin duda.

El malo la agarra y la lleva hacia la combi.

—Agarra a la otra, pinche joto, y en chinga.

Pedro obedece y agarra del brazo a la hermana mayor. Se quiere morir.

—Vamos.

Observa cómo en el polvo que cubre la cara de la niña van haciendo surcos las

lágrimas que brotan de sus ojos muy oscuros. La chava mueve el brazo porque Pedro le está haciendo daño. Entonces el taxista relaja por instinto la presión, momento que aprovecha la preadolescente para salir corriendo al interior de la vegetación.

Antes de que Pedro pueda reaccionar, el yucateco se da la vuelta, saca la pistola y dispara a la niña que ya no será puta.

—Chale, gachupín. Ya te la chingaste.

Pedro no sabe qué hacer. El yucateco le encarga con un gesto al güero que meta a la penúltima de las mujeres dentro de la combi, y este golpea su rostro para que deje de gritar porque acaba de ver cómo disparaban a su hermana por la espalda. El yucateco se acerca a donde la niña herida repta en busca de la seguridad que cree puede darle la oscuridad y vacía su cargador sobre ella. La primera bala ya la ha matado pero hay una extraña excitación en disparar de más y por eso no para hasta que se le acaba la munición.

Es la mejor forma de demostrarle al español qué es tener pantalones en aquella parte de América.

—Vete ahora mismo y no te detengas hasta que llegues donde Correa, ¿ok?

Pedro asiente sin poder dejar de mirar el cadáver de la niña tirado en el suelo de un claro de la vegetación que cubre las orillas del río Coatán. El güero y el jovencito cierran con un candado la parte de atrás de la combi y, antes de que Pedro pueda articular un solo pensamiento inteligente, ya está en marcha.

Arranca la combi con las nueve niñas asustadas de carga y hace marcha atrás todo el camino de terracería hasta que vuelve a salir a la carretera. Tiene que esperar para cruzar la vía del tren porque está pasando la Bestia, llena de sombras que reptan por ella.

Luego intenta no perderse, concentrarse en el camino, pero los sollozos y lágrimas que escucha a su espalda se parecen demasiado a los que se levanta para calmar las noches en que Olga no puede dormir porque cree que hay un monstruo escondido en el armario.

Solo que ahora el monstruo es él.

Pedro conduce lo más rápido que puede y su cabeza comienza a llenarse de preguntas prácticas. ¿Habrán cenado? ¿Tendrán sed? ¿Quiénes son sus familias? ¿De dónde proceden? ¿Con qué mentiras habrán salido de sus casas? ¿Qué futuro les espera?

En este momento, Pedro solo puede contestar la última de las cuestiones. Para empezar, las niñas que transporta serán despojadas de los nombres elegidos por sus mamás para ellas; los mismos que tuvieron sus abuelas o con los que un guionista inspirado bautizó a la heroína de una telenovela de éxito. Nombres que ahora serán cambiados al antojo de cada uno de los padrotes para los que trabajarán, nombres falsos que pretenderán remitir a un mundo de fantasía llena de equis, como intenta hacerlo sin éxito la decoración de los burdeles.

Pedro conduce, conduce sin detenerse porque así se lo han dicho y porque es un

cobarde, un cobarde que siempre ha temido enfrentarse al poder, que siempre ha esquivado los pleitos, que dice a cada persona siempre lo que quiere escuchar, que mira a otro lado cuando algo no le gusta, una cobardía que siempre está ahí, intentando que nadie se enoje con él, complaciendo a todos, sintiéndose culpable si hace en cada momento lo que le apetece en lugar de lo contrario.

Unos golpes secos lo sacan de sus pensamientos y de la carretera. Una de las muchachas está intentando llamar su atención desde la parte de atrás. Pedro acelera y pone la música más alta. Pero los golpes no cesan. Cada vez son más frecuentes y fuertes. Pedro apaga la radio y entonces escucha voces.

—Por favor, ayúdenos... Se va a morir...

Pedro comienza a hiperventilar. Hay gritos detrás.

—Está perdiendo mucha sangre.

La chica a la que violó el güero. Seguro que es esa la que está desangrándose mientras él solo piensa en sí mismo y en qué decirle a Correa cuando vea que llega una chica de menos. Si es que no lo sabe ya. No puede perder a otra. Dos, no. Dos sería demasiado.

—Deténgase, por dios.

Hay un estacionamiento vacío junto a un mirador y Pedro entra. Aparca la combi en la zona más alejada de la carretera y retira el candado.

—Tiene que ir a un hospital.

El suelo de la combi está lleno de sangre y la chica violada a punto de perder el conocimiento. Entonces le viene a la cabeza la mancha de sangre en la camisa del primer cliente que llevó a la casa de la calle Nilo. Eso es lo que venden. Sangre, dolor.

—Bájense. Bájense y corran, rápido. Están libres.

Salen todas corriendo hasta que solo queda la chamaca herida y la que se preocupa por ella.

—Yo la llevo hasta un hospital... Venga, vete.

—No, no. Yo me quedo con Rosa.

Rosa. Ese es el nombre que está a punto de perder.

Pedro no tiene ni idea de cómo parar una hemorragia de semejante naturaleza, así que cierra de nuevo la puerta trasera de la combi y cuando regresa al asiento del conductor, ya no ve la cabeza de ninguna muchacha en la oscuridad de la noche. Busca en el mapa de carreteras que hay en la guantera cuál es la ciudad más cercana: Chauites, y hacia allí se dirige con la esperanza de que haya un hospital.

Chauites resulta ser un pueblo muy pequeño que quizás los domingos a la salida de misa tenga algo de animación pero que un martes a las tres de la madrugada ahora es lo más parecido a un agujero negro que se puede encontrar en el sur de México.

No hay nadie a quien preguntar y Pedro espera encontrar un cartel señalizador que rece «Centro médico» en alguna rotonda.

De nuevo, golpes en la parte trasera de la combi. Pedro se detiene y baja a ver qué

es lo que ocurre. Rosa acaba de perder el conocimiento. Correa le habla al celular.

—¿Cómo vas, taxista?

—Bien, bien..., sin problemas.

Vuelve a decir lo que el otro quiere escuchar, aunque esta vez está justificado.

—¿Crees que estarás en el DF antes de mañana en la noche?

—Sí, sin problemas.

—¿Qué tal las viejas?

—Bien..., bien calientes.

Estupendo, el yucateco y sus amigos no le han dicho nada de lo ocurrido en la entrega. Ese instinto de conservación de los esbirros le da cierta ventaja.

—Cabronazo —le insulta envidioso Correa antes de colgar.

Pedro le busca el pulso a la muchacha, sigue viva. Arranca la combi calibrando si será prudente continuar hasta San Pedro Tapanatepec, la siguiente ciudad grande. Acelera y cuando están saliendo del pueblo, ve un hotel cerrado pero con coches aparcados y alguna luz en las habitaciones. Se baja y llama insistentemente al timbre. La recepción está vacía pero el papá de Olga sabe que siempre hay un tipo durmiendo en el sofá por si hay algún problema o llega un viajero a deshoras. Insiste y un hombre somnoliento y enojado se acerca hasta él. Le abre.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Hay algún hospital en la ciudad?

—¿Hospital? No..., está el refugio.

—¿Qué refugio?

—El refugio..., ahí tienen un doctor... O algo así.

—¿Dónde está?

—Siga todo derecho y luego luego a la izquierda.

El refugio resulta ser una serie de casas bajitas con una algo más grande que es la principal. Son tantas las personas que viajan en la Bestia que han aparecido a lo largo del camino diferentes centros de ayuda a los migrantes, donde les curan, les informan de lo peor que puede pasarles si continúan el trayecto y, sobre todo, intentan localizar a los familiares de los niños que viajan solos. Porque, aunque parezca mentira, hay familias que, por pura ignorancia y desesperación, mandan a sus hijos solos en busca de un familiar fantasma desde Honduras o El Salvador hasta Los Ángeles o El Paso, a veces sin ni siquiera una dirección a la que acudir cuando lleguen allí, si es que llegan, o un número de teléfono al que hablar.

Pedro llama insistentemente a la puerta del refugio y no tarda en abrirle una mujer.

—Necesito un médico. Urgente.

Entre Pedro y la chica que ha decidido no escapar bajan a Rosa inconsciente de la combi. La mujer que le ha abierto la puerta les dirige hasta un dormitorio vacío en el que la acuestan en la cama. No tarda en aparecer un doctor en bata que inspecciona a la muchacha. Pedro sabe que es el momento de marcharse y desaparece antes de que

alguien le pregunte quién es.

Retoma la misma carretera y aprieta el acelerador más de lo prudente. La noche se acaba y empieza a clarear. No puede presentarse ante Correa de vacío, eso es indiscutible.

Saca el teléfono y marca.

—Itzel, agarra todo el dinero que hay escondido en la casa y salid hacia el aeropuerto. Compra tres boletos para Madrid y no uses las tarjetas de crédito para nada.

Los Hombres Simpáticos

Marcos Úbeda aguarda en la cola del economato del patio de la prisión de Estremera donde le ha confinado el juez en espera de juicio. Federico Úbeda tira unas canastas a la espera de que la alarma le indique que es hora de cenar la sopa y el trozo de pollo de todos los lunes.

A ambos les ha crecido el pelo y ya no parecen cabezas rapadas, solamente dos cabezas huecas.

A Marcos le quedan dos personas hasta llegar a la ventanilla y poder comprar seis cigarrillos con el simulacro de tarjeta de crédito que se usa dentro de la cárcel. Cuatro para él y dos para su hermano.

Federico piensa que quizá debiera apuntarse al equipo de baloncesto de la prisión aunque odia los deportes de equipo, no le gusta que el triunfo o fracaso de nadie dependa, ni siquiera un poco, de lo que él haga o deje de hacer.

A Marcos lo que más le jode son los transexuales sin afeitar que mariconean por los talleres y conferencias con los que se puede reducir condena. Uno de esos hombres a medias está comprando un litro de zumo delante de él. Parece que no se decide si lo quiere de piña o de naranja. Finalmente se decide por uno de melocotón.

Federico falla un tiro y la pelota se va hasta un grupito de sudamericanos que está jugando a las cartas unos metros más allá.

El transexual se da la vuelta y, en ese momento, Marcos ve que las personas que estaban a su lado en la cola lo rodean tapándole la luz del atardecer.

Federico va a recuperar la pelota y se encuentra rodeado de peruanos, colombianos, ecuatorianos y otros ciudadanos de países que es incapaz de ubicar en un mapa y que le suenan únicamente como productores de las putas que trabajaban en El Lago Azul.

Un destornillador se clava tres veces en el abdomen de Marcos, que está seguro que ha sido el transexual sin afeitar y en chándal rosa aunque, en realidad, no es así.

Federico recibe un martillazo en la cabeza que lo deja sangrando en el suelo mientras sus agresores se dispersan en un planificado desorden.

Marcos vive un par de minutos más que Federico, que sangra considerablemente menos.

Los dos han escuchado idéntica frase antes de morir:

—Esto de parte del Vergasanta.

Cuando los guardias de la prisión se dan cuenta de lo que está ocurriendo, los falsos patriotas están ya tan muertos como Luminita y María Gheoghiu.

—Los Úbeda ya no van a poder decirnos nada.

—¿Por?

Carlos cuelga el teléfono y mira a Violeta. Los dos policías siguen en Murcia intentando aclarar todo lo que pasó en el burdel, ayudando a la Policía local a interrogar a los sospechosos, buscando en El Lago Azul alguna pista que les indique si puede haber en otros clubs más menores prostituidas.

—Se los acaban de cargar en la cárcel.

—Joder, qué rapidez...

—Eso quiere decir que sabían algo importante.

—Y que tú y yo somos unos inútiles al no habérselo sacado cuando les interrogamos. ¿Cómo ha sido?

—En el patio. Nadie ha visto nada, nadie sabe nada..., ya sabes. Quien esté detrás de todo esto, tiene una gran capacidad de reacción.

—Y es más eficaz y rápido que nosotros...

Típico de Violeta. Culparse de un error que no era solo suyo y que no es estrictamente un error. Carlos ha aprendido que es mejor callarse y esperar a que su jefa suelte toda la ira antes de seguir trabajando.

—Joder, joder, joder.

Violeta agarra con ira un Velleda y estampa su punta contra la pizarra blanca. La cabeza del rotulador se rompe dejando escapar la tinta que hay en su interior. El líquido azul emborrona las flechas, nombres y gráficos que habían escrito hasta ese momento para organizar los datos del caso. En lo alto de la pizarra aparece el nombre de Vergasanta, genial apodo del que parece ser el mandamás de El Lago Azul y de otros negocios que, de momento, desconocen. Vergasanta ha sido citado en los interrogatorios por todos los implicados en el tiroteo del burdel: la *madame*, las cinco putas asustadas y el pedófilo. Parecería un chiste si no tuviera maldita la gracia.

Por todos excepto por la niña a la que Carlos salvó in extremis de volver a ser violada. Esa niña está en *shock*, ingresada en un hospital y sin identificar. No saben ni su nombre ni su nacionalidad, ni siquiera tienen un teléfono al que llamar o un domicilio que visitar.

La mancha de tinta emborrona ahora el nombre de María, la hermana mayor de Luminita con cuyo asesinato comenzó este caso y que mintió a Violeta cuando fue interrogada. «Nunca confíes en las putas ni en los yonquis» es una de las máximas que se aprenden al poco tiempo de entrar en el cuerpo y que no tuvo en cuenta Violeta cuando habló con la rumana tras el entierro de la pequeña asesinada.

—Los regalos que María les hacía a sus padres y el dinero que podía pasarles eran suficientes para que le dejaran a la pequeña algunos fines de semana —deduce Violeta, algo más calmada—. ¿No te fijaste en la ropa de la niña que estaban repartiendo en el poblado cuando fuimos? Los juguetes estaban nuevos.

—No, la verdad...

—Yo sí. Y la televisión enorme sin sacar de la caja. María compraba tiempo para estar con su hermana pequeña.

—Pero... ¿por qué María iba a llevar a su hermana menor hasta el puticlub murciano en lugar de al parque de atracciones? La prostituta colombiana había visto a la niña en El Lago Azul.

—Porque era la novia del jefe, porque quería sacar a la pequeña de las chabolas, porque quería que hicieran vida común su hermana y su chico.

—Algo lógico, si obvias el trabajo del muchacho.

—Nos urge tener un retrato robot del Vergasanta para hacerlo llegar a la Interpol y a todas las comisarías de España. Saber si tiene antecedentes penales con ese o con su nombre real o con otro apodo...

—La Policía local está con ello.

En el lado izquierdo de la pizarra, rodeado con un círculo y encerrado entre dos interrogantes está el nombre del matón con nombre de mujer al que solo la colombiana parece conocer.

—También quiero un retrato robot de quien coño sea el cabrón al que llaman Cristina —dice Violeta mientras se suena ruidosamente la nariz.

—Si realmente era amigo de los Úbeda, de poco les ha servido en la cárcel.

—La amistad no es un valor muy respetado en según qué ambientes, Carlos. ¿Estás seguro de que lo único que sabe de él la colombiana es el mote?

—Más o menos. Los Úbeda hacían lo que querían con las chicas porque eran amigos del tal Cristina. Es todo lo que dice. Yo apostaría a que es su lugarteniente.

—O su socio —aventura Violeta.

La mancha de tinta del Velleda llega a la parte inferior de la pizarra, donde aparece escrito el nombre de Luminita. Es entonces cuando Violeta se atreve a formular una hipótesis que da miedo.

—Si los Úbeda trabajaban para el Vergasanta, este fue quien ordenó el crimen de Luminita haciéndolo pasar por un ataque racista para que nadie lo relacionara con sus negocios de prostitución.

—¿Crees que buscaba vengarse de María?

Violeta asiente.

—Ella le robó, o le engañó con otro, o le traicionó... —baraja la policía—. O las tres cosas.

—¿Y por qué no mató a María directamente?

—Se puede morir muy rápido, Carlos. Es más cruel dejarte sin lo que más quieres en el mundo. Tenemos que encontrar a ese chulo. Averiguar qué le hizo María que tanto lo molestó.

—¿Por dónde empezamos?

—En cuanto regresemos a Madrid, vamos a seguir la pista del dinero. Dónde iba la pasta que pagaban los clientes por las chicas, a nombre de quién está el puticlub...

—¿Y cuándo será eso? Yolanda no para de inventarse urgencias para forzar mi

vuelta.

—Que se espere. Vas a volver a interrogar al cliente pedófilo y no lo vas a soltar hasta que nos diga si la presencia de una menor en el puticlub era puramente circunstancial o algo habitual. Y tenemos que averiguar qué otros clubs de carretera manejaban los dueños y conseguir una orden de registro.

Violeta mira el destrozo que ha provocado en la pizarra, intenta limpiarlo con el borrador pero es peor.

—Carlos, por favor, mira a ver si encuentras algo de alcohol por ahí.

Aunque no se trata de una orden profesional, Carlos obedece.

Itzel, Pedro y Olga esperando el trenecito que comunica la T4 Satélite del aeropuerto de Madrid-Barajas con la civilización occidental. La niña no ha cesado de levantarse para ir al baño durante toda la noche, así que sus padres no han podido pegar ojo. Pedro prefiere los vuelos diurnos, no soporta que una azafata le imponga la oscuridad como si fuera una gallina. Pero aunque hubieran viajado en *business* no habría podido descansar, intuye que no podrá hacerlo en bastantes noches. O al menos hasta que Itzel vuelva a hablarle, vuelva a tratarle con naturalidad, vuelva a besarle sin darse cuenta.

Si es que eso vuelve a ocurrir.

Los hombres, cuando se enfadan, gritan, rompen cosas, insultan, dan portazos. Las mujeres prefieren la guerra fría, la edad de hielo, la tortura psicológica de los monosílabos y el silencio.

Al llegar a la terminal 2 del aeropuerto Benito Juárez, Pedro corrió hasta el restaurante donde había quedado con su familia por teléfono unas cuantas horas antes, tiempo que había aprovechado para dejar abandonada la combi en un terreno baldío, caminar hasta la central camionera del pueblo más cercano y allí agarrar el primer autobús que saliera para la Ciudad de México. Ha destrozado con ira el celular que Correa utilizaba para comunicarse con él. Espera no volver a encontrar nunca más el sustantivo «Vocho» después del aviso de «Llamada entrante», aunque temerá leerlas cada vez que suene el *ringtone* de todos los móviles que compre hasta que su cuerpo se descomponga a dos metros bajo tierra.

Pedro enseguida localizó a su mujer y a su hija sentadas en una mesa del Wings, desconcertadas, nerviosas; la niña no ha parado de hacerle preguntas acerca de por qué se van de repente a España, preguntas que Itzel no ha sabido ni querido responderle. Según se acercaba a sus mujeres, Pedro vio que no llevan equipaje.

—¿Y las maletas? ¿Ya las documentaron?

—Olga, hija... No te muevas de aquí, ¿ok?

Olga asintió. Itzel agarró a Pedro del hombro y se lo llevó a un pequeño pasillo que conduce a los baños.

—¿Qué chingaos está pasando, Pedro?

—¿Has comprado los boletos o no?

—Ni mi hija ni yo nos vamos a ningún lado hasta que me digas qué pasa.

—Maldita sea, Itzel... Te dije que hicieras las maletas y compraras billetes para el primer avión a Madrid.

—¿Qué está pasando?

—Tenemos que irnos ya... ¿Agarraste el dinero?

—Bastante es que estemos aquí, ¿ok? Dime qué sucede o me regreso a mi casa con mi hija ahora mismo.

Pedro pensó que acabaría antes diciéndole la verdad a su esposa y le explicó lo de las menores que tenía que trasladar al DF, su acto heroico dejándolas solas en mitad de Chiapas, cerca de la vía del tren por la que circula la Bestia.

No le ha contado que en el burdel de la calle Nilo los clientes pagan para poder hacerles a las chicas lo que se les antoje. Pueden golpearlas a placer, pueden apagar cigarrillos en su cuerpo, pueden mutilarlas. Pueden descuartizarlas porque luego siempre habrá un taxista dispuesto a deshacerse de madrugada de sus cadáveres.

¿Y las niñas? ¿Qué pensaban hacerles a las niñas a las que él dejó en mitad de la carretera?

—¿Y crees que tus jefes van a venir a por nosotras?

—¿Te vas a arriesgar a comprobarlo?

Compraron tres billetes a Barajas con el dinero que había debajo del asiento del conductor de la maldita combi, unas maletas y ropa con la que llenarlas, le dijeron a Olga que se iban a ver a la abuela española y, cuando por fin pasaron el control de pasaportes (menos mal que Itzel sí los trajo), ella dejó de hablarle hasta que, mientras buscan la parada de taxis en la T4 madrileña, le pregunta a su marido.

—¿Y ahora qué, Pedro?

Carlos está frente a frente con el pedófilo detenido en El Lago Azul, que se llama Amalio García Soriano, tiene cincuenta y ocho años, nació en Cartagena y es el dueño de una pequeña cadena de supermercados llamada La supercompra. Casado, con dos hijos y un nieto recién nacido que aún no saben lo que hace su papá y abuelo cuando dice que se va los domingos a ver el fútbol a un bar. Carlos debe esperar a que se persone el abogado que se hará cargo de su defensa para interrogarle pero sabe que, apenas este llegue, no va a haber forma de que el detenido conteste nada comprometedor. Tiene que actuar ahora. Así que entra en la sala donde está esposado Amalio con una cajetilla de cigarrillos. Le quita las esposas y le ofrece uno.

—Así se nos hará más corta la espera de su abogado.

Amalio recela de Carlos y niega con la cabeza. O no fuma o no quiere fumar. El policía se sienta informalmente, enciende un pitillo y consulta los mensajes de su móvil, tiempo muerto hasta que inicia una conversación con el sospechoso como si lo hiciera por entretenerse.

—Cuánta hipocresía hay en todo esto..., ¿verdad?

—¿Perdón?

—Con el tema de la edad. Resulta que con el PSOE puedes tirarte a una chica de trece años si ella quiere. Luego llega el PP y dice que con dieciséis. ¿Te parece lógico?

—Sí, no sé...

—Yo he tenido que detener a hombres acusados de violación y cuando veías a la chica que les denunciaba, decías... ¡Por dios, si es un putón, salta a la vista!

Amalio lo mira sorprendido y Carlos sabe que va por buen camino.

—Las tías se aprovechan de que en su DNI pone que tienen quince años para sacarte el dinero. Y si no lo consiguen, denuncia por violación, y el marrón nos lo comemos nosotros.

—Así son las cosas ahora... —Amalio ronda el anzuelo antes de morderlo—. La mujer siempre tiene razón en todo y el hombre es culpable por defecto.

—Dímelo a mí —miente Carlos—. Mi esposa me puso los cuernos y ahora estoy pagándoles la hipoteca a ella y a su amante.

El pedófilo pasa la mano por su escaso pelo.

—La mía lleva treinta años tocándose los ovarios a mi costa.

—Así son —refuerza Carlos—. Uno lo paga todo y no tiene derecho a nada. Que si la compra, que si un vestido, que si el Spa...

—Y luego, encima, no quieren follar.

Se tragó el anzuelo. Carlos se ríe algo exageradamente y decide echar más leña al fuego.

—No tienen vergüenza. Eso es lo que pasa. Si en vez de gastarme el dinero en cremas y bragas me lo hubiera gastado en putas, me habría follado a media España.

Risa de Amalio, a pesar de que no está en una situación proclive a la diversión.

—Le creo, le creo... Ahora sí que le voy a aceptar ese cigarrillo.

Carlos se lo enciende mientras Amalio suelta la siguiente joya.

—Cada vez que le pones los cuernos a tu esposa es como si te vengaras de todas las mujeres.

—Buena forma de verlo. Y desde pequeñas son así, ¿eh? Unas aprovechadas que no se merecen nada.

—Nacen con el gen.

—Es verdad. Pero dices eso en público y se te cae el pelo —afirma Carlos—. Los hombres tenemos que escondernos, hacer lo que nos apetece en secreto, con vergüenza, mentir, no decir lo que pensamos realmente mientras ellas... —Carlos suelta la estupidez campeona de la tarde—: ¡Ellas te enseñan el coño en la playa y no las mires, que eres un cerdo!

Pausa de Amalio, que elige un tono confidencial para su siguiente reflexión.

—No creas, cada vez hay más hombres hartos de la situación y sin miedo de reivindicar nuestra naturaleza.

—¿Y cómo lo hacen? —Carlos se muestra muy interesado y esta vez no es fingido.

—Existen foros donde puedes encontrar gente que piensa como nosotros y lo dice.

Carlos lo mira para marcar la complicidad a la que han llegado los dos machos. Luego se da la vuelta para asegurarse de que la puerta está cerrada (aunque lo sabe de sobra, le ha dicho a Poveda que si viene el abogado del detenido, lo entretenga) y habla más bajo acercando su rostro al de Amalio.

—Yo uso masculinidades.net. ¿La conoces?

—No...

Claro que no, Carlos se la acaba de inventar.

—Cuál usas tú para... conocer gente como nosotros —pregunta el policía.

—Yo, angelesconcarassucias.com.

—Ni idea. ¿Está bien?

—Es la mejor...

—Si entras a masculinidades.net tienes que hacerlo varias veces y colgar muchos posts hasta que... —El paso de Carlos por la Brigada de Investigación Tecnológica le ha servido de algo—. Bueno, hasta que te empiezan a llegar cosas interesantes.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Amalio con la curiosidad y el morbo tan encendidos que se olvida de dónde y con quién está y por qué.

—No me hagas hablar.

Silencio. Amalio se pone aún más nervioso y pregunta:

—¿Vídeos?

Carlos tarda un poco más de la cuenta en contestarle.

—Yo ya me cansé de los vídeos... Son siempre los mismos. ¿Tú no?

—Por eso estoy en esa página que te digo —aclara, orgulloso, Amalio.

—¿Tienen películas nuevas? —le pregunta Carlos mientras se recuesta en la silla.

—Yo ya dejé atrás lo de las películas. Como decía Fraga, en el amor y en la guerra hay que estar en el campo de batalla.

Carlos nunca ha escuchado citar a Fraga de manera tan pertinente como acaba de hacerlo el pederasta.

—¿Y cómo sabes dónde está el frente?

—En esa página te avisan de dónde hay jovencitas con ganas de marcha.

En ese momento entra el abogado del detenido, pero Carlos ya ha averiguado lo que pretendía y el acusado se da cuenta de hasta qué extremo acaba de joderla.

Itzel deshace la maleta en la habitación de invitados que su suegra les ha cedido tras irrumpir por sorpresa en su casa diciendo que encontraron unos billetes de última hora y quisieron darle una sorpresa. Por eso compraron las maletas en las tiendas del aeropuerto y las llenaron con ropa que no les dio tiempo a probarse. Había que

disimular, tenía que resultar creíble que estaban de vacaciones, no podían aparecer súbitamente en Madrid sin equipaje. Olga se puso muy contenta al ver a su abuela pero va a ser difícil mantener la situación durante mucho tiempo.

—No sé, Itzel. Déjame unos días para ordenar las ideas... Pero que mi madre no sospeche nada, por favor.

—Tengo que hablarle a la mía para decirle que estamos aquí.

—No.

—Pedro, no chingues, van a pensar que nos secuestraron o que estamos en un hospital o...

—Abre una cuenta de correo en un cibercafé, les mandas un *mail* y la cierras.

—No viví así en México, no voy a hacerlo en España.

—Voy a pensar algo, ¿sí? Nada más te pido que me des unos días y mientras, hagas como que estamos de vacaciones. Por favor... Sobre todo, de cara a la niña.

Itzel lo mira y sale del cuarto. Pedro se queda quitándole a la ropa las etiquetas con el precio en pesos. Escucha a Itzel decirle a su madre fuera de la habitación:

—Qué alegría verte, Raquel. No sabes cuánto te extrañamos la niña y yo..., como no quieres venir a vernos.

Violeta y Carlos en la moto, entrando a Madrid de madrugada. Siempre que regresa a la ciudad a esa hora, necesariamente vacía, Violeta se acuerda de cuando volvía con sus padres del veraneo en Santander, a primeros de un septiembre que ya era casi otoño y sentía la sensación ahora irrecuperable de que todo volvía a empezar tras la pausa estival, que todo iba a ser posible, que nuevos mundos se abrirían ante ella en los nueve meses del curso que pronto se iniciaría, que descubriría cosas que ahora ignoraba: sentimientos y mundos adultos ante los que caería seducida o no... Amigos, novios, amantes, bares, películas, conciertos, libros, cómics, bebidas, ropa, fiestas que estaban simplemente esperando su regreso del aburrimiento veraniego para hacer de ella una persona diferente cuando, en el mes de septiembre del año siguiente, volviera a montarse en el coche de sus progenitores, cargado hasta la imprudencia de cosas inútiles, con las piernas de su madre aprisionadas en el asiento del acompañante de bolsas con comida, bebida y juguetes magnéticos para hacer más corto el camino. Un sentimiento que se resumía en el aire fresco que le daba en la cara cuando bajaba la ventanilla y respiraba el aire de la ciudad que tanto había añorado en la distancia y que ahora, cuando ya apenas sale de ella, le da completamente igual.

Violeta deja a Carlos en su casa y lo cita en la comisaría a las doce del día siguiente.

—Desayuna con Yolanda tranquilo.

Carlos se va con la espalda dolorida de mantener el equilibrio durante el viaje y Violeta conduce hasta su casa. Está agotada y se duerme vestida según cae en el sofá.

Ferrero se corta el pelo en uno de los habitáculos más extraños y ajenos al paso del tiempo que hay en todo el laberíntico edificio que alberga la comisaría de la calle Leganitos. Se trata de un cuarto del segundo sótano con las paredes pintadas de azul añil y lleno de fotografías de chicas desnudas que no desentonarían en un taller mecánico. Allí hay montada, desde tiempo inmemorial, una peluquería que atiende un policía jubilado que no puede soportar estar en su casa desde que su mujer murió de cáncer de colon el mismo día en que él pasaba a segunda actividad. Por solo cinco euros, el agente Fernández arregla el cabello mejor que en las franquicias de la zona, donde la tarifa no baja de los quince.

—A ver si un día te animas y te corto aunque solo sean las puntas —le dice Fernández a Violeta apenas la ve entrar por la puerta.

—Si fuera hombre, te aseguro que te tomaba la palabra.

—Pues muchas de tus compañeras confían en mis tijeras.

—Algún día, Fernández. Algún día.

—Siéntate —le ordena Ferrero y Violeta lo hace en un taburete destinado a los que tienen que esperar para ser atendidos por el peluquero.

—¿Has visto los informativos?

—No, llegamos de madrugada de Las Torres de Cotillas.

Ferrero le arroja un ejemplar de *La Verdad* de Murcia que tiene doblado por la sección de Sociedad, que es como se llaman los sucesos desde que España decidió ser vanguardia de la corrección política. «La Policía rescata a una menor obligada a prostituirse en un burdel murciano.»

—Mañana va a publicar algo parecido *El País*, y los programas de televisión no paran de llamar al gabinete de prensa para entrevistaros —le explica Ferrero a su oficial de Policía favorita.

—¿Quieres que los atendamos?

—No, claro que no. Los de Prensa les van a ir dosificando la información para tenerles tranquilos.

Violeta se queda algo más tranquila, odia la exposición pública.

—¿Han encontrado los antecedentes penales del Vergasanta o cuál es su nombre real? —pregunta la compañera de Carlos.

—He hablado con Interpol esta mañana y no tienen ni puta idea. Y del tipo al que llaman Cristina, menos.

—Voy a ponerme con la contabilidad del local —propone Violeta—. Si encuentro el nombre de otro puticlub...

—Me lo dices y la Policía local pedirá la orden de registro pertinente.

—Como ordenes.

Violeta se levanta para irse pero Ferrero tiene una noticia que darle.

—Otra cosa, la niña que encontrasteis ya ha salido del *shock*. Los médicos no dejan que vea a nadie, pero está consciente.

—¿Puede hablar?

Ferrero asiente.

—¿A que no adivinas en qué idioma?

—Rumano —contesta Violeta sin dudar.

—Acabas de ganarte un corte gratis —sentencia Ferrero mientras se levanta de la silla y Fernández le quita la bata llena de pelos.

Carlos le muestra a Violeta el perfil que ha preparado para empezar a relacionarse con los demás usuarios de www.angelesconcarassucias.com: «Bravoman, varón, 48 años, harto de feminazis». Ha usado una foto de un tipo que se dedica a la venta de productos de limpieza en Brooklyn y ha modificado ligeramente sus rasgos con el Photoshop.

—Estaba escribiendo un *post* justificando la violencia de género. Seguro que hago enseguida muchos amigos.

Violeta lee lo que lleva redactado su compañero: «¿Qué es lo que lleva a un abuelo a ahogar a su esposa con la almohada una mañana después de cincuenta años de matrimonio? ¿Por qué nadie se lo pregunta y todo el mundo se pone automáticamente de parte de la víctima? Yo sí me lo he preguntado y creo saber la respuesta: el hartazgo ante medio siglo de humillaciones diarias, de insultos públicos, de decirle lo que tiene que hacer cuando va conduciendo... Sí, de todo eso se harta uno y...».

—Mete alguna falta de ortografía, sustituye las «q» por «k» y cómete alguna vocal para que sea creíble —le aconseja Violeta.

—Ok. Si te parece, voy a dedicar el día a investigar los foros y los enlaces..., por si encuentro alguna referencia al Vergasanta.

—Mira en Twitter y en Facebook también... Fue muy breve tu desayuno con Yolanda —dice Violeta mientras se apoya en la mesa haciendo que se tambalee.

—Bueno, al final ella se quedó durmiendo y yo me tomé unos churros en la cafetería de debajo de casa... Ya sabes, una de esas con los camareros bordes, prejubilados y vestidos de blanco que antes de que hayas acabado de pedir ya te han metido las porras en la boca.

—Las mejores, sin duda.

—Sin duda.

Pedro está sentado ante el estanque del Retiro. Cuando ha vuelto otras veces de visita, en Madrid ha sentido una sensación de alivio y de tranquilidad que ahora no experimenta. Sabe que ha hecho lo más prudente al irse del DF con su familia. No quiere ni imaginar cómo habrá sido la reacción de Correa al ver que no le llegaban las niñas, al darse cuenta de que el taxista lo había traicionado. Habrá empezado por

llamar a sus cómplices de Tapachula por si saben algo... Luego se habrá hartado de hablar a su celular para contactar con él. Espera que no haya localizado, ni llegue a hacerlo, a ninguna de las chicas que él liberó. Probablemente haya mandado a alguien a inspeccionar la casa de Coyoacán y se haya encontrado con que ya no hay nadie. Entonces sabrá que han huido. Puede haberlo hecho a otro lugar, ser español no necesariamente quiere decir que vaya a venir a España. Pedro se podía haber llevado a los suyos a Guadalajara, a Guatemala o a Estados Unidos. Pero desconoce un dato fundamental: la capacidad de actuación que pueda tener Correa fuera de su territorio. Se pone en el peor de los escenarios. Correa sabe que está en Madrid. ¿Qué puede hacer? ¿Mandar a un sicario para acabar con él? ¿Le considera tan importante como para eso?

¿Hasta dónde puede llegar el ego herido de un traficante de mujeres?

Vale, Correa averigua que está en Madrid, localiza el domicilio de su madre por algún documento que haya encontrado en la casa de Coyoacán a la que nunca debieron mudarse y su anciana progenitora encuentra la muerte de la única manera que nunca se le pasó por la cabeza. Un ejecutor sicario llega en el primer vuelo, acaba con la familia y se va en el último avión del día a cambio de un dinero que compensa el duradero *jet lag*.

Si ese es el peor escenario..., ¿qué hacer para esquivarlo? Agarrar a toda la familia (abuela incluida) e irse a algún sitio donde no les puedan localizar. Barcelona, Málaga..., o mejor aún. Tánger o Phnom Penh o Ulán Bator. Y esperar. Esperar a que Correa se olvide de ellos. ¿Cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Dos? No, lo mejor es plantearse el siguiente destino como definitivo. Echar raíces en otro sitio con identidades falsas, como los espías y los arrepentidos. ¿Y cómo se lo dice a su madre? ¿Cómo convencer a una mujer de setenta y tres años de que abandone las habitaciones y pasillos en los que fue feliz para irse a esconder en un sitio donde no va a entender nada, donde va a depender por completo de los demás, donde no tiene amistades ni sabe dónde están los cines y las parroquias?

Está metido en un lío de cojones, sí. Pero Pedro se siente a la vez un héroe y un traidor. No por Correa, sabe que ha traicionado a su familia.

La pista del dinero, *the money track*. Violeta lleva varios días con la documentación requisada en El Lago Azul. Registros de la propiedad, extractos bancarios, composiciones accionariales, cobros emitidos a través de tarjetas de crédito, ingresos en efectivo, transferencias al extranjero. Busca la más leve alusión a otro burdel de la geografía española.

No tarda en averiguar que El Lago Azul generaba una facturación mensual de casi 30.000 euros, una confirmación de la teoría de Carlos: en España, gratis y por méritos propios, se folla muy poco. Los clientes que pagaban con tarjeta de crédito encontraban en sus cuentas un cargo en concepto de «Venta. Bar Los Amigos», algo

inocuo que no levantara las sospechas de la esposa ni del contable de la empresa. Datos ficticios elegidos para no dejar rastro, nada de compra de objetos cuya existencia pueda luego ser reclamada. Bebida y comida en locales tan anodinos como para que no haya que contarle a nadie que se ha estado en ellos. Cuando los cargos son altos, aparecen divididos en dos o tres conceptos distintos, aunque la fecha sea del mismo día. Desayuno, comida y cena en el burdel. Pensión completa.

El Lago Azul pertenece a una empresa llamada Frensa S. L., que figura en el Registro de empresas y actividades turísticas dentro del epígrafe de Hostelería y restauración, es decir, la actividad del puticlub se desarrolla bajo la tapadera de ser un hotel con restaurante. Busca sin éxito posibles participaciones de Frensa S. L. en negocios que puedan camuflar una casa de lenocinio.

Sí encuentra en el accionariado de Frensa S. L. a personas físicas de diferentes nacionalidades con domicilio fiscal en países del Este, sobre todo rumanos y rusos. Pero a Violeta le llama la atención un nombre latino: Éder Cruz Aguayo, con domicilio fiscal en la Ciudad de México. Probablemente se trate de un testaferro, como los demás que van apareciendo. Pide informes a Interpol haciendo hincapié en el mexicano. ¿Qué hace un latino colaborando en el blanqueamiento de dinero de la mafia europea de tráfico de mujeres? ¿Estamos asistiendo al nacimiento de una colaboración entre dos universos delictivos hasta ahora separados por un océano y el efecto llamada que tiene para uno Estados Unidos y para el otro Europa occidental? En todo caso, ellos encubren a los beneficiarios del dinero.

Carlos dedica su jornada a colgar nuevos *posts* machistas y participando activamente en discusiones sobre cómo lograr que el nuevo amanecer masculino eclipse definitivamente la lucha hembrista y devuelva a las féminas a sus ecosistemas naturales: la cama y la cocina. Hasta ahora no ha conseguido más que unos centenares de fotografías de pornografía infantil y algunos vídeos que ha pasado puntualmente al GRUME. No hay excesivos estrenos de porno con menores en la red. Carlos lo sabe desde los tiempos en que trabajaba en la Brigada de Investigación Tecnológica. La mayor parte de las grabaciones son las mismas troceadas y rebautizadas múltiples veces, hasta la náusea. Los que le han llegado ahora llevan dando vueltas desde 1999, por lo menos. Carlos espera que, al menos, su esfuerzo y mal rato sirvan para pillar a unos cuantos pedófilos y pederastas.

Carlos y Violeta tomando un Aloha volcánico y un Gauguin desencadenado en el Mauna Bora. Han acordado no hablar de trabajo.

—Fue la primera mujer de la que me enamoré... En 1999.

—¿Y llevas con ella desde entonces? —pregunta Violeta mientras come una galletita salada que les han puesto de aperitivo.

—No, no... Qué va. Cuando estábamos en el instituto, no me hacía ni caso. Yo le grababa uvehacheeses con fragmentos de las películas que más me gustaban, le

ayudaba a hacer los trabajos de clase, íbamos al cine...

—Pasaje directo a la zona de amigos —sentencia, con lucidez, Violeta.

—Exactamente. Yolanda me contaba sus penas con otros chicos, algunos eran mis colegas, y yo me mostraba solidario con sus desamores en la esperanza de que se diera cuenta de que era el hombre que le convenía porque siempre estaba ahí cuando me necesitaba.

—Si haciendo todo eso, has conseguido liarte con ella... Felicitaciones.

Es difícil hacer un brindis con unos vasos de cerámica que reproducen una balsa y un volcán, pero con práctica se consigue, a pesar del humo que expulsa el cráter.

—No lo logré hasta hace dos años, que nos reencontramos en una de esas quedadas vía Facebook.

—Qué horror. A mí me estuvieron acosando para que fuera a una pero logré escaquearme.

—Pues yo me lo pasé muy bien, fíjate.

—Hombre, conquistaste a la mujer de tus sueños.

Pausa previa a la confesión esperada.

—Ese es mi problema. Que Yolanda solo era un sueño. O no, no sé... es como si las cosas tuvieran que ocurrir en su momento, si no se convierten en un mal *remake*...

—«Era un sueño y ahora es real». —De vez en cuando a Violeta le gusta citar frases de sus canciones favoritas aunque nadie las reconozca—. ¿Eso es lo que te ha pasado con Yolanda?

—Yo creo que cuando nos volvimos a encontrar proyecté sobre ella todo lo que siempre había esperado de una mujer..., y me encontré con otra cosa.

—Te encontraste con una mujer de verdad.

—Ojalá fuera una mujer de verdad... Pero toda Yolanda es una enorme mentira. Dice que es vegetariana pero le he descubierto *tickets* del Burger King dentro del bolso; dice que le encantaría trabajar pero no se apunta a bolsas de empleo, no manda currículum ni nada. Y luego, encima, me echa en cara que me gusta vivir como un burgués porque nuestra casa tiene una piscina comunitaria, y que ella estaría perfectamente en un bajo interior, pero acto seguido va y se compra un bolso de Dolce & Gabbana con mi dinero...

—¿Y por qué estás con ella, entonces?

Pausa, aunque Violeta intuye la respuesta.

—Por la esperanza de que todo sea como imaginé cuando teníamos dieciséis años.

—¿Y crees que eso basta? ¿Lo crees, Carlos?

—Y tú..., ¿qué? ¿Muchos hombres en tu vida?

—Algunos.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy muy bien sola...

A Carlos le carga esa actitud de muchas mujeres españolas en torno a la

cuarentena, como Violeta, quizás porque sospecha que Yolanda piensa lo mismo aunque apenas ha cumplido los treinta. Se pasaron toda la juventud creyendo que el guapo con el que se acostaban una noche se iba a enamorar de ellas cuando no eran más que otra chica con la que entretenerse hasta que apareciera una más guapa, lo que no solía tardar demasiado tiempo. Quizá sea un exceso de ego provocado por las madres de su generación, convencidas de que nadie es lo suficientemente bueno para sus hijas. Una especie de miedo a ser feliz o a intentar serlo y que salga mal. O una adicción a los desamores. Carlos no sabe qué será de él si un día no puede más y corta con Yolanda pero sí puede adivinar lo que será de la mujer con la que ahora comparte piso y cama.

Se comprará una pareja de gatos que con el tiempo tendrán más gatitos, y la casa estará llena de felinos dispuestos a darle compañía sin pedirle nada a cambio.

Violeta folla con un hombre de unos cuarenta y pocos años sobre un colchón a duras penas cubierto por una sábana bajera. Varias toallas que han perdido a su dueño están arrugadas y amontonadas a su lado. A la derecha hay una pared con varios agujeros a través de los que se escucha alguna risa, algún murmullo, algún gemido. Varias manos se cuelan por esos huecos hechos en el tabique para intentar tocar el cuerpo de Violeta pero ella se ha situado lo bastante lejos de la pared como para que no puedan hacerlo, pero siguen intentándolo. Seres anónimos alargan sus brazos a través de los agujeros y alguno logra rozar su piel con las yemas de los dedos. Una pareja joven les mira desde un sofá situado frente a ellos. Él es pelirrojo y ella morena, muy morena, y llevan todavía puesta la ropa interior. La chica se levanta y toma de la mano a su acompañante, le toca la espalda al hombre que Violeta tiene dentro y que parece que no va a correrse nunca. El amante de Violeta mira a ver quién lo acaricia y entonces el pelirrojo le quita el sujetador a ella. La muchacha se sienta al lado de ambos, sobre las toallas amontonadas, y el pelirrojo le aparta la braga con los dedos mostrándole al semental de la noche el sexo de su compañera. El hombre saca su polla de Violeta y se la mete a la morena mientras el compañero de esta le pide a la policía que se ponga a cuatro patas. Nuestra heroína, por una vez, obedece y, al moverse, su cuerpo queda al alcance de los propietarios de los brazos ansiosos. El pelirrojo la penetra por detrás mientras los pechos de Violeta son manoseados sin piedad por los tres, cuatro pares de manos que ahora sí la alcanzan. Violeta se humedece rápidamente, algo que no había conseguido el primero de sus amantes. Se pasa los dedos por la vagina y acto seguido les ofrece su humedad a los solitarios condenados a permanecer eternamente detrás de una pared.

Pedro está sentado en una sala de espera en compañía de tres hombres con edades que van de los veinte a los cincuenta años. Tienen una complexión más atlética que la

suya, también están esperando a hacer una entrevista para un trabajo de guardia de seguridad en una empresa que ahora está contratando personal un tercio más barato de lo que pagaba por ellos cuando era líder en el sector. No se lo ha dicho a Itzel, está muy alterada y no la culpa; su madre no se ha tragado la visita sorpresa a Madrid, y menos cuando Itzel le ha pedido que no aparezca ni de lejos por la casa de Coyoacán.

Pedro quiere creer que un sueldo fijo ayudará a suavizar las cosas. Se gastarían más despacio el dinero que han traído, habría un inicio de apariencia de normalidad y quizás eso ayudara a que las aguas volvieran a su cauce.

—En su currículum dice que ha trabajado en el sector turismo y conduciendo un taxi —le dice a Pedro el perdonavidas encargado de hacer las entrevistas.

—Sí, señor —contesta, obediente, el extaxista.

—¿En México? —El entrevistador lo pronuncia como si fuera Afganistán.

—Sí.

—O sea que nunca ha trabajado en el sector propiamente dicho.

—En el DF todos los taxistas somos expertos en seguridad.

El semianalfabeto que se cree poderoso deja el currículum en una carpeta donde hay treinta más.

—Gracias. Ahora entra en un proceso de selección muy amplio. En caso de que nos interese, nos pondremos en contacto con usted. Le ruego que se abstenga de llamarnos, normas de la empresa.

Apenas Pedro llega a casa, su madre comienza a interrogarle.

—¿Qué le pasa a Itzel? Creí que le iba a hacer ilusión ir a ver cómo han dejado de bonito el edificio de correos, pero se ha tirado en la cama hasta la una y cuando por fin se ha despertado, vamos, es que ni me ha mirado a la cara, se ha sentado en el sofá a ver la tele, le he dicho que si quería ir a comer fuera, que yo invitaba, pero no tiene hambre y ahí lleva todo el día, tirada comiendo almendras y tomando cerveza...

—¿Y la niña?

—Olga muy bien. Esa niña es la bomba, me ha acompañado al mercado, me está ayudando a hacer la cena... Y tú, ¿dónde has estado?

—Viendo a los amigos...

—Ya. Dime qué hago, hijo... Pregúntale a tu mujer si va a querer cenar, que yo no me atrevo. ¿Está enfadada conmigo? Lo mismo he dicho algo que la ha molestado, dile que me perdone, que yo la quiero mucho pero, vamos, que parece otra persona distinta a la última vez que vinisteis...

—Yo me encargo. Tú no te estreses, ¿vale? Y déjala a su bola. Si se quiere pasar todo el día viendo la tele, es su problema, no el tuyo.

—Ya pero, vamos, que cruzarse el Atlántico para ver Telecinco es que es de tontos...

Pedro le da un beso a su madre y va a ver a Itzel, que está sentada con Olga delante de la tele. Pedro se siente un intruso en su propia familia cuando lo ven y siguen con la mirada perdida en un *reality* sobre novias que no caben en el traje que

se han comprado.

—Hola. ¿Qué estáis viendo?

—Un programa.

Itzel sigue en modo autista y Pedro se controla los nervios y el grito.

—¿Y tú, hija? ¿Qué tal...?

—¿Qué estamos haciendo aquí, papá? Mamá dice que te pregunte a ti.

Toca mentir, claro. Pero con la puerta cerrada y el volumen de la tele aún más alto, no vaya a estar la abuela escuchando detrás de la puerta.

—Me van a ofrecer un trabajo bien chido, en el que voy a tener mucho tiempo libre para estar contigo y con tu mamá.

—Entonces..., ¿no nos vamos a regresar a México? ¿Nos vamos a quedar aquí? —pregunta Olga.

—Si al final me contratan, sí.

—Pero... ¿y mis amigas? ¿No las voy a volver a ver? ¿Y la escuela?

Itzel va a decir algo pero la suegra hace su aparición.

—¿Vais a querer una tortilla para cenar? Es que he hecho una con cinco huevos y sería una pena que sobrara.

Violeta comprueba las posibles actividades en España de todos los nombres que figuran como accionistas de Frensa S. L. Le pide a Hacienda la vida laboral de cada uno, por si existiera; llama al Registro de la Propiedad por si hubiera inmuebles comprados a su nombre en nuestro país; contacta con el Ministerio del Interior para preguntar si a alguno le ha sido concedida una visa de turista en los últimos seis meses.

Los primeros en contestar son los del Registro. Y le dan una pequeña alegría. Se levanta y va en busca de Carlos, que está ante la máquina de café bendiciendo al inventor de las Nespresso por haber jubilado las cafeteras diarreicas omnipresentes en las oficinas de todo el mundo.

—Yevgeni Tilicheyev, Razvan Lazarescu y Éder Cruz Carrión. Sean o no testaferros, los tres tienen inmuebles comprados a su nombre en los últimos seis meses y, esto es lo mejor, los tres están tramitando el permiso de residencia en España, al que tienen derecho por haber adquirido propiedades por valor superior a 500.000 euros.

—El piso en el que se ahorcó María..., ¿no estaría a nombre de ninguno de ellos, verdad? —pregunta Carlos.

—No, ella pagaba religiosamente el alquiler a una señora de Burgos.

—¿Crees que alguno de ellos pueda ser el Vergasanta?

—Alguno de los dos rumanos, pero no vamos a tener tanta suerte. De todas formas, les haremos una visita.

Los dos rumanos han comprado sendos chalés en lujosas urbanizaciones muy

alejadas una de la otra. Ambos están vacíos y los vecinos no saben nada de sus propietarios. Violeta y Carlos se encaminan hacia los dos apartamentos adquiridos por el latino mediante el desembolso de una cantidad que sobrepasa un poco el medio millón de euros exigido a cambio de la nacionalidad, parece calculado a propósito. Los dos pisos se encuentran en el mismo edificio de viviendas ubicado en la calle Arte Rupestre del Mediterráneo, qué infierno pasarse media vida escribiendo eso en cada formulario que pida consignar una dirección postal. Es un bloque entre Carabanchel Alto y La Fortuna, uno de esos barrios donde las casas, bares, calles, bancos, parques, metro y quioscos fueron hechos al mismo tiempo y destinados a las clases medias dispuestas a pagar por una hipoteca más de lo que desembolsarían por una vivienda igual o mejor en alquiler. Violeta detesta las casas iguales, muchos portales rodeando un jardín con piscina por cuyo horario de apertura discuten los vecinos en cada junta anual, las aceras siempre llenas de embarazadas o parejas empujando aburridos un carrito lleno de logística infantil. Odia las rotondas, que cada casa tenga su aparcamiento, los centros comerciales, la gente en chándal, sobre todo la gente en chándal. Violeta se juró nunca vivir en un barrio donde la gente salga en chándal a la calle.

—Mi barrio es muy parecido a este —dice Carlos tras encontrarse con la tercera rotonda en doscientos metros.

Violeta se abstiene de contestarle, quizás porque es una experta en mudarse de casa pero siempre en los límites marcados por el paseo del Prado y la calle Princesa. No es bueno vivir en el mismo barrio donde está tu comisaría, puedes intimar con personas a las que luego te va a tocar detener y corres el peligro de no descansar nunca, ni siquiera cuando bajas a los chinos a por una cerveza. Pero hace tiempo que Violeta lo tiene superado.

La oficial de Policía aparca a una manzana del portal donde están ubicadas las dos propiedades que Éder Cruz tiene registradas a su nombre y que lo convierten en candidato a obtener un permiso de residencia por un año en España, transcurrido el cual podrá solicitar una autorización (renovable) por otros dos, amén de disfrutar desde el primer momento de libertad de movimientos por los 26 países del área Schengen. Se supone que el consulado correspondiente ha comprobado ante la Dirección General de Policía que su presencia no supone riesgo alguno para la seguridad europea. Que este trámite se solvente en un máximo de una semana le hace sospechar a Violeta de la eficacia de la comprobación.

Carlos se baja del vehículo. Lleva puesto un chaleco de una empresa privada de reparto de correo y se dirige a la portería. Identificarse como policías pondría sobre aviso a los sospechosos.

—Hola. Traigo un sobre para el señor Éder Cruz Carrión. ¿Sabe si está en casa?
—le pregunta al portero que dormita leyendo el *Marca* de ayer.

—Ha salido hace un rato. Si me lo quiere dejar a mí...

—Por supuesto.

Carlos le deja el sobre, que no contiene más que publicidad de una empresa de seguros de vida, y regresa al coche de Violeta. De las cinco propiedades, esta es la única que está habitada. Y parece que por el tipo que la tiene a su nombre.

—¿Le detenemos e interrogamos? —pregunta Carlos.

—Si no es el Vergasanta, es una pista que quemamos para nada. Mejor vamos a troncharle —contesta Violeta con determinación.

—Y de paso, le hacemos unas cuantas fotos a ver si alguno de los empleados de El Lago Azul lo conoce.

—¿Alguna noticia sobre nuestros amigos de la prisión? ¿Tienen algún sospechoso de haber matado a los Úbeda?

—No. Ni creo que lo vayan a tener.

Violeta y Carlos piden sendos bocadillos de calamares para llevar en una cafetería con las mesas recién compradas en Ikea y se los comen en el coche mientras esperan a que Éder regrese a una de sus dos recién adquiridas viviendas.

—Con todo respeto, señora... Pero si salgo o no salgo, si veo televisión o no la veo es mi ped..., problema, ¿ok?

—Pero hija, es que con el buen día que hace me da pena que estéis todo el día encerradas...

—Ya saldremos cuando se nos antoje...

La madre de Pedro se sienta frente a Itzel y le agarra las manos como si fuera a darle la noticia de un fallecimiento.

—¿Os vais a divorciar, verdad? Habéis venido a ver si os arreglabais pero ha sido peor... ¿Es eso?

Itzel, cállate.

—Te digo una cosa... —amenaza, imprudente, la madre de Pedro—. Yo siempre te he tratado como a una hija. Y quiero a mi nieta tanto como a mi hijo. Pero si intentas sacarle el dinero o quedarte con sus ahorros, vas a saber lo que es bueno...

Su suegra se da la vuelta y sale de la sala. Itzel, enojada, duda si estrangularla o reírse. Opta por seguir viendo televisión aunque en realidad no se entera de nada de lo que ve o escucha, ni siquiera se da cuenta de cuando interrumpen la programación para dar paso a los comerciales. Está pensando qué hacer, delimitar hasta qué punto es real el peligro que Pedro cree que se cierne sobre su familia. ¿Realmente es posible que los tipos que empleaban a Pedro en México crucen el océano para acabar con ellos? ¿No es demasiado riesgo, demasiado esfuerzo, seguirles hasta Europa? No es su territorio, podrían dejar demasiadas pistas. Si no se regresan dentro de unas semanas, Olga habrá perdido el curso y deberán ponerse a buscar una escuela española para el que viene. Aunque en septiembre ya se les habrá acabado el dinero que han traído y tendrán que ingeniárselas para sacar lo que queda en sus cuentas de Banamex.

Pero el asunto principal no es ese, para qué engañarse. Su decisión trata de si ella quiere o no seguir casada con Pedro. Su marido le ha estado mintiendo mucho tiempo acerca de su trabajo para Correa. Le ocultó la madriza que le dieron para probar su fidelidad y ella creyó durante meses el cuento del accidente. ¿Cómo pudo seguir adelante después de eso? Ahí a Itzel le entra parte de culpa, por supuesto que ella deseaba mudarse a una casa mejor, pero no a cualquier precio, no al que estuvo dispuesto a pagar su marido. Maldita sea, Pedro se había convertido en un traficante de mujeres. ¿Y si las muchachas de Chiapas no hubieran estado tan chavitas? ¿Las habría entregado a sus captores tan tranquilamente y luego habría llegado a la casa con regalos para Olga y la propuesta de ir a cenar a los biscuits de Obregón?

¿En qué momento Itzel dejó de conocer al hombre con quien llevaba durmiendo tantos años? ¿O es que realmente nunca le llegó a conocer del todo?

Una empresa de seguridad, otra de transportes por carretera, seis hoteles, cuatro hostales, ocho restaurantes, dos bares, cinco tiendas. Pedro se ha apuntado a todas las bolsas de trabajo posibles en Internet, ha pateado las calles en busca de un cartel en el que se demande un camarero, un dependiente, un recepcionista. Ha mandado currículum a las direcciones de correo electrónico que aparecen en las páginas web de todos los hoteles de Madrid. Algunos le contestan automáticamente diciendo que meten el currículum en su base de datos; otros no contestan; tres lo citan para una entrevista que siempre termina con la misma frase:

—Ya le llamaremos.

Pero no llaman, y Pedro juega contra el tiempo.

Violeta y Carlos ven a Éder por primera vez en persona cuando este abandona el edificio con paso decidido. No tiene nada que ver con el retrato robot del Vergasanta que ha distribuido la Policía de Murcia; más bien piensan lo mismo que pensó Pedro cuando lo conoció en el DF: «Parece una comadreja». Solo sale para hacer la compra, se limita a tomar un café mientras lee el periódico y vuelve a casa. Le han sacado un montón de fotos, han cogido sus huellas dactilares de la taza de café que toma cada mañana: no está fichado. Pero lo siguen vigilando, por si acaso.

Los policías se bajan del coche para seguirle a una distancia prudencial. El sospechoso se dirige hacia la boca de metro más cercana, con el nostálgico nombre de La Peseta, y entra. Hay bastante gente, que reduce el riesgo de ser descubierto. Una vez en el andén, Carlos y Violeta se colocan uno a cada lado de Éder, que se acaba de poner unos cascos para escuchar música. Cuando llega el tren, el sospechoso tiene bloqueados sus dos frentes de huida, aunque no se lo huele. 47 minutos después llegan a la estación de Callao, a solo unos metros de la comisaría de Leganitos, donde trabajan Carlos y Violeta.

—Qué pereza tener que volver luego a por el coche —comenta Carlos.

Éder recorre el tramo de Gran Vía que va hasta la calle San Bernardo sin prisa, deteniéndose en los escaparates quizás para interesarse por las ofertas, quizás para detectar algún reflejo delator aunque Violeta y Carlos están bien entrenados para que eso no suceda. A Violeta le encantaba la Gran Vía cuando era niña, le gustaba sobre todo los sábados por la mañana en que su padre la llevaba a Los Sótanos, una enorme superficie comercial construida bajo tierra entre 1944 y 1949, que ocupaba toda la manzana que va desde San Bernardo hasta Isabel La Católica. Recuerda una gran escalera de mármol y una tienda de bromas en cuyo escaparate exhibían unas cartulinas con las descripciones de los artículos de coña que se podían comprar en su interior. Cacas de plástico, perillas para mover platos a distancia, dispositivos para dar un electrificado apretón de manos, todo para pasarlo bomba, presidido por una caricatura de Fu-Manchú con el nombre debidamente modificado a Mishan-fú para evitar problemas de derechos con Sax Rohmer. También estuvo allí la primera tienda de Madrid Cómics y Discoplay, donde su padre la dejaba viendo vinilos mientras él se tomaba una menta poleo en la cafetería rodeada de columnas que constituía el centro neurálgico del emporio. En Los Sótanos compró Violeta su primer disco y supo que los cómics no tenían que ser siempre de superhéroes ni de personajes de Disney.

Ahora esperan a que se ponga en verde el semáforo que hay cerca de donde un día estuvo el acceso principal al conjunto (había otra entrada pegada al teatro Lope de Vega, con una entreplanta ahora ocupada por 40 principales Café) y que hace años lo es del hotel Emperador. Violeta se pregunta qué quedará de todo aquello, a buen seguro el complejo hostelero ha ocupado y destruido parte de la galería pero seguro que algo sobrevive: un expositor de discos, una caja con tebeos que no se devolvieron, una broma de Mishan-fú que nunca hizo reír a nadie.

Éder baja la Gran Vía con las manos en los bolsillos y Violeta piensa en qué momento Madrid se convirtió en la materia prima con la que hacer negocios urbanísticos a base de reformas innecesarias hasta llegar a lo que es hoy, una ciudad diseñada para deslumbrar a los provincianos que se acercan hasta ella con un *pack* superdiversión: «Hotel + entradas para *Hoy no me puedo levantar, el musical.*»

Llegan hasta la plaza de España. La Torre de Madrid vuelve a tener luces en sus ventanas, ha resucitado, mientras que la enorme mole del Edificio España se erige oscura, sucia y vacía ante ellos. Es cuestión de tiempo que se llene de pintadas y okupas como ha ocurrido en el vecino edificio de la Telefónica, el virus de los rascacielos de Sao Paulo esperando para atacar a una plaza con histórica tendencia autodestructiva, en el corazón de una ciudad que se odia a sí misma.

Éder atraviesa la plaza hasta llegar al parque del Oeste, que a esas horas ya está invadido por adolescentes y jóvenes ejerciendo su sagrado derecho a emborracharse, orinar y vomitar en espacios públicos, preferiblemente céntricos y próximos a lugares emblemáticos, reducidos así a forillos que enmarcan una juerga insaciable sin música

ni baños, capaces de verter cada amanecer en sus aceras, parques y jardines toneladas de basura, botellas rotas y bolsas de color verde compradas en tiendas de chinos a las que la Policía municipal tolera vender a cualquier hora alcohol a menores mientras vigila con celo los horarios de cierre, salidas de incendios y nivel de ruidos de bares con aseos y DJ's que pagan religiosamente sus impuestos y que nunca podrán redimirse de su pecado original.

A Éder se le van los ojos detrás de las chicas que, vestidas y maquilladas como si estuvieran de fiesta en la mejor discoteca de la ciudad, tiritan de frío sentadas en los bancos mientras beben cubatas en vasos de plástico. Baja la cuesta que lo separa del quiosco de música y se sienta en un banco.

—No se irá a poner a hacer botellón —pregunta Carlos.

—Parece que está esperando a alguien.

Un chino con un carrito de la compra se acerca hasta Violeta y Carlos.

—Cubata, cubata bueno, 3 euros. ¿Tú quieres? ¿Tú quieres?

—¿Tienes ron? —se interesa Violeta por el género a la venta.

—Negrita, Bacardí, Brugal.

—Brugal con Coca-Cola.

—Brugal, 4 euros.

—Vale, vale. Y tú, Carlos..., ¿qué quieres?

—Nada.

—Pídetes algo, para no llamar la atención.

—Una Fanta naranja.

El chino saca los ingredientes para la bebida de Violeta que mezcla con desigual fortuna sobre una considerable cantidad de hielo. Luego saca una lata de Fanta y se la da a Carlos.

—¿Tú no vodka?

—No, gracias...

—Seis euros.

Violeta invita y se sientan en un banco, de frente a Éder, que consulta de vez en cuando su móvil, se levanta, da una pequeña vuelta y se sienta de nuevo.

—Cuéntame algo. Que parezca natural —exige Violeta.

Que alguien pida que se le cuente algo provoca de inmediato un agujero negro en la memoria. Carlos tira de una pregunta que solía hacer en las primeras citas.

—¿Cuál es la frase más absurda que te ha dicho un chico para ligar?

—Tengo un grano en el pene, ¿quieres verlo?

Carlos suelta una sonora carcajada que dispersa las posibles sospechas de que los dos policías puedan ser dos padres preocupados por lo que hacen sus hijos con la paga semanal.

—¿Y tú? ¿Qué es lo más absurdo que has hecho para ligar con una chica? —contraataca Violeta.

—Entrar a la Policía.

—No jodas.

—Bene, se llamaba. Era la prima de una amiga. Cuando la conocí, estaba preparándose para las pruebas físicas y empecé a entrenar con ella a ver si caía.

—¿Y?

—No cayó pero yo ya me había puesto cachas, así que me puse a estudiar el temario y... justicia divina. Yo aprobé y ella suspendió.

Violeta vuelve a reír. Se beben el cubata y la Fanta naranja sin que Éder se mueva del banco.

—¿Crees que el chino nos hará unos cócteles polinesios?

—Pregúntale, yo voy a mear.

Carlos se levanta y busca un hueco entre los arbustos elegidos por los botelloneros como servicio público. Odia orinar en la calle, sobre todo odia mojarse la punta de los zapatos con el pis. Mientras micciona con la mirada perdida ve atravesar el bosque de universitarios sin futuro a un latino de casi dos metros de altura y fuerte musculatura parcialmente oculta por un patente exceso de grasa. Lleva las manos en los bolsillos del pantalón y va muy poco abrigado para la temperatura que disfrutan esa noche. Una simple camiseta de manga corta oculta un torso lleno de enormes tatuajes. Carlos adivina la forma de una pistola en su bolsillo trasero.

No es el Vergasanta pero tampoco tiene pinta de venir a emborracharse con los colegas.

Carlos se sube la bragueta y vuelve junto a Violeta sin perder de vista al recién llegado que, en efecto, se acerca hasta Éder y se sienta a su lado.

—A ver si llega el Vergasanta y se hacen un trío.

Violeta sonrío ante el comentario de Carlos, aunque este ni se imagina por qué. Éder habla con el latino caluroso, discuten, siguen hablando y, al rato, se levantan y se alejan juntos del quiosco de música. Violeta y Carlos les siguen, se abren paso entre la juventud pachanguera y espontánea, se meten por una carreterita donde hay algunos coches aparcados, parece que se dirigen al paseo de Camoens.

La marcha de los perseguidos es interrumpida un par de metros más adelante por una adolescente de dieciséis años o menos que sale de entre dos vehículos muy divertida y alborotada.

—¡¡¡No paséis, que mi amiga está meando!!!

Violeta y Carlos ralentizan el paso. El tatuado mira con desprecio a la muchacha y sigue su camino. Pero la chica está decidida a hacer que se detengan y se planta ante ellos con los brazos en cruz.

—¿Estáis sordos o qué? ¡Que está mi amiga meando, que no podéis pasar, que no quiere que la vean!

El acompañante de Éder, sin mirarla, le arrea a la joven consumidora de Jägermeister con Redbull una hostia en la cara que la tira al suelo. Su segunda mejor amiga se levanta de entre los coches con las bragas por las rodillas. Ve a la protectora de su intimidad tirada en el suelo.

—Pero tío..., ¿de qué vas? —exclama la muchacha incontinente.

Nunca se debe preguntar de qué va a un tatuado con más peso que frío. Solo se consigue que saque su arma y la plante lo más cerca posible de la cara del imprudente. El susto congela los músculos de la boca de la chica impidiéndole gritar, al tiempo que sus esfínteres se relajan y expulsan el líquido que quedaba en su siempre demasiado pequeña vejiga. El hombre en camiseta agarra a Éder del brazo para acelerar el paso mientras se guarda de nuevo el arma en el bolsillo trasero de los vaqueros. Violeta acierta a adivinar que se trata de una Star de 6.35 mm, el equivalente en pistola al libro de bolsillo. Un estudiante de segundo de Derecho que estaba intentando abrir con unas llaves una bolsa de hielo, comprada en la gasolinera más cercana, demuestra que no está todavía tan borracho como quisiera porque se da cuenta de lo que ocurre. Y él sí, grita.

—¡Ese tío tiene un arma!

Los malos aceleran el paso y Violeta decide que es el momento de intervenir.

—Tú por la izquierda y yo por la derecha. No saques el arma ni les des el alto hasta que estemos en un sitio con menos gente —ordena la oficial de Policía.

—Mejor vacío, ¿no?

Los policías se sitúan discretamente a ambos lados de la pareja de delincuentes dejando atrás a la joven golpeada, que comprueba cómo la sangre que sale a borbotones de su nariz ha echado a perder su blusa recién comprada en Pimpkie, mientras su segunda mejor amiga ha retornado la ropa interior a su sitio e intenta sin éxito desbloquear el Samsung Galaxy II que acaba de comprar con puntos Movistar.

Éder y su acompañante cambian de ruta, saltan unos arbustos y bajan una de las docenas de empinadas cuestas que tiene este parque tan bonito como incómodo para pasear. El césped, o lo que queda de él, está lleno de pequeños grupos de niños intentando que las bebidas espirituosas les hagan crecer de repente. Violeta y Carlos logran que sus perseguidos no se den cuenta de su presencia, hasta que a un futuro licenciado en Derecho y Empresariales por el CEU le parece muy útil para su integración en el grupo de compañeros estirar su pierna hasta colocarla en el camino del tipo al que estaba esperando Éder, quien tropieza con ella y rueda por el suelo. Entonces se le cae del bolsillo la pistola, que queda a un metro escaso de una pareja que frota sus entrepiernas con singular dedicación. La muchacha ve la Star de 6.35 mm y le pega un empujón a su amante pasajero, que cree confirmar así el insistente rumor de que su compañera de juegos es una calentapollas. Esta grita.

—¡Una pistola!

Los presentes se apresuran a sacar sus móviles para grabar lo que está a punto de ocurrir. El tatuado se incorpora y Violeta decide que no pueden esperar más.

—¡Alto, Policía!

Éder intenta escapar cuesta abajo pero Violeta saca su arma reglamentaria y le apunta.

—¡Quieto! ¡Y de rodillas!

Éder obedece. Violeta avanza hacia él apuntándole. Carlos hace lo propio con el otro malote.

—¡Las manos, donde pueda verlas! —grita Carlos.

Violeta esposa a Éder a la pata de un banco mientras pide refuerzos y ambulancias a la central. A Carlos apenas lo separa un metro del violento desarmado por una zancadilla cuando este lanza temerariamente sus ciento cuarenta kilos de músculos y grasa contra los setenta que conforman el cuerpo del Policía, en la confianza de que este no va a reaccionar a tiempo. El agente ve a la mole abalanzarse contra él y lo siguiente que siente es que está aprisionado contra el césped húmedo. Forcejea con su rival, que le aprieta la muñeca muy fuerte hasta que consigue hacerle soltar el arma reglamentaria. Éder ya está esposado unos metros más allá boca abajo en el suelo, y Violeta apunta al agresor de Carlos, pero no puede dispararle sin riesgo de herir a su compañero.

—Suéltalo.

El agresivo pistolero se incorpora y hace incorporarse a Carlos. Lo está estrangulando con su brazo mientras le apunta a la cabeza con su defensa.

—Tira el arma o lo mato —dice el posible verdugo del policía.

—Tranquilo, tranquilo...

La pistola que se le cayó al tipo del bolsillo cuando le pusieron la zancadilla sigue tirada en el césped seis metros más arriba. Violeta intenta ganar un poco de tiempo hablando con la mole en camiseta mientras se acerca con disimulo hacia la Star 6.35 mm.

—Voy a dejar la pistola en el suelo, ¿ok? Pero no le hagas nada —le pide Violeta.

—¡Sin trampas o lo mato!

—Tranquilo, tranquilo. Yo la dejo en el suelo, pero al mismo tiempo que tú lo sueltas a él.

Tres metros separan a la oficial de Policía de la pistola de bolsillo. Carlos ya apenas puede respirar, su cuello comienza a ponerse morado.

—¡Que lo mato, que lo mato!

Violeta se agacha lentamente. Deja despacio su pistola en el suelo. Abre los brazos mientras su visión periférica ubica con precisión la 6.35 mm.

—Ya está... ¿Ves? Ahora suéltale a él.

Al tatuado debe de importarle muy poco la suerte que corra Éder porque se desentiende de él por completo. Da unos pasos cuesta abajo antes de soltar a Carlos y salir corriendo, momento en que Violeta se abalanza sobre el arma que ha precipitado la intervención y dispara a las piernas del agresor, quien se parapeta a medias detrás de un árbol. Se inicia un tiroteo con una bala perdida disparada por el rival de los policías que le revienta la cabeza a un mozalbete que, hace apenas veinte minutos, cuando fue a comprar algo para comer, jamás pensó que su cerebro acabaría mezclado con las patatas fritas con sabor a jamón serrano y los ganchitos.

Comienzan a escucharse sirenas de Policía a lo lejos.

Carlos recupera poco a poco la respiración. Violeta cree que ha acertado al malo, y que por eso no puede correr, y se esconde detrás de unas piedras, sabe que no debe disparar con tantas personas presentes. Pero pasa lo que los dos policías más temen.

El animal herido vacía su cargador a lo loco.

La primera bala alcanza a un socio del Atlético de Madrid que esa tarde celebró por última vez la victoria de su equipo frente al Valencia F. C.

La segunda castra para siempre al ligue de la menor que vio al tatuado perder su arma, provocándole a ella un bloqueo sexual que años de terapia serán incapaces de resolver.

La tercera atraviesa el corazón del chino que vende los cubatas con un carrito de la compra.

La cuarta y última le arranca la oreja a Joseángel, un repartidor de Mercadona de lunes a sábado especializado en gastarse en una tarde lo que ha ganado durante la semana subiendo kilos de comida a pisos sin ascensor, mientras se autoconvence de que fue una buena decisión dejar la FP en 2006 para ponerse a ganar dinero como cualquier personita en la España de las Oportunidades.

El causante de la masacre, el futuro licenciado en Derecho y Empresariales por el CEU, que le puso la zancadilla a un desconocido demasiado grande, sale ileso.

Violeta tiene durante una milésima de segundo a tiro al cabrón, apunta y le dispara arrancándole parte de la cara, lo que dificultará bastante su posterior identificación, pero acaba con esta pesadilla.

La zona se ilumina con la luz de las sirenas de ambulancias y coches patrulla.

Las docenas de periodistas aficionados que han grabado la intervención están deseando subir el vídeo a YouTube y así tener mayor número de visitas que sus compañeros de clase.

Los que no tienen inquietudes relacionadas con las Ciencias de la Comunicación temen que la Policía les haga ir a comisaría y hayan de dar explicaciones extras a sus padres.

La mayoría están jodidos porque el tiroteo les ha bajado el pedo y van a tener que empezar otra vez desde cero.

Pedro e Itzel hablan de temas banales, como si fueran un matrimonio normal que ha decidido de mutuo acuerdo, tras estudiar todos los pros y todos los contras, volverse a España una temporada para compensar los años pasados en México. Como si cada noche, después de cenar y acostar a su hija, prepararan y metieran dentro de un recipiente de plástico la comida que ambos van a calentar al día siguiente en los respectivos microondas de sus oficinas mientras critican las decisiones de su jefe y elucubran acerca de la forma correcta de dirigir la empresa. Como si su hija estuviera en un colegio con amigas con las que divertirse y profesores que la torturen con los elementos de la tabla periódica. Como si llegaran más o menos al hogar a la vez al

caer la tarde y se contarán sus respectivas jornadas. Como si hubiera siempre un plan para cada sábado. Como si todos los días fueran el mismo. Como si volvieran a ser los que eran antes de que se hartaran de su vida rutinaria e incompatible y tomaran el camino a ninguna parte que les ha traído hasta este simulacro de taquería de la calle Fuentes en el que Itzel está comiendo, con gusto por primera vez desde que aterrizaron precipitadamente en España, una cochinita pibil.

—No quiero seguir contigo.

Las palabras que Pedro lleva temiendo escuchar desde que tomaron el avión acaban de ser pronunciadas.

—Me regreso a México, con mi mamá, a la casa de Tlanepantla. Y, obvio, me llevo a Olga.

—No puedes hacer eso, es demasiado peligroso.

—No voy a vivir en España ni voy a seguir casada contigo por eso.

—Vamos a ver, Itzel, vamos a ver...

—Mira... No puedo seguir durmiendo a tu lado después de saber que hiciste todo lo que hiciste...

—¡Por vosotras!

—¡Nosotras nunca te reclamamos nada! ¡Nunca quisimos que te convirtieras en cómplice de unos padrotes para conseguir una casa! ¡Eso lo decidiste tú, lo ejecutaste tú a nuestras espaldas! Yo nada más pensaba que estabas llevando marranos a un *teibol*... ¡Nada más!

—Itzel, no podéis regresar al DF.

—No pasa nada.

—¡Claro que puede pasar!

—¡Si ahorita mismo hay algún peligro para nosotras, es estar cerca de ti!

Pedro se ve a sí mismo intentando dormir tumbado en una hamaca en mitad de la jungla, rodeado de animales peligrosos y en la más completa oscuridad.

—Hablé al consulado y podemos hacer los trámites a distancia. No tengo que volver a verte nunca más. Tampoco te voy a reclamar dinero, no te preocupes.

—Vamos a hablarlo, vamos a...

—Nos vamos el domingo. La niña ya lo sabe. No que nos separamos. Sino que nos regresamos al DF. Tú sabrás lo que le dices a tu mamá.

La hamaca se desata y Pedro cae al río, donde la corriente lo lleva selva adentro mientras es atacado por todas las criaturas venenosas de la región.

—Cuando consideres que ya no te persiguen, me hablas y arreglamos cómo le hacemos para que veas a tu hija.

Olga ya nunca tendrá un hermano.

A Ferrero se le han enrojecido las cicatrices que adornan su cara desde que a los seis años pasó la viruela con la medicación justa para no morir. Violeta sabe que

eso significa que está cabreado.

—Cinco inocentes muertos, cinco.

—Habrían sido bastantes más si ese cabrón hubiera seguido vivo más tiempo. Deberían darnos una medalla, ahora sí —ironiza Violeta aunque, en cuanto lo dice, piensa que quizás no sea el momento más adecuado.

—La línea que separa el reconocimiento de la suspensión de empleo y sueldo es muy delgada. Esta vez no os libráis del proceso judicial ni, por supuesto, del Régimen Disciplinario.

—Espero acabar con esto antes de que reaccionen.

—Lo mismo no te da tiempo.

—No voy a dejar este caso en manos de otro agente —contesta firme y tajante Violeta.

—Puede que no te quede otro remedio.

—Entonces seguiré investigando por mi cuenta.

—Violeta, no me lo pongas más difícil.

Un tenso silencio se instala entre los dos. Esta vez Violeta gana la partida y es Ferrero quien retira antes la mirada.

—Daos toda la prisa que podáis.

Ferrero le hace un gesto para indicarle que se puede retirar y Violeta sale del despacho. Se encuentra con los agentes Matías y Poveda, que se preocupan por su salud y desean que todo salga bien.

—Mi mujer quiere invitarte a una barbacoa, que todavía no conocéis la casa nueva —dice, cortés, Matías.

—Sí, claro... Un domingo me paso y nos vemos.

—¿Qué tal te viene dentro de dos semanas?

—Hablamos, ¿vale? Y dale un beso.

No hay ninguna posibilidad de que Violeta se traslade un domingo a Parla para participar en una barbacoa.

Violeta y Carlos interrogan a Éder ante su abogado, ahora no ha servido el truquito «¿Quieres un cigarro mientras esperas?».

—¿Conoces a un rumano al que llaman el Vergasanta? —pregunta Violeta en tono neutro.

—No.

—¿Quién era el hombre con el que te reuniste en el parque? —se interesa Carlos.

—Un amigo.

—¿Su mote era Cristina?

Lo último que esperaba Éder era escuchar ese nombre en boca de la Policía española. Hace una eternidad que no sabe nada de él, ni falta que le hace.

—¿Cristina? —Éder hace suyo el estupor que provoca el mote para disimular su

mentira—. No, ni idea.

—¿De qué conocías al tipo con el que estabas en el parque del Oeste?

El abogado interviene:

—No tienen nada contra mi cliente. No portaba arma alguna en el momento de los hechos; no realizó, por tanto, ninguno de los disparos y tiene regularizada su situación en el país.

—Pero iba con un tipo que mató a cinco personas —aclara Violeta.

—Mire, era la primera vez que veía a ese wey —contesta Éder quitándole la palabra a su representante legal.

—¿Y para qué quedaste con él? —dispara Violeta.

Éder mira a un lado y respira hondo.

—Era mi *dealer*, ¿ok?

El abogado se revuelve, no quiere que su cliente hable de más y así se lo hace saber.

—No tienes por qué dar explicaciones.

Éder reafirma su coartada.

—Era un *dealer*. Me la iba a pasar de juerga hasta el lunes y necesitaba coca. Yo no sabía que iba armado ni que le gustaba disparar.

—Mi cliente no llevaba encima ni un gramo de estupefacientes y, en todo caso, hubiera sido para consumo propio, con lo que no infringe ninguna ley.

—¿Por qué te enfadaste con él antes de levantaros del banco?

—Porque no llevaba la droga con él y me pidió que lo acompañara hasta su coche.

—No pueden retenerle por lo que hizo un camello al que acababa de conocer —insiste el abogado.

—¿Cómo contactaste con él? —vuelve a la carga Violeta.

—Me dieron su teléfono —contesta Éder, que quiere rascarse los testículos pero no puede porque está esposado.

—¿Quién? —insiste la policía.

—Un wey en una fiesta.

Violeta siente que empiezan a ganarles la partida. Saca una foto de María y se la muestra.

—A ella..., ¿la conoces?

Por primera vez, Éder duda un momento antes de contestar y Violeta se da cuenta.

—No.

—La conoce.

—¿Estás segura?

—Sí. Y eso lo mete de lleno en el caso. Puede haberla visto con el Vergasanta. O en el burdel. Vamos a pasarle su foto a la *madame* y a todas las chicas. A ver si

alguna de ellas lo identifica.

—¿No te dijo Ferrero cuánto tiempo podríamos pasarnos fuera del cuerpo?

—Si metemos pronto al Vergasanta en prisión, nada de nada.

Carlos se pide su tercer Free Vanuatu de la noche mientras que Violeta solo va por el primero.

—Hoy me estás ganando con los cócteles.

—¿Algún problema?

—No, pero nunca has tenido espíritu competitivo.

Carlos casi se atraganta con los kikos y se tiene que beber medio Free Vanuatu. Violeta interpreta que una gran revelación está a punto de tener lugar.

—Anoche tuve una bronca con Yolanda. Una gran bronca.

—¿Por qué?

—Da igual.

—No, no da igual. Dime.

—Llegué a casa y había vaciado los armarios de la cocina. Había esparcido cosas por todos lados.

—¿Por...?

—Decía que estaba poniendo orden.

—Eso nunca está de más.

—¡No estaba poniendo orden, Violeta! Lo había dejado todo por en medio y estaba con el Facebook.

—Lo mismo pensaba ordenarlo luego.

—No lo pensaba ordenar nunca, lo hace para vengarse, porque hace un par de noches me enfadé con ella. Habían traído al mediodía la compra del súper y no la había metido en la nevera y los congelados se habían echado a perder. Anoche me tiré hasta la una volviendo a guardar otra vez en los armarios todo lo que había sacado. Bueno, todo no. Tuve que tirar un montón de cosas que habían caducado.

—Eso me pasa a mí todo el tiempo.

—¿Sí? ¿Tú de repente tienes que tirar veinte bolsas de harina de trigo persa que compraste en el herbolario porque ibas a cocinar un pastel que nunca cocinaste y entonces todo te caduca y, en vez de tirarlo, bajas de nuevo al herbolario y compras más y lo dejas pudrirse otra vez en la despensa y así una vez y otra y otra...?

—Es una gilipollas. Todo se resume en eso, Carlos.

Carlos se acaba el cóctel y aprovecha que ahora le toca a él cambiar de tema.

—¿Por qué tienes tanta mano con Ferrero?

—No tengo tanta mano. Le razono las cosas y él las entiende.

—¿Estáis liados?

No es la primera vez que Violeta escucha esto y sonrío.

—No, no estamos liados.

—Pero lo estuvisteis.

—No.

—Hace años. Cuando acababas de aterrizar en la comisaría.

—Nunca he estado liada con Ferrero, ¿ok?

Violeta no puede apartar la vista de una pareja que acaba de llegar y se está metiendo mano en la penumbra del sofá que tienen apenas tres metros delante de ellos. Él debe andar por los treinta años y ella no cumple los sesenta, aunque lo mira con la lujuria de una adolescente en su primera masturbación. Carlos se da cuenta, agarra la barbilla de Violeta y la obliga a mirarle a él.

—No seas tan descarada. Seguro que vienen a este sitio para que nadie les mire.

Violeta sonrío y se mete en la boca cuatro galletitas saladas.

—Perdón.

Carlos le devuelve la sonrisa.

—No, si a mí también me cuesta retirar la vista.

—Es lo bueno de estos sitios a los que no viene nadie. Que los habituales somos muy característicos.

—¿Qué te traes tú con el inspector jefe?

No. Por mucho alcohol que lleve en el cuerpo y por mucho que le insista Carlos, Violeta nunca le dirá la verdad de la relación que mantiene con Ferrero. No le dirá que cuando ella solo era una novata a la que todo el mundo miraba por encima del hombro y Ferrero le encargaba los trabajos burocráticos que nadie quería hacer, una noche se quedó hasta muy tarde en la comisaría y escuchó gritos provenientes del piso de arriba. Subió pistola en mano; en parte, porque creía que ayudar era su deber; en parte, porque esperaba encontrar una oportunidad con la que reivindicarse a sí misma y a su maltratado ego. Pero lo que se encontró fue a Ferrero y a otro policía, al que todos llamaban El Negro, sujetando a un aterrorizado ciudadano por las piernas, cabeza abajo y con el cuerpo colgando cien metros por encima del suelo del patio interior a cuyo alrededor se ordenan las diferentes estancias policiales. Violeta llegó justo a tiempo de ver cómo el cuerpo caía y su cabeza se estampaba contra el cemento que, en segundos, se inundó de sangre. También llegó a tiempo de que Ferrero y El Negro la encontraran paralizada con la pistola en la mano y pensando que debería haberse ido a su casa al acabar el turno.

Pero allí estaba Violeta, muy joven aún, en el lugar inadecuado, en el momento inoportuno, con sus neuronas funcionando a mil por hora. Podía salir corriendo, denunciar el hecho y arriesgarse a ser tan odiada por los compañeros, que aún no sabían ni siquiera su nombre, que probablemente tuviera que pedir un traslado.

O podría ganarse para siempre la complicidad de su jefe y su secuaz diciendo lo que les dijo cuando fueron hacia ella, procurando perder el mínimo tiempo posible con la novata porque tenían que deshacerse del cadáver del detenido y limpiar sus restos.

—Yo os ayudo.

Carlos habla con la Policía murciana y les pasa una fotografía de Éder para que se la enseñen a los implicados en el caso que están detenidos allí. La *madame* se encuentra en prisión preventiva por corrupción de menores. Si fuera cualquier otro delito, estaría en la calle en espera de juicio, pero ante este, la presunción de inocencia es relativa. Las prostitutas se encuentran ingresadas en el Centro de Internamiento de Extranjeros de Murcia, listas para ser deportadas, aunque las autoridades locales prometen enseñarles la foto de Éder antes de que sean devueltas por la fuerza a su país de origen o a otro que pille más o menos cerca. La buena noticia es que la colombiana con la que intimó Carlos ha sido trasladada al CIE de Aluche.

Su auténtico nombre es Sandra, no Roxana.

Los CIE son la prueba de lo falsas que son las democracias europeas. Personas que supuestamente han cometido un delito administrativo son encerradas sin juicio a la espera de ser devueltas a la miseria de la que quisieron escapar.

Carlos y Violeta atraviesan la puerta principal de un edificio que parece inspirado en el decorado de una teleserie española, lleno de colorines y formas redondeadas que resalta aún más su arbitraria labor. Hay una larga cola de ciudadanos andinos, magrebíes y subsaharianos esperando para solicitar una carta de invitación que permita a sus familiares venir a visitarlos. La pareja de policías sigue al funcionario que les conduce hasta el despacho en el que les espera Sandra. Se cruzan con dos mujeres brasileñas y esposadas que caminan delante de un agente que les saluda rutinariamente con la cabeza. Carlos se pregunta hasta cuándo las autoridades españolas van a seguir actuando así, con los mismos métodos que manejaban cuando España tenía la ilusión de ser un país próspero, tratando a personas que lo han dejado todo atrás como si fueran delincuentes, ahora que muchos españolitos emigran a los países natales de esos mismos hombres y mujeres que buscaron un futuro mejor y se encontraron con la provinciana soberbia del nuevo rico.

Sandra se sorprende de ver a los dos policías, pero no demasiado. Intenta dirigirse en todo momento a Carlos, intuye que puede sacar más de él que de Violeta.

—Usted me dijo que si le contaba lo de los Úbeda, no me iban a deportar y míreme. Con un pie en Medellín y otro en esta cárcel. Eso me pasa por creerle a un puto tombo. ¿Qué carajos quiere?

Carlos le enseña a Sandra la foto de Éder.

—¿Le conoces?

—Claro.

—¿Quién es?

—¿Qué me gano si le digo...?

—Ayudar a esclarecer la muerte de la hermanita de María.

—A mí eso no me sirve *pa'* una puta mierda.

Unos segundos de silencio son suficientes para que Violeta desista de su intención inicial de permitir que Carlos fuera, en esta ocasión, el poli bueno y el poli malo a la vez.

—¿Qué quieres a cambio de tu información?

—Lo que su compañero me prometió en El Lago Azul.

Sandra sostiene la mirada a la oficial de Policía con la seguridad de quien no tiene ya nada que perder. Esta se la aguanta mientras intenta determinar qué rasgos de una mujer bella dejan de serlo tras años de prostituirse. Saca su móvil y llama directamente a Ferrero.

—Tengo a una persona relacionada con los sucesos de El Lago Azul, internada en el CIE de Aluche... Nos puede facilitar datos importantes sobre el principal superviviente en el tiroteo del parque del Oeste... Ya sabe lo que le estoy pidiendo. Ok, perfecto. Gracias.

Violeta cuelga y gana en ese momento muchos puntos en la estima de Sandra.

—Esta noche duermes en tu casa. Ahora dinos, ¿a qué se dedica este cabrón?

Sandra duda si creerla o no. Si lo hace, tiene al menos algo que ganar, así que empieza a largar.

—Es..., o era, la mano derecha del Vergasanta.

—Pero ninguno de los que trabajaban en el burdel lo conocía —apunta Carlos mientras sigue sospechando que en la relación entre Violeta y Ferrero hay mucho más de lo que ella quiere contarle.

—Porque nunca iba por allá —contesta, entre incrédula y esperanzada, Sandra.

—¿Y tú de qué lo conoces? —sigue Carlos, contento de que la intervención de su jefa se haya limitado al aspecto más práctico de la cuestión.

—El Lago Azul no era más que la pieza menos importante del tinglado. Todas las chicas intentábamos salir de allí cuanto antes, que nos llevaran a trabajar en otros sitios donde una ganara más plata.

—¿A otros burdeles?

Sandra hace una pausa y se coloca el tirante del sujetador. Carlos la mira y ella se da cuenta.

—Fiestas privadas. Ya saben, muchas viejas culiando con pocos hombres. Este mexicano era el que le llevaba toda la logística a Vergasanta. Su hombre de confianza. El único con acceso a su agenda. El que controlaba sus contactos, el que nos pagaba...

—¿Hablaste con él?

—Lo indispensable. Cuanto menos contacto tuvieras con el entorno de Vergasanta, mejor.

—¿Y el tipo al que llaman Cristina? —pregunta Violeta.

—Ese iba y venía.

—¿De dónde era? —inquieta Carlos.

—Rumano. Solo trataba con Éder y con el Vergasanta. Yo diría que iba por libre.

—¿Sabes algo más de él? —Violeta deja que Carlos haga esa pregunta aunque se huele que la chica no sabe nada más del matón con nombre de mujer y decide callarse durante un rato.

—Que era tan gonorra como el Vergasanta, pero más educado.

Carlos pega la espalda a la silla y continúa con el interrogatorio.

—Esas fiestas, ¿dónde eran?

—En casas individuales, en la costa, en Madrid... Depende.

—¿Pero había alguna a la que fueran más seguido?

—Déjame pensar... Una, sí. En San Sebastián de los Reyes, cerca de Madrid.

—¿Y te traían desde Murcia?

—Soy muy buena en lo que hago. Fue una lástima que no lo comprobaras.

Esta última frase se la dice a Carlos, pero Sandra mira a Violeta.

—¿Podrías decirnos exactamente dónde?

—Uf... Estaba detrás de un centro comercial muy grande... Diversia, o una mierda así.

—¿Quiénes eran los clientes?

—Manes.

—Ya, pero ¿alguna característica particular?

—Muy viciosos.

—¿Por qué? ¿Había menores en esas fiestas?

—No. La única menor que me he encontrado desde que llegué a España fue la que estaba en El Lago Azul la noche que nos conocimos.

Sandra se suelta el pelo y comienza a recogerse de nuevo en una coleta. Violeta empieza a aburrirse y saca la foto del cadáver del pistolero causante de la escabechina durante el botellón sabatino. Se la enseña.

—¿Y a este? ¿Le conoces?

Sandra mira detenidamente la foto.

—No es fácil identificar a un muerto con media cara vuelta mierda.

—Tómate tu tiempo.

—¿También le destrozaron las huellas?

—No está fichado.

—¿No tienen otra foto mejor?

—¿Puede ser Cristina?

—Puede —admite Sandra devolviéndole la foto.

Violeta se levanta.

—Muchas gracias, eso es todo. En breve vendrán por ti para liberarte.

Carlos imita a su jefa. Sandra clava su mirada en la entrepierna del policía.

—Si cuando salga de aquí, quiere volver a hablar conmigo, ya sabe —le dice a Carlos mientras sube la mirada hasta sus ojos—. Lo único que tiene que hacer es evitar que yo tenga sed.

Pedro e Itzel le han dicho a Olga que su papá se queda en España porque lo contrataron pero que ellas se regresan para que no pierda el curso. La pequeña se lo ha creído, con lo cual Pedro tiene el mejor de los regalos posibles en esta última etapa de su relación con Itzel. Que su hija lo trate con normalidad, que le dé tristeza separarse de él pero carezca de la desesperación provocada por no saber cuándo ni en qué condiciones van a volver a verse.

«No pasa nada». Para los mexicanos, nunca pasa nada. En los hechos más violentos y atroces, la víctima siempre tiene la culpa por no haberlos evitado. O por haberse metido en líos. O por no haberse quedado encerrado en su casa. Nada habría pasado si el cadáver o la violada o el asaltado hubieran sido prudentes. Nunca pasa nada porque siempre les pasa a los demás, aunque estos cada vez se encuentren más cerca. Los mexicanos no quieren ver películas o series sobre el tráfico de drogas, en la televisión no se puede decir la palabra «narco» fuera de los informativos y en estos, las noticias más alarmantes aparecen siempre mezcladas y, por tanto, diluidas con otras intrascendentes o directamente falsas. El hallazgo de una fosa común en mitad del desierto con cuarenta y cinco decapitados va precedida de la crónica sobre una epidemia de piojos en una escuelita y seguida por el hallazgo de un niño al que los objetos de metal se le pegan en el pecho. No, los mexicanos no quieren ver dónde viven porque no podrían estar allí. Hacen lo que sea para tener una buena venda en los ojos, a ser posible con los colores de la bandera. No quieren ver la realidad para poder así seguir siendo patriotas.

Ahora mismo, a Pedro le gustaría ser lo suficientemente mexicano como para poder pensar que Itzel seguirá queriéndole y a su lado.

Carlos y Violeta comprueban si alguno de los inmuebles comprados por socios de Frensa S. L., o por alguno de sus accionistas o testaferros, se encuentra cerca del centro comercial Diversia.

—Tienen uno en una calle que se llama como tú. —Le hace un guiño Carlos a Violeta.

—Pide una orden de registro. ¿Nadie ha reclamado el cadáver del supuesto *dealer* de Éder?

—No. La Interpol no lo tiene fichado ni los camellos del parque del Oeste lo conocen. Voy a comprobar los *posts* nuevos de la web de los amigos de los niños... A ver si encuentro algo que nos ilumine.

—Carlos...

—¿Qué?

—Todas esas barbaridades machistas que escribes en tu falso perfil..., no las piensas, ¿verdad?

Carlos se sorprende y ríe.

—Claro que no. ¿Qué pasa? ¿Te parecen demasiado creíbles?

—Con lo que me cuentas de Yolanda... Un poco.

—Tranquila, Violeta. Puedo estar harto de mi relación pero eso no me convierte en un machista violento.

—Me alegra oír eso.

Carlos va hacia su ordenador algo preocupado por si resulta que en la apreciación de su jefa hay algo de verdad.

Esa tarde, Violeta se pasa por el edificio de apartamentos en el que apareció ahorcada María. El inmueble todavía sigue precintado aunque la policía no duda de que para verano ya habrá otros inquilinos que pongan una lámpara nueva en el salón, ignorantes de que la anterior se cayó al descolgar el cadáver de la antigua inquilina.

Se trata de un apartamento en el tercer piso de un edificio que hace años albergó una fábrica de cerveza y que fue comprado por un constructor que solo conservó la fachada de ladrillo, sintiéndose luego con poder y conocimientos suficientes como para alterar el mediocre proyecto del arquitecto de turno, sacando tres viviendas de donde estaban proyectadas dos y eliminando cualquier barrera al sonido.

El resultado fue eficaz para vender o alquilar rápidamente los habitáculos pero terrible si uno odia escuchar por la mañana, en el calor de su cama, los pedos del vecino en la ducha.

—Vivir aquí es como estar de *camping*. Sabes cuándo se acuesta el de arriba, cuándo se ducha el de abajo, cuándo ronca el de al lado y cuándo follan todos.

—¿Conocía a María, la rumana que se suicidó?

—Sí. Del ascensor... Coincidíamos en la frutería o comprando algo para cenar en el jamonal de abajo. ¿Quiere pasar?

Violeta entra en la casa de uno de los vecinos que compartían planta y ruidos con María. El hombre aparenta poco más de cincuenta años, la recibe en pijama a las cuatro de la tarde, en un piso lleno de cedés, discos duros, uvehacheeses, deuedés, Blu rays e incluso algún láserdisc. El mueble que preside el salón está lleno de decodificadores y reproductores de todos los soportes. Una enorme televisión rodeada de altavoces preside la estancia en penumbra, a pesar de que debe de entrar bastante luz si se descorrieran las pesadas cortinas que cubren lo que Violeta deduce ha de ser un gran ventanal. Pero lo que más le llama la atención es que la cama está arrastrada hasta el medio del salón y colocada justo delante de la televisión. Tiene aspecto de no haber sido hecha en meses y está llena de cables, un portátil, un magnetoscopio, varios *minitetrabrick* de Cacaolat y restos de Donuts a medio engullir.

—Perdone el desorden pero estaba pasando películas que tenía grabadas en uvehacheese a deuedé, aunque no sé por qué pierdo el tiempo, acabaré volviendo a comprarlas todas... No sé ya ni las veces que me he comprado *El padrino* en su soporte definitivo. ¿A usted no le pasa?

—Intento acumular lo menos posible.

—Ya, ya, pero es que a mí me gusta tenerlo todo... ¿Ve ese mueble de allí?

Señala una estantería en forma de barca que hay junto a la cocina.

—Son los cien mejores títulos que se desarrollan en el mar. Desde *El pirata negro* a las tres entregas de *Piratas del Caribe*. La verdad es que no me gustan nada, Johnny Deep cada vez actúa peor, pero las películas estaban en una lista y no quería que me faltara ninguna. Bueno, dígame. Me estaba hablando de la vecina... Una chica muy guapa, al menos hasta que se suicidó... No sé cómo se pudo matar una mujer estando tan buena.

—Eso es lo que estamos averiguando. ¿Conoce a este hombre? —Violeta le tiende al coleccionista compulsivo la foto de Éder—. ¿Le vio alguna vez por aquí?

—Sí, claro. Era su novio. O follamigo, porque cada vez que venía yo tenía que dormir con tapones. Al principio me hacía gracia, vamos, que me ponía cachondo escuchar tanto gemido, pero después de un par de meses acabé hasta los cojones.

—¿Está seguro? ¿Este hombre era el novio de María?

—Sí, claro que sí.

O los compañeros que habían levantado el cadáver e inspeccionado el piso habían hecho muy mal su trabajo, o alguien se había encargado de que no quedara ni rastro de Éder en el piso de su novia.

—¿Sabe algo más de él? A qué se dedicaba o..., cómo se conocieron...

—No, solo que era mexicano. Una vez le pedí que cuando fuera a su país me trajera tres películas del Indio Fernández que me faltan, pero pasó.

—¿Iba y volvía mucho?

—¿A su país o al piso de la difunta?

—A México.

—No lo sé.

—¿Recuerda la última vez que lo vio... o escuchó por aquí?

En el transcurso de la conversación, el coleccionista no ha parado de levantarse y sentarse, hacer montoncitos con los devedés dispersos, cambiar de sitio unas cintas de uvehacheeses...

—Déjeme pensar...

Mientras piensa, aprovecha para sacar un devedé de su caja negra y meterlo en otra exactamente igual.

—Sí, sí... Ya me acuerdo. Fue el día que salió la cuarta temporada de *Breaking bad* en Blu ray. Me acuerdo porque la tenía reservada en la FNAC y me avisaron de que ya podía ir a buscarla.

Violeta le enseña la foto del pistolero sin rostro pero tampoco lo reconoce. Saca entonces el retrato robot del Vergasanta.

—¿Y a este? ¿Le suena de haberle visto por aquí?

El coleccionista lo mira y responde con contundencia.

—No, a este no. El único hombre que frecuentaba a la rumana era el mexicano.

Violeta decide entrar a inspeccionar el piso de María. Se incorpora y le da su

tarjeta al coleccionista.

—Cualquier cosa extraña que vea, o si escucha que hay alguien en el piso de María, por favor, llámeme.

—Claro que sí...

Violeta va hacia la puerta, dejando al anfitrión revolviendo en un cajón lleno de películas.

—Espere... ¿Quiere una copia de *Training day*? Es que me la he comprado dos veces sin darme cuenta.

—Eh..., sí. Muchas gracias.

El coleccionista se la da a Violeta con una sonrisa y la policía piensa que quizás para él esto es lo más cercano que ha estado de ligar en la última década.

—Le apunto mi teléfono en la caja... —Lo hace—. Para que me diga si le gusta. Es la primera gran película policíaca del siglo XXI.

—Claro, claro... Hasta luego.

Violeta se guarda la película en el bolso y sale del apartamento pensando que quizás una vida vivida a través de las películas sea mejor que una vida real. Aunque duda de que al vecino de María le interese de sus cintas algo más que acumularlas. Por suerte, ha agarrado las llaves del piso de la rumana antes de salir de comisaría.

El apartamento de la muerta tiene una estructura muy parecida a la de su vecino aunque, al no estar lleno de cosas, parece más grande. Violeta rebusca en los cajones, en los armarios, alguna prenda masculina, un cepillo de dientes, una fotografía, algo que denote el paso de un hombre por allí.

Pero no hay nada.

Carlos y Violeta, en el despacho de ella, siguen escribiendo nombres y uniéndolos con flechas en la pizarra Velleda que por fin les acaban de instalar.

—La autopsia no dejó ninguna duda de que nadie obligó a la rumana a ahorcarse. No había rastros de forcejeo ni de violencia... Nadie la obligó a ponerse la cuerda al cuello ni a subirse a la silla. Tampoco había restos en su organismo de ningún tipo de droga... —resume Carlos intentando prolongar al máximo la jornada laboral para no tener que ir a su casa y enfrentarse al morro torcido de Yolanda.

—Quizás fuera ella misma quien eliminó todo rastro de Éder antes de matarse —supone Violeta—. Para que no lo relacionáramos con él, para protegerlo. No contó con el vecino pajillero, claro.

—Vamos a ver... María estaba liada a la vez con el Vergasanta y Éder.

—Pero a su casa solo iba Éder. Porque era de quien estaba enamorada. El Vergasanta descubre que su novia está siéndole infiel con uno de sus empleados y, en su retorcida mente, piensa que lo mejor es acabar con su hermana pequeña.

—A la que María quería más que nada en el mundo.

—¿Cuándo salió a la venta la cuarta temporada de la serie esa?

—El 26 de marzo. Dos semanas después de la muerte de Luminita —contesta Carlos, que ya ha hecho la consulta en la web de la cadena francesa.

—¿Por qué Éder sigue yendo durante dos semanas a casa de su novia después de la muerte de la niña, suponiendo como debía suponer que era el siguiente en la lista del Vergasanta? —pregunta Violeta intuyendo que acaban de dar con una de las claves del asunto.

Pausa. A los dos se les ocurre la misma respuesta a la vez pero es Carlos quien la verbaliza.

—Porque se creyó la farsa montada por el chuloputas, se tragó que la muerte de su hermanita se debía a un ataque xenófobo. En eso no te mintió cuando la interrogaste.

—María no se suicidó hasta que el Vergasanta le dijo la verdad. Que Luminita había muerto por su culpa, por haberle sido infiel con Éder... Su mano derecha y el único que se atrevió a traicionarle.

Violeta se levanta de su mesa.

—Vamos a hablar otra vez con el mexicano.

Violeta y Carlos se dirigen hasta la prisión en la que el juez ha ordenado la prisión preventiva de Éder. Preguntan por él al funcionario de turno, que mira su ordenador y les da la peor noticia posible.

—Ha pagado la fianza y se ha ido esta mañana.

A Carlos se le ha ocurrido buscar en YouTube grabaciones del tiroteo en el parque del Oeste y ha encontrado dieciocho, de las cuales cuatro tienen una calidad de imagen lo suficientemente buena como para poder capturar unos cuantos *frames* en los que aparece el supuesto *dealer* de Éder en primer plano. Los ha convertido a un archivo con formato JPG y los ha aclarado con el Photoshop. El resultado: cuatro fotografías de la mole humana con la cara completa que, sin demasiada fe, ha hecho llegar a Interpol.

La madre de Pedro torpedea la línea de flotación de su hijo mientras Itzel recoge sus cosas y las de Olga cuatro horas antes de que despegue el avión que las llevará de regreso a la Gran Tenochtitlan.

—Tú no te preocupes por nada, hijo..., que yo te hago la comida y te lavo la ropa y te la plancho para que no echas de menos a Itzel; que no sé qué le ha pasado pero vamos, que a mí me gustaría que os arreglarais, pero tampoco es para ponerse así porque tú quieras venirte a vivir a España una temporada, después de tantos años que llevas en México porque... ¿Cuánto tiempo llevas, hijo?

—Diecisiete años.

—Fíjate, diecisiete años que hace que te tengo lejos de mí, y tu esposa no ha

aguantado ni dos semanas y eso que aquí llueve menos, yo quiero que seas feliz pero con una mujer, pero así es que no se puede...

La madre de Pedro ha decidido que el motivo del conflicto conyugal es que Itzel no es capaz de corresponder con una estancia de un par de años el tiempo que él lleva a 9.073 kilómetros.

—Lo malo es la criatura, claro, Olguita, pobrecita niña..., a ver qué es de ella ahora. Cuando me dijiste que os veníais, yo pensé que era para que el angelito creciera en un sitio donde no colgaran decapitados de los puentes, pero mira, ¿sabes lo que te digo? Que vamos a plantarle cara. ¿Te acuerdas de mi amiga Patrilo, la viuda del notario? Pues le he contado lo que te está haciendo tu mujer y me ha dicho que ni se te ocurra darles un euro hasta que hables con el señor Iturbe. ¿Te acuerdas del señor Iturbe, el abogado que siempre iba a tus cumpleaños?

No, Pedro no se acuerda de ningún señor Iturbe. De hecho, del discurso materno apenas llega a escuchar una docena de palabras sueltas, sus oídos están pendientes de cada ruido, cada movimiento, cada susurro en el cuarto donde su todavía esposa y su hija para siempre hacen las maletas.

—El caso es que Patrilo le ha contado todo a su hermana y la mujer se lo ha explicado al abogado y que vayas a verle, que él te lo va a solucionar... Y por el dinero, no te preocupes, ya verás cómo encuentras una buena colocación. ¡Ay, hijo! Estoy tan contenta de que vayas a quedarte aquí conmigo... No sabes lo solita que he estado todos estos años.

La verborrea continúa sin interrupción una hora más, hasta que Itzel y Olga salen de la casa en la que Pedro creció. Este les acompaña hasta el taxi y se va a subir con ellas pero Itzel se lo impide con un contundente gesto manual.

—Que tengas suerte. Igual y hasta te encuentras a otra que te guste más que yo.

Esa es la frase que más le duele escuchar a Pedro porque sabe que no hay en el mundo otra mujer que le pueda gustar más que Itzel. Olga se baja del coche, rodea con sus bracitos escasos a sus papás y dice:

—No se van a divorciar, ¿verdad?

Cuando el coche se aleja, Pedro murmura para sí, como hacen los personajes de las telenovelas para que el espectador se entere de los sentimientos que el actor es incapaz de reflejar:

—Pero un abrazo no me podrás negar...

Pedro pasa el resto del día mirando al cielo: en cada avión que ve volando, imagina que viaja la única razón por lo que ha hecho todo lo que le ha llevado a perder a su mujer y su hija.

Carlos y Violeta llegan con la orden de registro en regla y el pertinente secretario judicial a un chalé situado en una urbanización donde apenas están acabadas dos de las residencias inicialmente proyectadas. Un buen lugar para pasar desapercibido, a

pesar de la proximidad del centro comercial Diversia. A los policías les acompaña un juez, además de Matías y Poveda, que buscan todas las salidas posibles de la vivienda. Una vez que les comunican que hay dos (una delante y otra detrás) y que ya las tienen debidamente controladas, Violeta pulsa el timbre de la entrada repetidas veces sin que nadie salga a abrir. Carlos le hace un gesto al cerrajero, que les ha aburrido durante el trayecto con una disparatada teoría sobre lo que el Real Madrid debe hacer si quiere ganar la Liga, para que proceda a la apertura de la puerta. El hombre cumple eficazmente su trabajo y Violeta y Carlos entran en el inmueble.

El hedor a cadáver en descomposición es tan brutal que Carlos y Violeta se tienen que colocar un pañuelo en la boca. Un pastor alemán sale a su encuentro ladrando sin parar. Tiene el hocico manchado de sangre y restos de carne que Carlos prefiere pensar que no es humana. Aunque ladra, el perro no quiere atacarles sino llevarles hasta el garaje, donde el hedor es ya insoportable. La mascota se ha dado el gran festín con los tres cadáveres aunque únicamente se ha comido el rostro de uno de ellos. El segundo conserva solo uno de sus dos pies y una de sus dos manos. El otro tiene el vientre abierto pero la cara intacta. Violeta lo reconoce al instante.

—Hemos encontrado el cadáver del Vergasanta.

Las alegrías nunca vienen solas y los médicos del hospital murciano en el que se encuentra todavía ingresada la niña rumana prostituida que desencadenó el tiroteo en el burdel El Lago Azul acaban de dar su permiso para que la cría sea interrogada por la Policía.

—Voy a ir.

—No, Violeta, no quiero interferir más en la labor de la Policía murciana.

—Pero esa niña es parte del caso.

Violeta no se acaba de acostumbrar a que Ferrero le niegue algo.

—Por eso he pedido que me manden la transcripción del interrogatorio en cuanto lo tengan.

—Pero...

—No hay peros que valgan, agente.

Violeta siente la tentación de seguir insistiendo pero sabe que hay que elegir las batallas en las que se participa y eso es lo que hace.

—¿Cuándo crees que tendremos la traducción?

—Yo te aviso.

—¿Cómo se llama la pequeña?

Ferrero consulta un *mail* que ha mandado imprimir.

—Doina.

Desde la puerta, Violeta añade:

—Que le enseñen a Doina las fotos del supuesto camello del parque y de todos los implicados en el caso, por si nos puede dar alguna información extra.

Itzel respira profundamente el aire con olor a salsa de chile verde, totopos tostados y pollo que viene de la cocina donde su madre les está preparando unos chilaquiles para desayunar en la calle Raza de Bronce, colonia Lázaro Cárdenas, Tlanepantla, estado de México, a 30 kilómetros del centro de la ciudad. La madre de Itzel no le ha preguntado todavía qué sucedió en España, el porqué de la ida repentina y de la vuelta sin Pedro. Sabe que su hija se lo contará cuando sea oportuno, o no se lo contará nunca si así lo juzga necesario. En todo caso, es su vida y la de su nieta, no la suya. Su labor es querer a las dos y llenar su panza. Itzel comienza a pensar en lo que ha dejado atrás. Su amor, su matrimonio, el padre de Olga, el nuevo hijo que ya nunca tendrán. Por lo general, cuando alguien decide perder algo, lo hace porque juzga lo que gana como más importante. Pero Itzel no sabe todavía lo que va a ganar separándose de Pedro. Quizás tranquilidad, quizás seguridad. Duda, y lo hará todavía durante mucho tiempo, de si ha juzgado a Pedro con justicia, si fue demasiado dura al irse o demasiado laxa al permitirle que siguiera trabajando para Correa. O si debería haberle convencido para no subir al avión que les llevó a la decadente España. A Itzel le pasa esto siempre que se enfrenta a un momento trascendental en la vida. Duda de su propia percepción de las cosas, como si los hechos no tuvieran una versión real, objetiva y verificable sino que esta se modificara según ella se acercara a ellos con un ánimo determinado o con el opuesto. En su primera madurez, este rasgo de su carácter la desconcertaba y desgastaba mucho; pensaba una cosa y la contraria a la vez, siempre juzgando como acertada la opción descartada. Ahora sabe que esta relativización de su propia percepción de los hechos es un problema irresoluble, un bucle sin fin en el que es mejor no adentrarse. Y que lo único que indica es que necesita ayuda de un profesional.

Así que le pide dinero suficiente a su madre con el que acudir a un psicólogo que mueva los resortes necesarios en su cabeza para no volverse loca. Para saber si se ha equivocado o no. Quiere tener las ideas en orden por si, de repente, Pedro regresa y ella siente unas ganas enormes de matarlo y hacerle el amor, y ser su mujer de nuevo y olvidarle para siempre, y suicidarse y ser de nuevo su esposa.

Todo a la vez.

La Policía murciana ha tenido el detalle de acompañar la documentación sobre el interrogatorio con una grabación en vídeo. Doina está muy pálida y delgada, suda mucho y contesta con rapidez. Espera con paciencia a ser traducida y de vez en cuando incorpora a su discurso alguna palabra en español. Lo que más la impresiona a Violeta es su modo de mirar fijamente a la cámara, como si con sus palabras pudiera disparar contra quien la ha conducido a esa situación.

—Un día vino al parque donde íbamos a fumar un hombre diciendo que estaba buscando chicas de nuestra edad para darles una beca y que pudieran estudiar en

España. Le llamábamos El Hombre Simpático. Decía que la beca lo incluía todo, los estudios, la estancia, la comida..., nuestro viaje y el de nuestros padres. Solo teníamos que acompañarle a un *casting*, superar unas pruebas y nos iríamos de Bucarest.

—¿Iba todos los días?

—No, de vez en cuando.

—¿Alguna chica se fue con él antes que tú?

—No, no... Pero una tarde apareció una muchacha que llevaba unas zapatillas Nike muy caras y un iPhone, y nos dijo que se los había comprado con un adelanto de la beca que le había dado aquel hombre.

La chica se calla. La policía guarda silencio, le permite que se tome el tiempo que necesite. Es una buena interrogadora.

—Mis amigas se fueron a su casa y yo me quedé hablando con aquella chica... Me dijo que sus padres estaban encantados de que se fuera a España a estudiar, que iba a vivir en una residencia solo para chicas. Llevaba en el teléfono unas fotos, se veía todo muy bonito.

—Y entonces apareció otra vez El Hombre Simpático.

—Sí. Y me dijo que iban a ir a una actuación, que les acompañara, que me dejarían en mi casa cuando acabara... Nunca debería haber subido a esa furgoneta.

—¿Qué pasó?

Ahora la oficial de Policía no ha tenido paciencia para respetar el silencio de la víctima.

—No fuimos a ningún concierto, me llevaron a una casa en las afueras de la ciudad... Yo quería irme, llamar a mi madre... Pero no me dejaron. Me tuvieron encerrada allí una semana, comiendo pan y sopa hasta que me subieron otra vez a la parte trasera de una furgoneta y...

Más lágrimas. Carlos mira a Violeta sin que esta se dé cuenta, y casi puede observar cómo se traga la ira.

—... no sé cuánto tiempo estuvimos viajando. Mucho.

—¿Ibas tú sola?

—No. Cuando entré había una muchacha búlgara, luego se subió una griega, una serbia... No sé. Si nos sorprendían hablando entre nosotras, aunque fuera por gestos, nos pegaban.

—¿Y la chica del iPhone?

—No la volví a ver.

—¿Y a El Hombre Simpático?

—Sí, a ese sí.

La policía saca la foto del cadáver del asesino del parque del Oeste.

—¿Era este?

La chica lo mira bien pero su negativa es tajante.

—No, no es él.

La policía murciana le enseña fotos de María, del Vergasanta... Pero Doina no identifica a nadie hasta que ve el retrato de los fallecidos hermanos Úbeda.

—Sí, estos sí... Eran los que nos daban las pastillas para aguantar toda la noche...

—¿Adónde se dirigía la furgoneta en la que ibais?

—Nos... nos llevaron a una playa donde... Bueno, había muchos hombres desnudos.

—¿Muchos?

—Sí... No sé. Bastantes.

—Pero no había mujeres.

—No, no. Solo hombres. El Hombre Simpático nos obligó a bajar y nos dijo que nos quitáramos la ropa y nos paseáramos delante de todo el mundo. Que nos bañáramos, que tomáramos el sol... Que no fuéramos tontas, que teníamos que perder la vergüenza antes de llegar a España. Nosotras no queríamos desnudarnos, no queríamos... Entonces apareció otra persona a la que solo habíamos oído hablar desde el interior de la furgoneta... Y nos arrancó la ropa y nos apuntó con una pistola...

—¿Ninguna de las personas que había en la playa os ayudó?

—¿Ayudarnos? No...

La chica se pone a llorar y Violeta para el vídeo. Carlos la mira y exclama un «joder» que pasa desapercibido para su compañera, con la mirada fija en el rostro congelado de la muchacha que acaba de salir del infierno. Luego le da de nuevo al *play* y continúa el relato. Más viaje, más hambre, más encierro, palizas, violaciones..., hasta que un día un cliente quiere hacerle pequeños cortes por todo el cuerpo para divertirse y ella grita, grita como nunca hubiera creído que era capaz de gritar, y tiene la suerte de que hay un policía cerca interrogando a una prostituta colombiana.

—¿Sabes cómo se llamaba El Hombre Simpático?

—No me acuerdo.

—¿Cómo se referían a él los demás?

—Era... era...

Silencio. Respeto.

—Era un nombre de mujer.

—¿De mujer?

—Sí..., pero no me acuerdo de cuál. ¿Lo he hecho bien?

Sí, niña, lo has hecho muy bien. Y, de premio, alguien estará intentando localizar a tu madre en este momento. Aunque si ella hubiera denunciado tu desaparición, todo habría sido mucho más fácil. Pero no se animó porque El Hombre Simpático le hizo llegar una buena cantidad de dinero a cambio de su silencio. Así que, lamentablemente, tu futuro, pequeña, dista de estar claro a pesar de tu inestimable colaboración.

Itzel lleva a Olga a la escuela más cercana, donde la han aceptado rápido ya que la abuela de la niña trabajó allí durante años como profesora de Historia. Por si acaso su exmarido lleva algo de razón en sus miedos y precauciones, Itzel la espera leyendo en un pequeño restaurante desde cuyo ventanal controla la puerta del edificio.

Desde que se regresaron, Olga está muy triste, apenas come, quiere saber si su papá va a volver, cuándo lo verá de nuevo. Itzel le dice que pronto, aunque sabe que su hija sabe que miente.

—¿Papá encontró una novia española? —le preguntó esta mañana mientras Itzel la peinaba.

Ojalá fuera ese el problema, pensó su madre. Todo transitaría por terreno conocido y ella sabría qué hacer. Itzel le dijo que no porque sabe que, en el fondo de su corazón, su marido nunca le ha sido infiel y no sería justo acusar de eso al único hombre de todos a los que ha amado que jamás le puso el cuerno.

Carlos y Violeta degustan sendos Bahama Mama que han pedido, como siempre, porque les gusta el nombre o la copa en que se sirve, no por los ingredientes, demasiado dulces en este caso.

—No lo sé, la verdad. Pero ahora cuando llego a casa, apaga la tele, desconecta la Blackberry y me pregunta qué tal me ha ido el día, me cuenta cómo fue el suyo... No tengo la sensación de que esté deseando acabar el trámite de atenderme para seguir atendiendo a sus amigos virtuales.

—Eso es que se ha dado cuenta de que te estabas hartando y se está haciendo la buenecita.

—¿Crees que le va a durar?

—Ya verás cómo te dice de ir a pasar un fin de semana a un balneario o a una casa rural o alguna gilipollez de esas.

Carlos se queda sorprendido por las habilidades telepáticas de Violeta. Toma un trago largo de su bebida antes de contestar.

—Pues mira, justo antes de salir de la comisaría estuve mirando ofertas para irnos un fin de semana a San Sebastián.

—¿Lo ves? Ese es tu problema. Que en cuanto Yolanda tiene un comportamiento digamos normal y deja de ser una borde todo el rato, tú te vuelcas y le das un premio.

—No, mujer... Ella es mi pareja y..., bueno, pues nos apetece estar bien juntos y hace mucho que no salimos de Madrid y...

—¿Sabes lo único que consigues con eso? Que se relaje, que entienda que si la recompensas por hacer lo que cualquier pareja debe hacer entonces puede volver a ser una borde al menos hasta que te vuelvas a mosquear.

—Eso es muy retorcido.

—Por dios, es obvio.

Violeta se acaba el Bahama Mama y pide otro al camarero. Le dice a Carlos si él

también quiere pero este aún no se ha acabado el suyo.

—Deja de sentirte culpable porque Yolanda esté contigo, o cuando hace alguna cosa por ti. No te está haciendo ningún favor, ¿sabes?

Carlos se queda congelado ante el psicoanálisis que le acaba de hacer Violeta, a la que ya traen la nueva bebida y le retiran la anterior.

—¿Folláis?

Así, a bocajarro, es como mejor se consigue información, descolocando al interrogado.

—Pues..., hemos pasado una temporada mala pero de una semana a esta parte... La verdad es que muy bien.

—¿Ves? Ahí tienes la prueba. Te corta el grifo hasta que ya no puedes más y entonces afloja un poco para que no te marches. Tú te quedas tranquilo, piensas que todo se ha arreglado y en agradecimiento te gastas la pasta en pinchos y zuritos. Es una forma de prostitución, bien mirado.

Carlos no contesta y se acaba de un tirón el Bahama Mama mientras le hace un gesto al camarero pidiéndole otro.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Porque yo hacía lo mismo.

Esa noche están en el Mauna Bora hasta que casi les echan y el policía solo recibe un *whatsapp* de Yolanda diciéndole que se tome la copa con tranquilidad, que ella se mete en la cama a dormir porque está cansada. Lo que no hace sino probar que las teorías de Violeta son, o pueden ser, retorcidamente reales.

Cuando Carlos llega a casa, Yolanda ya está en la cama y él piensa en lo que le ha dicho Violeta. Siempre tiene que ser él quien la abraza, siempre él quien proponga planes, quien quede con amigos o anime a ir a un concierto.

Nunca podrá entender cómo buena parte de la población que trabaja de lunes a viernes dedica el sábado a limpiar y a hacer la compra, y el domingo a sentarse delante de la televisión. No se tiene por una persona especialmente culta, no va al teatro ni ve las películas con subtítulos, ni le gusta el jazz ni la ópera. Pero sí le gusta ir a conciertos de rock y pasear y montar en bicicleta y descubrir bares nuevos, cosas que hacía con Yolanda cuando la conoció en el instituto y que lo llevaron a enamorarse de ella, y que ahora, que viven juntos, Carlos hace siempre solo o en compañía de algún amigo o primo pero no con su novia, que prefiere quedarse en casa, en penumbra, dormitando con el mando a distancia en la mano.

Carlos revisa rutinaria y rápidamente si le ha llegado algún mensaje procedente de alguna de las páginas en las que ha ido tendiendo los cebos a los pederastas. Hay cuatro, nada relevante, y se va a ir a la cama cuando el sistema le avisa de que le acaba de entrar un nuevo *mail*. Lo abre, es un *link*. Carlos hace *click* sin temor a los virus y en su pantalla aparece la página llamada www.lahoradelavenganza.net, en la

que hombres cabreados con su novia, esposa o ex se dedican a colgar fotos de «las mujeres que nos jodieron» desnudas, en el baño o en situaciones sexualmente comprometidas. Los rostros de ellos aparecen borrosos o pertenecen a los amantes con quienes les pusieron los cuernos a los que han colgado el documento gráfico. Junto al logo de la web, un llamativo botón rojo que invita al usuario a vengarse de la parienta.

Carlos, quizás, nunca lo habría hecho si no se hubiera pasado con los cócteles polinesios esa noche, pero una sonrisita aparece en su cara mientras rebusca, entre los cedés que tiene escondidos en el cajón del escritorio, aquel que contiene unas fotos que le hizo a Yolanda durante un fin de semana en el Parador de Cuenca, desnuda sobre la cama, abierta de piernas, esperándole.

Luego le da al botón que reza «Subir archivos» y se va a la cama con esa alegría maliciosa.

Hay al menos doce cuerpos desnudos, sudorosos y mezclados sobre la cama redonda. Gimen, se acarician, se masturban, se chupan, se penetran. Cuando Violeta salga al amanecer del club Eclipse, será incapaz de saber con cuántos hombres ha follado. Ya estaba un poco ebria cuando entró y ahora lo está más aunque, como siempre, nadie se da cuenta. Su mirada se concentra en detalles aislados del espacio en el que está, una metonimia sexual mezclada con orgasmos que no siempre llegan. Una mancha de humedad en el techo, semen cayendo en sus pechos, un trozo de la colchoneta verde de gimnasio que hay debajo de las sábanas bajas, un pezón femenino pellizcado hasta el enrojecimiento, un cuadro de Buda en colores psicodélicos, un *kleenex* arrugado que nadie evita, una pulsera prendida con la llave del guardarropa en una muñeca, un clítoris demasiado cerca de su boca, unas bragas sin dueña, una pareja y tres hombres vestidos mirándoles al otro lado del proscenio sexual.

Violeta se incorpora, repta para salir de la masa de cuerpos, necesita apartarse un rato a fumarse un cigarro. Una de las cosas que le gustan de los clubs liberales es que permiten fumar dentro; no sería muy lógico que te obligaran a salir para hacerlo a la calle, en chanclas y con la toallita alrededor del cuerpo. Se incorpora y va a un sofá cercano, saca un cigarro, lo enciende y se relaja fumándolo. En ese momento, pasa la encargada del local ofreciendo la empanada gallega que porta en una bandeja. El frenesí sexual da hambre y el origen pontevedrés de los dueños del local hace que, a mitad de la madrugada, ofrezcan a sus clientes y amigos una empanada de atún. Violeta agarra un trozo y se dirige hasta la barra, donde pide otra cerveza. Decide quedarse sentada en un taburete, comiendo, bebiendo y fumando en un entorno donde eso es lo último que cualquiera esperaría hacer.

La pesada cortina roja que separa la entrada del resto del local se corre para dejar pasar a una nueva pareja dispuesta a jugar con las fronteras de su confianza. Violeta

les mira de reojo. Él es un tipo de la edad de Carlos, más guapo. Ella es un poco más joven, más alta, va cuidadosamente maquillada; la falda, muy corta y estrecha; la blusa, muy ceñida y abierta; la melena, suelta.

Es Sandra, también conocida como Roxana en los burdeles de España.

Violeta la reconoce de inmediato aunque ella no la ve.

La pareja desaparece camino de los (des)vestuarios.

Violeta agarra otro trozo de empanada y se acaba la cerveza. Se fuma otros dos cigarrillos mientras les dice que no con la cabeza a dos tipos que le proponen follar. Luego va al baño, que es mixto, y eso la incomoda. Orina y regresa a la cama redonda. Hay nuevos cuerpos sobre las colchonetas de gimnasio. Violeta se queda de pie frente a la orgía. Busca con la mirada a Sandra, pero es ella quien la encuentra.

Las dos mujeres se miran.

Sandra/Roxana extiende su mano.

Pedro ha conseguido un trabajo ayudando a cargar y descargar muebles a un ecuatoriano que le toma prestada la furgoneta a su jefe los fines de semana para hacer mudanzas. Pedro no está en forma y los huesos se le resienten, pero es lo único que ha encontrado y lo ha aceptado en espera de algo mejor. Además, es la excusa perfecta para descansar del acoso de su madre los sábados y domingos. De lunes a viernes, va a un cibercafé a hacer un curso gratuito de *Community manager on line* aunque no puede parar de mirar compulsivamente el correo, el Facebook, el Twitter y el Skype a la espera de que Olga o Itzel se pongan en contacto con él, contesten alguno de sus mensajes, le envíen una foto o una prueba de que están bien, de que sus miedos eran tan excesivos como su precipitación. Ha hablado una vez con ellas. Itzel le pasa enseguida el teléfono a su hija, que es la que le cuenta y pregunta cuándo va a volver.

Interpol por fin identifica al pistolero del parque del Oeste como un sicario hondureño buscado por el FBI por el asesinato de varios agentes de la DEA en Arizona, y sospechoso de haber cometido varios más en México. Estuvieron a punto de pillarle en 2008 pero se les escapó y la pista se perdió hasta ahora.

—O Éder lo estaba contratando en el parque para que matara al Vergasanta o le estaba pagando el trabajo. Lo sabremos cuando tengamos la autopsia con el día de la muerte —informa Carlos a Violeta.

—Pásale un informe al juez y que emita una orden de busca y captura contra Éder por sospechoso de inducción al asesinato. Y quiero dos patrullas, una en la puerta de su domicilio, por si al tipo se le ocurre regresar, y otra en el chalé donde encontramos el cadáver.

—¿Dónde crees que están las chicas que llegaron con Doina a España?

—Me conformaría con que estuvieran vivas. Joder, estamos ante una red internacional de tráfico de menores, no podemos fallar.

Éder lleva tres días metido en una pensión de la calle Carretas, hace tiempo que aprendió que el mejor lugar para esconderse es uno rodeado de un montón de gente, de ciudadanos que van a comprar o a mirar las rebajas, o que llegan cargados con un *trolley*, un plano y mucho despiste a pasar un par de días en la capital. De todas formas, sale poco, no quiere que lo vea un policía y pueda reconocerlo. Por supuesto, no piensa presentarse a sus citas con el juez.

Pero no son esas las amenazas que más le preocupan, aunque sean las más cercanas. Lo que le quita el sueño es lo que lleva pasando en México desde que Correa le habló encolerizado porque el maldito taxista se la jugó y puso en libertad a las niñas que tenía que transportar desde Tapachula al Distrito Federal.

«Qué poco práctico es tener principios», pensó Éder cuando su jefe le contó que, apenas se dio cuenta de lo sucedido, mandó a unos hombres a la casa de Coyoacán que había alquilado para tener al taxista comiendo de su mano y lo único que encontraron fueron señales de que sus habitantes la habían abandonado a toda prisa, lo que quería decir que el español había sacado rápidamente de allí a sus dos mujeres ante la evidencia de que sería el primer sitio en el que su empleador las buscara.

—Si están en México, los vamos a encontrar nosotros. Pero si se fueron a España, vas a buscarlos tú.

Putas las ganas que tenía Éder de ponerse a buscar y ¿matar? al gachupín y a su familia, teniendo como tenía algo más importante entre las manos. Vengarse del cabrón que había provocado el suicidio de la única mujer que a Éder le había importado en la vida: María.

No pensaba en otra cosa desde mucho antes, desde que supo que el hijo de mala madre de Vergasanta era el responsable de la muerte de Luminita. Nunca jamás creyó que podría sentir por alguien lo que sintió por María el tiempo que estuvieron juntos. Nunca pensó que pudiera jugársela por un ser humano que no fuera él mismo, y menos por una prostituta. Hasta ese momento, las viejas habían sido para Éder material de usar y tirar, una mercancía que se compra con dinero o promesas falsas. María le hizo actuar como nunca pensó que podía actuar. Jugársela, no para conseguir dinero o coches o joyas o drogas, sino para salvar a una mujer de los brazos del mayor cabrón de la Europa del Este. En cierta forma, arrebatarse la chica al Vergasanta era su manera de hacer justicia.

De redimirse.

Éder sabía que no podía contar con nadie en su sagrada misión. Y sabía también que se iba a meter en serios problemas con Correa al matar al tipo en quien el mexicano tenía fijadas todas sus esperanzas para la expansión internacional del negocio. La idea del dueño del burdel de la calle Nilo al mandarle a España era

ganarse la confianza del rumano para después asociarse con él. Organizar «fiestas» con menores empezaba a ser demasiado complicado en la sobreprotectora Europa y la idea era llevárselas a México, donde la ley y la Policía tienen un precio más asequible.

Por eso, Éder había decidido contratar al sicario hondureño. Que el asesino del Vergasanta fuera un pistolero a sueldo lo dejaba a él, al menos por un tiempo, fuera de toda sospecha y con margen suficiente como para restablecer la relación con quien le facilitó conocer la vieja Europa. Un plan quizás en exceso optimista, pero Éder veía posible acabar con el Vergasanta y seguir trabajando para Correa.

O, yendo más lejos, reemplazar al rumano y hacerse con su negocio sin que el dueño del burdel de la calle Nilo se enterara nunca de la verdad.

Pero todo se había ido al carajo cuando, mientras iban hacia el coche a cerrar el trato, el sicario hondureño se puso nervioso y unos policías les estaban siguiendo.

Lo primero que pensó Éder mientras lo esposaban en medio de la balacera del parque del Oeste fue que no podía ir a prisión ni siquiera de forma preventiva. El Vergasanta se las apañaría para acabar con él en el reclusorio como ya había acabado con los hermanos Úbeda. La única opción para sobrevivir a esta historia era echarse al Vergasanta y hacerlo con sus propias manos.

Localizarle fue fácil. Sabía, por el tiempo en que había estado trabajando para él, que dormía, como se dice que hacen los dictadores que temen por su vida, una noche en cada una de sus propiedades. Éder no sabía cuántas eran, pero sí que su favorita era la casa que está detrás del *mall* Diversia, en la urbanización abandonada a medio construir.

Cargó el AK-47 que estaba deseando usar, la Cop Calibre 357 Magnum de cuatro cañones y víveres para una semana y esperó pacientemente dentro del coche a que el cortejo de Vergasanta apareciera. Lo hizo el segundo día. Llegó en un Honda Civic muy discreto, pero Éder lo identificó porque ese coche lo había conducido él muchas veces. Esperó a que entrara en el garaje y, antes de que los guaruras pudieran ubicarse en las puertas delantera y trasera, fue hasta la ventana por la que entraba la luz en el estacionamiento. Asomó la cabeza y no le tembló el pulso cuando le reventó el pecho al Guardiola, con quien había mantenido interminables discusiones futboleras. Tampoco le costó demasiado disparar sobre Arvydas, el otro de los guaruras, un lituano que conocía a todos los porteros de discoteca de Madrid y gracias al cual habían podido beber tequila Don Julio al precio de José Cuervo.

Después de matar a alguien, lo único que es capaz de escuchar el asesino son los jadeos de los moribundos. Los gritos de los que están alrededor, las carreras, el desconcierto... se desvanecen. Solo la agonía es audible, durante unos segundos. Por eso cuando la Policía aparece demasiado pronto, encuentran a menudo al homicida paralizado con el arma en la mano. No es que esté en *shock* por lo que ha hecho ni que tenga nada parecido a los remordimientos de conciencia. Es que está admirado, superado por los gritos progresivamente dispersos de los moribundos que se adentran

en el otro lado.

Éder solo se concedió dos segundos de placer antes de vaciar el cargador de su cuerno de chivo sobre el Vergasanta, que no tardó en salir con el arma en la mano. El mexicano le dio en las piernas, luego en los brazos, y finalmente repartió equitativamente las balas que le quedaban por todo su cuerpo.

Éder acababa de hacer realidad la vieja aspiración de todo empleado de matar a su jefe.

Si hubiera creído en el cielo, habría visto a María sonriendo mientras le tapaba los ojos a Luminita.

El mexicano con aspiraciones e iniciativa registró el cadáver agujereado del Vergasanta y le robó su iPhone lleno de contactos que podrían resultarle útiles para la segunda parte de su plan. Luego se fue tan rápidamente de allí que no vio a un entrañable y hambriento pastor alemán entrar al garaje y relamerse al acercarse a los muertos.

Tampoco se dio cuenta de que un segundo coche estaba aparcado quinientos metros más allá, con un tipo en su interior decidiendo cómo podía sacar beneficio de lo que estaba ocurriendo dentro del chalé.

Éder se ducha en el cuarto de baño compartido de la pensión que le da cobijo cuando escucha que alguien entra y cierra la puerta de golpe.

—Está ocupado.

La cortina de la ducha se corre y un subfusil Scorpio se apoya suavemente en su nuca.

—¿Por qué lo has hecho?

Quiere darse la vuelta pero sabe que no es muy prudente hacer nada sin permiso cuando tienes un cañón apuntándote.

—¿Puedo cerrar la llave y voltear?

—De momento, solo cierra el grifo.

Éder obedece y empieza a sentir mucho frío en el cuerpo.

—¿Por qué mataste al Vergasanta?

Éder cree reconocer la voz, el acento rumano, apostaría a que la mano que sostiene el arma es enorme y que su propietario tiene un absurdo nombre de mujer.

—¿Cristina?

Su cerebro empieza a funcionar a toda velocidad. Había conocido a Cristina en México, cuando este había llevado a varios europeos de fiesta por allá. El taxista también lo conoció, pinche puto, aparece por todos lados. Cuando Éder llegó a Europa, había tenido tratos con Cristina enseguida, fue él quién le allanó el camino para convertirse en el hombre de confianza de Vergasanta. Luego iba y venía, traía chicas, clientes del extranjero..., pero nunca se quedaba demasiado tiempo en España. Si Cristina sabía que se había bajado al Vergasanta es porque estaba cerca

cuando lo mató. Si le hubiera sido completamente fiel, ahora la sangre de Éder estaría yéndose por el desagüe. Cristina habría intentado que su socio o jefe no muriera. Pero había permitido que se fuera al infierno, luego lo había buscado a él, lo había encontrado y eso solo podía significar una cosa.

Que hay posibilidades de negociar y salvar el pellejo.

—¿Quieres parte del negocio? —le dice Éder mientras se gira despacio quedándose completamente desnudo frente a una Cristina a la que jamás se le ocurriría cogerse.

Ferrero se hace un repaso a la barba en la peluquería de Fernández, en lo más profundo de la comisaría de Leganitos, mientras Violeta le muestra cómo titulan los periódicos la noticia de la muerte de Vergasanta.

—Dime que no habéis sido vosotros.

Ferrero mira a Violeta a los ojos dejando los periódicos que esta le ha traído encima de las tijeras y cuchillas del policía barbero. Violeta niega con la cabeza y Ferrero sabe sin palabras que ahora todo puede ser un poco más fácil de cara a jueces y burócratas.

Desde que regresó a México, Itzel no ha tenido la más mínima sensación especial de peligro. No ha habido ni llamadas ni presencias amenazantes a su alrededor. Todo está como siempre y empieza a pensar en decírselo a Pedro la próxima vez que llame, más que nada para hacerle ver que ella llevaba la razón y no merecía la pena arruinar la vida de tres personas con una mudanza apresurada. Las, todavía escasas, sesiones con la psicóloga le ayudan a separar la huida apresurada de sus sentimientos por su ya exmarido. La primera no es sino el detonante de la ruptura, pero no el motivo de esta. Itzel había roto con Pedro porque este cruzó toda línea moral con tal de ganar dinero. Quizás ella lo presionó demasiado a este respecto, pero nunca pensó que su pareja pudiera llegar a convertirse en un delincuente. Al menos en «ese» tipo de delincuente.

Ahora se siente algo más segura, ya no le duelen tanto las cervicales y hay noches en las que incluso duerme del tirón. Su mamá las mantiene de momento a las dos y sigue sin hacer preguntas.

Se van a quedar en Tlanepantla un ratote.

Correa ha creído a Éder cuando este le ha dicho que la muerte del Vergasanta se ha debido a rencillas internas y que quienes lo mataron están muy abiertos ahora a una posible colaboración transnacional. Al fin y al cabo, el dueño del burdel de la calle Nilo no tiene ni idea de su relación con María.

Éder acaricia por primera vez la posibilidad de hacerse millonario y no traficando

con cocaína o marihuana, como la mayoría de sus colegas norteños, sino con algo mucho más divertido: mujeres.

Si dentro de un tiempo tiene que acabar con Correa y Cristina será porque ha llegado el momento de ser su propio jefe.

Pero antes queda mucho trabajo que hacer.

Con pocas horas de sueño, Carlos abre el Mozilla Firefox (se niega a usar el Explorer, nunca entenderá que alguien se pueda hacer tan multimillonario como Bill Gates vendiendo un producto tan negligente como Windows y, por añadidura, todo lo que tenga que ver con Microsoft) y entra para revisar qué hay de nuevo, si alguien menciona al Vergasanta y eso les puede llevar a algún lado.

Carlos se ha acostumbrado ya al intercambio de barbaridades hasta el punto de que algunas de estas le resultan divertidas. Como Ygor88, que está indignado porque su novia le acaba de regalar a su hermana los sujetadores con los que él lleva obsequiándole durante dos años de noviazgo; o como Impresionante Lalo, que se ha gastado toda la herencia familiar en una dominatrix que le ordena ingresar en su cuenta más y más dinero si quiere seguir recibiendo palizas; o como Alumno Orgullosa, que confiesa masturbarse en la piscina de su cuñada minutos antes de que sus sobrinas adolescentes se metan a bañar y recomienda a todos sus seguidores que hagan lo mismo, siempre que dispongan de sobrinas con acceso a piscina.

También entra en www.lahoradelavenganza.net para ver cuántas visitas tienen las fotos guarras de Yolanda y no llegan a la docena. No sabe si se alegra o no de ello, pero ha suspendido el viaje a San Sebastián con la excusa de que tiene mucho trabajo.

Carlos rastrea las conversaciones buscando alguna referencia al Vergasanta hasta que, al final del hilo de una de ellas, aparece algo que llama la atención del compañero de Violeta. Un tal Ansioso69 asegura que Vergasanta no está muerto, que es una maniobra de la Policía. Carlos le pregunta por qué dice eso, él ha visto la noticia en todos los medios de comunicación. Ansioso69 está en línea y contesta que él sabe que no está muerto. Carlos intenta tirarle de la lengua pero Ansioso69 se desconecta rápidamente.

Les pasa a todos los policías, a veces se quedan enganchados a una pista a pesar de que no existan motivos lógicos. Carlos utiliza un *nick* nuevo y empieza a colgar *posts* en los que pregunta si creen que es verdad que Vergasanta está muerto. A las dos semanas, le contestan Alboroto y SucioX. El primero dice que sí porque ha salido en la televisión (sic). Pero el segundo asegura que verá al rumano en breve, lo cual es evidentemente imposible.

CARLOS: Ah..., ¿sí? ¿Dónde? Me encantaría conocerle en persona.

SUCIOX: Es un evento privado.

CARLOS: Tengo dinero.

SUCIOX: ¿Cuánto tienes?

CARLOS: ¿Cuánto hace falta?

SUCIOX: Mucho.

CARLOS: ¿Para ti o para él?

SUCIOX: Para que te dejen entrar.

Carlos tiene que acertar a la primera con la siguiente pregunta. Si es demasiado obvio, el tipo que está al otro lado del chat puede sospechar que está hablando con un poli. Si no lo es, se le puede escapar una información básica. Así que se la juega.

CARLOS: Ya he entrado otras veces y él nunca está. ¿Cómo sé que ahora sí?

SUCIOX: Porque esta vez va a ser distinto.

CARLOS: ¿Más exclusivo?

SUCIOX: Más exxxxxxxxxxxxxxxxxclusivo...

Y varios *smileys* riéndose. Carlos se la juega.

CARLOS: ¿Me llevo bombones para las niñas?

SUCIOX: Prefieren los caramelos. Les encanta chupar.

Suciox desconecta. Carlos se levanta corriendo de su mesa y busca a Violeta, que está haciendo prácticas de tiro en la galería subterránea. Al verle llegar se quita los cascos, le basta con ver el rostro de su compañero para saber que hay noticias frescas.

—Alguien ha tomado el relevo del Vergasanta.

—Qué rapidez...

—Están organizando una fiesta... Con menores.

Éder y Cristina ya lo tienen todo ultimado. Han rentado una casa perdida en la Sierra pobre de Madrid por tres días. El primero lo emplearán en prepararlo todo y el último, en limpiar toda evidencia de lo que pasará en el segundo.

Cristina parece tener controlados a todos los hombres que trabajaban para el Vergasanta o al menos eso dice.

Solo les faltan las niñas, sin eso no hay fiesta. Cristina no está del todo convencido de que la asociación con Correa le vaya a traer más beneficios que problemas, y de alguna manera, Éder sabe que este primer evento conjunto es una prueba para él y para Correa. Si sale bien, Cristina y toda su red de contactos VIP se asociarán con ellos. Si no, él tiene los días contados aquí y probablemente en México. Lo supo desde el mismo momento en que Cristina le dijo sonriendo:

—Encárgate tú de que las chicas lleguen a tiempo.

Cristina y sus contactos ya tienen la mercancía preparada y solo hace falta ir a recogerla a Irún.

—Acudiré yo personalmente —se ofrece Éder a Correa.

—No. Yo me encargo.

Itzel relaja poco a poco las precauciones, ya no espera a Olga en el restaurante de

enfrente; ha ido varias veces al centro de la ciudad, pasea sola por zonas muy frecuentadas e incluso acompañó a su madre a Granaditas a comprarse unos zapatos. Granaditas es una de las muchas zonas de las que se compone el barrio de Tepito, una de las partes del DF que más fascinaba a Pedro, un área encerrada en sí misma, en el mero centro, y dedicada en su casi totalidad al mercadeo. Un laberinto de lonas de colores donde hay que saber cómo encontrar cada artículo. Y Granaditas es el sitio para comprar zapatos baratos, incluso boutiques de la muy exclusiva colonia Condesa adquieren aquí a bajo precio unidades a las que luego les cosen la etiqueta con el logotipo de su negocio y venden cuatro veces más caras en las calles Tamaulipas o Alfonso Reyes.

Aunque hay que tener cuidado si vas con niños, a Itzel le gustaba llevar a Olga a comprar a Tepito; para una chamaca es un auténtico parque temático de antojitos, de cosas que le gustan ahora y de otras que adivina querrá adquirir en unos pocos años. La pequeña cada vez tiene más opinión acerca del calzado que su madre se compra e incluso se prueba a veces ella misma alguno, a ser posible con un poco de tacón aunque luego a Itzel le cuesta un triunfo convencerla de que con once años no tiene porqué someter los tendoncitos de sus pies a prueba alguna de resistencia.

Se ha atrevido a sacar a su hija de Tlanepantla e ir juntas, como cuando no pasaba nada, a Tepito. Era nada más dar un paseo, no quieren gastarse el dinero que no tienen, pero la madre y abuela insistió en darles seiscientos pesos para gastarlos en lo que se les antoje y hay decisiones que no se deben discutir. Tras varias horas de comprar cosas pequeñas (bisutería, ropa interior, películas pirata) en los puestos más cercanos al Eje Oeste, Itzel y Olga se encaminan a la calle de los peluches y juguetes. Los primeros tienen un tamaño descomunal incluso para un adulto, ni que decir tiene para un niño. Los que imitan a los personajes de moda, los Angry birds o Scratch, denotan a menudo su origen bastardo y fayuquero, pero los eternos osos, perritos y monos de trapo siguen siendo irresistibles.

Como la culebra que acaba de comprarle a Olga y que la niña se pone al cuello como si fuera una estola, le asoma por el hombro derecho la enorme cabezota de ojos gigantes. Olga se ríe cuando la gente la mira por la calle, alguno incluso aprovecha la situación para decirle a la madre una grosería: «Yo tengo una culebra más grande», o «Si quieres culebra de verdad, vamos al hotel». Itzel espera que su hija no entienda lo que dicen los marranos, aunque la niña ya no se asusta como antes e incluso una vez llamó «cerdo» a uno de los espontáneos.

—Nunca hables con los marranos, ¿entendiste? Si se te acerca uno, vienes y me dices.

—¿Y si tú no estás?

—Se lo dices al adulto que esté contigo. La abuela, la maestra o quien sea..., ¿sí? Pero nunca dejes que se te acerque ninguno. Y menos que te toque, ¿entendiste?

—Ok.

—¿Palabra del osito Bimbo? —le pregunta Itzel levantando la mano en señal de

juramento—. Mira que es bien sagrada...

—Palabra del osito Bimbo.

Luego comen las dos unos tacos de suadero con Boing de durazno en un puesto que está nada más salir del mercado de muebles de La Lagunilla. El taquero se alegra de volver a verlas y se los pone con todo menos cebolla. Pueden pasar una hora allí, sentadas, viendo pasar a la gente, jugando a imaginar de dónde vienen o adónde va cada uno. Hoy es el día del Santo Niño de Atocha y hay muchas personas, sobre todo señoras, que cargan con un niño Jesús como el de los Belenes en dirección a la iglesia de San Hipólito. Entonces es cuando Itzel se pone triste porque se percata de cuántas cosas hay escondidas en la ciudad dispuestas a recordarle a Pedro y lo feliz que fue con él.

Lo que más le gusta a Itzel cuando lleva a Olga a Tepito es saber que ese paisaje sonoro, olfativo y visual en el que se mezcla la electrocumbia con el cilantro, el maquillaje barato con los ciento veinte capítulos de la última telenovela en doce devedés, las sudaderas de motivos grafiteros con las falsificaciones de colonias, los licuados servidos en bolsas de plástico con imágenes de la Santa Muerte, permanecerá para siempre en la memoria de su hija, que recordará a su mamá cada vez que vaya a comprar allí cuando sea mayor, al igual que ella recuerda ahora a Pedro, que le enseñó a ver este ambiente con ojos extranjeros.

Unos ojos que ya no ven por ella, y por eso la ciudad le parece desenfocada.

Olga quiere un esquimo de postre e Itzel no puede negárselo, pero se está haciendo de noche, en el DF las comidas no marcan el ritmo de nada, se puede comer a cualquier hora, desayunar por la tarde o cenar por la mañana, e Itzel no quiere estar en Tepito ni cerca cuando ya no haya luz de día y le dice a su hija que el esquimo se lo compra mejor en el mercado que hay cerca de casa de la abuela.

—¿Nos queda algo de lana? —pregunta la pequeña.

—Nos queda.

Así que regresan en coche y paran en El Jaral, que a esa hora ya está cerrando aunque el puesto de esquimos sigue felizmente abierto.

Pedro llega a su casa tarde y cansado y se encuentra con un regalo encima de la mesa del salón. Muy alborotada, su madre le dice que lo ha comprado para él, que lo abra, que lo que hay dentro le va a encantar. Pedro obedece, intenta simular expectación pero no lo consigue. Se trata de un ordenador portátil con un modem USB para conectarse a Internet.

—Es el mejor que tenían de oferta. Lo he sacado con la condición de que si no te gusta, te lo cambien. Pero vamos, que es de El Corte Inglés y ya sabes que los vendedores de El Corte Inglés no mienten y si dicen que es bueno es porque es bueno. Aunque yo no entienda de informática, no me van a engañar, me conocen...

—Mamá, de verdad, no hacía falta...

—Déjate, déjate, que así no tienes que irte a la «internetería» esa tan sucia de abajo. ¿Estás contento?

Pedro asiente y le da un beso a su madre.

—Sí, mucho. Gracias, mamá.

—De todas formas por aquí debo de tener el *ticket* por si quieres cambiarlo.

La madre de Pedro rebusca en su bolso sin encontrar el resguardo de la compra, como siempre le pasa cuando intenta encontrar algo en las profundidades de su inseparable compañero colgante.

—Otra cosa... No sé si te lo he dicho, me voy con el señor Iturbe una semana al balneario ese que hay en La Rioja.

—No, no me lo habías dicho. ¿Con el abogado de Patrito?

Pedro no puede reprimir una sonrisa.

—Está bien, mamá.

—Me da cosa dejarte solo, pero es que lo pagamos hace ya meses.

—No te preocupes.

—De todas formas, yo te dejo comida congelada para que tengas solo que calentártela. Hemos cogido el programa ese de envejecimiento activo al que vamos todos los años. Pero si quieres que me quede, me quedo, no voy.

—Ve, ve. Tranquila. La actividad te va a venir muy bien.

Pedro abraza y besa a su madre sabiendo que ella va a estar diciendo que no va hasta que se vaya. Y que ha sido el permanente sentimiento de culpa de su progenitora el que le ha llevado a gastarse el dinero en el portátil.

Tras un par de horas instalando *drivers*, Pedro se encuentra dentro de la misma cama en la que dormía cuando era pequeño, rodeado de los mismos libros. Sabe que en el armario que hay sobre su cabeza están todavía todas las carpetas con apuntes que forró con los grupos que le gustaban cuando iba al instituto, que dentro de cualquier cajón puede encontrar un DNI caducado, o el carné joven o su primer pasaporte, todos compartiendo fotos que delatan una mirada menos perdida que la que luce en estos momentos.

Escucha roncar a su madre, como cada noche. La escucha y no puede dormir, pero no es por sus resoplidos. Ha puesto en su teléfono la hora del DF y no puede dejar de mirarla porque cuando lo hace, imagina lo que estarán haciendo sus chicas, lo que harían si él estuviera con ellas, lo que daría por viajar hacia atrás en el tiempo y mañana ser despertado por las quejas de Olga al tener que ir al colegio, por el pitido del microondas avisando que ya está la leche caliente, por el agua cayendo sobre el cuerpo desnudo de Itzel, que horas después acuesta a Olga con su serpiente de peluche a la que abraza y llena de besos. Es el primer muñeco que acepta en su cama desde que abandonaron a su suerte en la casa de Coyoacán al oso panda que la había acompañado desde que tenía tres años.

—Extraño a Crispín.

—Pero tienes a... ¿Cómo se llama? ¡Hay que ponerle nombre!

—Yo quiero volver a tener a Crispín. En esta cama grandotota cabemos la culebra, Crispín y yo... ¿Podemos ir a buscar a Crispín a nuestra antigua casa?

—Crispín me escribió un *mail* para decirme que se había ido a Cancún y que estaba muy bronceado.

—Mamá, los osos de peluche no se broncean.

Pedro acaba de dejar a su madre en la estación sur de autobuses, ha conocido al señor Iturbe y los ha visto subirse juntos al autobús. Nunca hubiera pensado que su madre tenía una aventura. Está bien. Decide irse caminando hasta casa mientras, al otro lado del Atlántico, Itzel mira en su *laptop* ofertas de trabajo para alguien como ella. No quiere trabajar otra vez en *telemarketing* y va a intentar que sus avances en la tesis doctoral enriquezcan un poco su currículum. Hace tiempo que acabaron de desayunar y la mamá de Olga ya está acabándose el tercer cigarro del día. Al regresar a México, ha vuelto a fumar y eso le proporciona un tremendo placer al tiempo que una leve punzada de culpa.

—Olga no está en su recámara.

Itzel contempla el rostro desencajado de su madre y corre hacia el dormitorio, donde dejó a su hija jugando con la videoconsola que, en contra de su opinión, le ha comprado su abuela.

Itzel y su madre salen a la calle gritando el nombre de Olga, esperando encontrarla asustada y buscándolas. Preguntan en la tienda de abarrotes, en el puesto de periódicos, al vendedor de jugos de mandarina y naranja. Todos la conocen, todos la han visto crecer pero nadie la ha visto ahora. Hasta que un hombre que camina por la calle con la mirada fija en su celular, las escucha y señala con el dedo el mercado.

Itzel y su madre corren hacia allá. Hay bastante gente en algunos puestos, las personas que van a comprar se mezclan con los que van a comer en los restaurantes, es difícil distinguir a alguien en el gentío. Itzel le dice a su madre que vaya por la derecha y que ella irá por la izquierda. Corren, gritan, se golpean las rodillas con cajas que esperan su apertura.

Pero Olga no aparece. La peor pesadilla de una mamá en cualquier ciudad del mundo acaba de suceder. Itzel y la abuela hablan a la Policía, que enseguida las sube en una patrulla y comienzan a dar vueltas por toda la colonia al tiempo que dan aviso de la desaparición a otras patrullas. Itzel teme que Olga haya intentado atravesar un eje vial o haya agarrado un camión o...

... o que los miedos de su marido no fueran, al final, gratuitos, y lo que ella pensó que no iba a pasar acabara de suceder.

—Vamos a la calle Francia esquina con Minerva, en Coyoacán. Igual y fue a nuestra antigua casa a buscar a su oso de peluche —le pide lo que queda de Itzel a las seis de la tarde al policía que ya no sabe qué hacer ni por dónde buscar.

—Pero está bien lejos... Ella sola no va a saber cómo... —contesta el agente de

la ley, que lo último que quiere es lanzarse de cabeza al infierno de la hora pico en el Distrito Federal.

—Sí que lo sabe. Yo se lo enseñé.

Dejan a la abuela en su casa, encienden la sirena e intentan saltarse en la medida de lo posible el previsto embotellamiento. Si los atascos en los accesos a la ciudad desde el estado de México son siempre desquiciantes y eternos, verse metido en uno cuando una hija puede estar en peligro de muerte es lo peor que puede ocurrir. Por mucho que los policías hacen sonar la sirena, nadie se retira ni les deja paso. Para colmo, se ha puesto a llover y la lluvia suele ser en el DF la gota que colma el vaso de la no movilidad. Así que cuando llegan a la altura de Chabacano, Itzel le dice a los policías que la dejen en el metro, va a tardar menos en llegar que si sigue encerrada en el coche.

—Los espero allá.

Itzel se baja del vehículo, esquiva varios coches cuyos faros se quedan a escasos centímetros de sus rodillas y finalmente se sumerge en la riada de personas que agarran el metro para volver a casa a esa hora. Corre, se cuela, empuja, se mete en el vagón de los hombres, se baja en General Anaya, para el primer taxi que pasa sin plantearse si es pirata o no y, tres cuartos de hora después de dejar a los policías, está llegando a la casa de Coyoacán que nunca deberían haber habitado. Los policías todavía están capturados en el embotellamiento del fin del mundo.

La exmujer de Pedro paga al taxista y se acerca a la casa. Todo parece igual a cuando se fueron precipitadamente. En la parte del jardín trasero que se puede ver desde fuera sigue tirada la bicicleta de su hija, todo en el mismo lugar que estaba cuando ella se asomó a la ventana tras recibir una llamada de su marido diciéndoles que se fueran con lo puesto y toda la lana que pudiera recolectar al aeropuerto.

—¡Olga! ¡Olga! ¡Hija! ¿Estás ahí?

Mira para arriba y ve que está encendida una luz en lo que fue la recámara de la chamaca.

Itzel saca del bolso el llavero con las llaves de aquella casa, que ha tenido la precaución de agarrar cuando han ido a dejar a su mamá.

Entra, ve un impermeable de Pedro mal colgado en el perchero de la entrada, ve el sombrero que se compró en el Palacio de Hierro tirado en el suelo, ve una chamarra de Olga doblada sobre una silla.

Y no ve nada más porque alguien la golpea provocándole un fundido a negro.

Pedro va a poner un viejo vinilo de Esclarecidos en el tocadiscos familiar cuando le llega al móvil una llamada de México. Contesta en la esperanza de que sean ellas. Pero es su suegra.

—Itzel y Olga desaparecieron.

El vinilo se rompe contra el suelo y Pedro se siente mordido a la vez por mil

tarántulas.

Carlos y Violeta, con la colaboración de dos agentes de la Brigada de Investigación Tecnológica, están rastreando la identidad y ubicación geográfica de Suciox. Violeta manda escudriñar cada rincón de la casa donde apareció el cadáver del Vergasanta en busca de una pista, de una dirección, de algo que les indique dónde se va a celebrar la fiesta con barra libre de menores. Carlos le manda varios mensajes a Suciox que este no responde. Intenta rastrearle en otros foros parecidos al de www.angelesconcarassucias.com, por si alguien lo conoce. Pero no sirve de nada. Probablemente use un *nick* distinto en cada foro. Saben que juegan contrarreloj pero no saben cuál es el tiempo límite, si llegan aunque solo sea una hora tarde, el daño ya estará hecho.

Carlos no puede dormir esa noche, piensa en lo poco que importa la verdad en Internet. El cadáver de Ioan Bosânceanu, alias el Vergasanta, ha sido sobradamente identificado. Todos los datos de su detención han sido filtrados a la prensa por iniciativa suya. Hay personas en los foros que lo admiran, que le creen vivo y activo, que prefieren montar su propia realidad paralela, alimentada de conspiraciones diseñadas para engañarles, como si al poder le importara lo que piensa la población paranoica y retroalimentada. Nadie da un motivo para ese supuesto engaño, para qué esgrimir una razón cuando cada uno puede rellenar los huecos con sus obsesiones y frustraciones. No, en la web el Vergasanta está vivo, es solo que «quieren» que la gente piense que está muerto. Que nadie se tome la molestia de explicar o matizar nada porque entonces su público se va rápidamente a otro lugar en el que le dirán lo que quiere escuchar sin necesidad de permanecer en su *blog*, página o foro más de treinta segundos.

Yolanda se ha dormido temprano y Carlos aprovecha el silencio para revisar otra vez todos los *sites* en los que ha colgado algo. Ve que Suciox está conectado y se le ocurre una idea. Busca en un devedé de los muchos que acumula en el cajón de su despacho unos vídeos especialmente repugnantes que conserva de su época luchando contra el cibercrimen. Sabe que está distribuyendo material pornográfico con menores y que va a incitar al delito, pero a estas horas de la noche eso le importa bien poco.

Además, a Violeta le gustan este tipo de iniciativas.

El chat del foro permite vídeoconferencias. Y Carlos tiene instalado un *software* gratuito que permite grabarlas. Así que se atreve a proponerle una a Suciox, con la precaución de bajar la *webcam* hacia su torso para que no le pueda identificar.

Tras un par de intentos fallidos, Suciox contesta. Y aunque ha tomado las mismas precauciones que Carlos respecto a su rostro, se puede atisbar algo del cuarto desde el que habla.

CARLOS: Tengo algo que te va a encantar.

SUCIOX: ¿Y para eso me llamas?

Es español.

CARLOS: Es que quiero que lo veamos a la vez.

SUCIOX: ¿Qué es?

CARLOS: Un estreno.

Las manos del tipo tiemblan sobre el ratón.

SUCIOX: A ver.

Clic. Archivo enviado. Cuando se empiezan a escuchar los primeros gemidos, la vídeoconferencia se corta.

Quizás Carlos ya tenga suficiente. Lo ha grabado todo y pasa lo que queda de noche analizando *frame* a *frame* el minuto largo de grabación. Elige diez cuadros y los modifica con el Photoshop. Ilumina las zonas de sombra y los tonos medios. Amplía cada rincón en busca de una pista que le diga dónde puede estar ubicado Suciox. Y, a las seis de la mañana, lo encuentra.

—Mira.

En una comisaría en pleno cambio de turno, Carlos le enseña a Violeta, un *frame* bastante pixelado en el que se puede apreciar un billete de cercanías.

—Es de un trayecto Madrid-Cercedilla.

—¿Hay alguien con antecedentes por pedofilia en Cercedilla?

—Lo están mirando.

Sí que lo hay. Francisco Santander Rojas. Calle de los Barrancos, 21.

Violeta y Carlos, acompañados de Poveda y Matías, corren hacia la localidad de la sierra madrileña con la sirena encendida. Tardan unos 45 minutos en estar llamando a la puerta de la casa de Suciox, que a esa hora se halla en el primer sueño. Abre sin preguntar quién llama y al momento se encuentra esposado y en pijama dentro de un coche patrulla mientras Carlos y Violeta le informan de sus derechos. Por supuesto, Poveda y Matías se quedan con la orden de requisar todo el material informático existente. El cuarto en el que está el ordenador es el mismo cuarto desde el que habló con Carlos.

Pedro no tarda en recibir un correo con el siguiente *subject*: «Vocho». Le tiemblan las manos sobre el teclado al abrir el mensaje, que contiene unas instrucciones muy precisas.

«Si quieres ver a tu mujer y tu hija, conecta el Skype y llama a Nilo_Street.»

Pedro lo hace y primero se ve a él mismo como en un espejo. Hasta que se define la imagen del otro lado: el exterior del burdel de la calle Nilo desde la acera de enfrente.

El tipo que maneja la *webcam* (ha de ir alguien detrás cargando con un portátil) se

pone de pie y cruza la calle hasta entrar por la puerta principal de la casa, donde están los guaruras; son nuevos, no los reconoce. En el salón principal hay tres hombres fumando, bebiendo, esperando. Tienen el tradicional *look* norteño: sombrero de *cowboy*, camisa con motivos rancheros, botas de piel de serpiente, bigote, panza. Ninguno cumple los cincuenta, el mayor de ellos debe de andar por los setenta. Se tapan riendo la cara con la mano cuando la cámara pasa cerca de ellos hasta alcanzar el pasillo que conduce a la habitación en la que Pedro estuvo un día esperando a que aparecieran las prostitutas mutiladas. La cámara se adentra en ella y una mano abre la puerta que da acceso a las escaleras que conducen al sótano.

A la zona restringida.

Quienquiera que maneje la *webcam* desciende las escaleras por las que subieron las chicas con las que Pedro no se atrevió a pecar aunque estuviera invitado. Las paredes están forradas de un terciopelo negro y la alfombra es roja, muy roja. Varias habitaciones a ambos lados con las puertas cerradas. Todo está a media luz, como debe ser en los lugares que deben su *glamour* a la penumbra. Avanzan hasta la cuarta de las puertas, la misteriosa mano aparece otra vez para abrirla y entrar a la estancia. La puerta pesa mucho, es como las utilizadas en los estudios de sonido para que no se cuele ruido del exterior.

En este caso es para que no se escuche nada desde fuera.

Dentro de la habitación, las paredes están acolchadas, insonorizadas. Sentada sobre una cama grande se encuentra Itzel. Lleva un corsé con las copas recortadas dejando al descubierto sus pechos y un tanga diminuto. Le han atado las manos a la espalda y tiene el abundante maquillaje corrido de tanto llorar.

Pedro se abalanza sobre la pantalla de su portátil.

—¡Itzel! ¡Itzel!

Pedro deduce que le escucha porque la mujer mira directamente a la cámara con cara de horror. Luego levanta la cabeza y fija la mirada en un punto situado detrás del camarógrafo y grita como nunca Pedro la ha escuchado gritar.

—¡No! ¡No! ¡No!

Los gritos se mezclan con las lágrimas y Pedro se siente el mayor impotente del mundo cuando ve entrar en cuadro a su única hija llevando un vestido rojo con un escote hasta el ombligo y una falda tan corta que deja ver el final de los muslos. También tiene atadas las manos a la espalda (sus manitas, las mismas que Pedro limpiaba con jabón y amor cuando estaban llenas de rayas de rotulador). Alguien que se mantiene fuera de cuadro la sienta a la fuerza junto a su madre. Esta se pone de pie, histérica, intenta lanzar su cuerpo contra quien sea que traslada a su hija pero este le pega un golpe que la tumba en la cama. Olga tiembla y llora. Un hombre entra en el plano de espaldas. Lleva un estuche con maquillaje y brochas que deja sobre la cama. Comienza a aplicar sin demasiado cuidado un labial rojo muy fuerte en los labios de Olga (los mismos que se manchaban de Nutella cada merienda); Itzel hiperventila y ahora a Olga le aplican una sombra de ojos azul celeste y un rubor muy

fuerte.

Es la primera vez que Pedro ve a su hija maquillada.

Itzel se abalanza de nuevo sobre el maquillador provocando que una raya roja atraviese el rostro de la pequeña.

—Háganme a mí lo que quieran, pero ella no..., ella no...

Petición que es respondida con otro puñetazo que, esta vez, le hace sangrar la nariz.

Pedro vomita sobre el teclado. Todo le da vueltas cuando el maquillador se gira y mira directamente a cámara.

Es Correa.

—Ahora sí que vas a llevar mis putas a donde yo te diga. Si quieres volver a verlas vivas, claro.

Violeta está a solas con Suciox en la sala de interrogatorios, mientras Carlos presencia la escena a través del circuito cerrado de vídeo. Todos los agentes disponibles están revisando cada archivo, cada correo, cada vídeo que puedan encontrar en el ordenador de Suciox, en sus devedés, en sus discos duros.

—¿Dónde va a ser esa fiesta?

—No sé nada de una fiesta.

—Le dijiste a mi compañero que ibas a acudir a una fiesta muy exclusiva.

—Eso no es verdad. Quiero un abogado.

—No vas a tener un abogado porque no estás detenido.

Suciox se desconcierta, no entiende nada. Violeta sigue jugando sus cartas.

—De hecho, yo no soy policía.

—¿Qué?

Violeta apaga la cámara del circuito cerrado, saca su arma y la introduce en la cavidad bucal de su interlocutor.

—Soy una hija de puta a punto de matar a un hijo de puta si no me dice lo que quiero saber.

Suciox hace honor a su sobrenombre y se orina en sus pantalones cuando ve el dedo de Violeta rozando el gatillo.

—¿Me lo vas a decir o no?

El hijo de puta asiente y Violeta le saca la pistola de la boca para que pueda hablar. La baja hasta los huevos.

—¿Dónde y cuándo?

—Mañana, a las siete me mandarán un *whatsapp* a mi móvil con el lugar exacto.

Pedro conduciendo otra vez una furgoneta como las utilizadas para las pequeñas mudanzas. Otra vez está buscando un punto determinado a las afueras de una ciudad

que nunca ha visitado, Irún en este caso. Otra vez yendo campo a través en busca de un claro en el bosque. Otra vez lo esperan con los faros encendidos. Otra vez tiene que sostener la mirada ante una docena de chicas que no pasan de los dieciséis años, que están asustadas, tienen frío, hambre y han hecho un camino muy largo hasta caer en sus manos.

La primera diferencia es que esta vez hablan rumano, ucraniano y ruso. La segunda es que ahora sí conoce al tipo que las ha llevado hasta allí.

—Un placer volver a verte —le dice Cristina a Pedro dándole la mano.

Pedro asiente y, contra todo pronóstico, siente un ligero alivio al estrecharla.

Esta vez va a tener que acabar de hacer su trabajo.

Éder le comunica a Correa que ya lo tiene todo preparado. La gran fiesta con menores no solo les va a reportar un pingüe beneficio sino que va a suponer su puesta de largo como nuevos anfitriones. El Vergasanta ha muerto, pero el *show* debe continuar. Cristina se ha encargado de convencer a golpe de pistola y talonario a la banda de que trabajen para ellos. Ayuda, además, la aureola mítica que les da el haberse cargado al intocable. En cierta forma, son peores que él. Y que Cristina se haya puesto al frente de la operación. Éder adivina que, en el futuro, el problema puede venir de las otras mafias del este de Europa, que no ven con buenos ojos la incursión latinoamericana en el *business*. Pero, como siempre dice Correa: «Los problemas, cuando lleguen».

Ahora hay que atender a los honorables caballeros que pagaron hace un mes una media de 90.000 euros por asistir al evento y que están recibiendo en este momento mensajes diciendo que la cita para una velada inolvidable es en los alrededores de Ambite, en la sierra norte y pobre de Madrid.

Pedro conduce bajo la atenta mirada de Cristina, que no cesa de apuntarle con la pistola.

—Puedes bajarla. No voy a intentar nada, me juego demasiado —le pide Pedro apretando muy fuerte el volante con las manos sin que su interlocutor se dé cuenta.

Cristina duda un momento y lo hace.

Suena el móvil del taxista, celosamente guardado en algún lugar de su chaqueta.

—¿Puedo contestar? Quizás sea Correa.

Cristina se lo piensa, saca de nuevo el arma y asiente. Pedro tarda unos segundos en encontrar el teléfono. En la pantalla no aparece la palabra «Vocho» sino la mucho más entrañable «Mamá». Se lo dice a Cristina al tiempo que corta la llamada y deja la terminal sobre el salpicadero.

—Me gusta la gente que se lleva bien con su madre.

El teléfono suena otra vez a los pocos segundos.

—No se va a dar por vencida hasta que conteste.

Cristina agarra el móvil de Pedro y acepta la llamada.

—¿Sí? [...] Un amigo. Está conduciendo, no se puede poner. [...] A una fiesta. ¿Quiere que le dé algún recado?

Nunca pensó Pedro que su madre llegara a hablar con un asesino.

—Ah. [...] Ok, ok. Perfecto. Sí, yo se lo digo. Adiós, señora, encantada de hablar con usted. [...] Sí, sí... No me lo diga dos veces... Gracias, gracias. Adiós, un beso, adiós.

Cristina cuelga y se queda con el teléfono de Pedro. Le dice a este guardándose el arma.

—¿Aquí os coméis los caracoles?

El SMS con la ubicación exacta de la fiesta ya ha llegado al móvil de Suciox. Carlos la sitúa en un mapa.

—Está en la frontera entre Madrid y Castilla-La Mancha.

Se celebrará en una casa rural cerrada hace años, rodeada de un bosque y a la que solo se puede acceder por carreteras comarcales de un solo sentido.

—Eso quiere decir que cualquier despliegue que hagamos lo pueden detectar muy rápido y venirse abajo la operación.

Violeta tiene que decidir si ir inmediatamente y detener a los que puedan. O esperar a que estén todos los clientes y hacer justicia al por mayor.

—Entramos cuanto antes. No quiero correr el riesgo de que violen a alguna niña por esperar demasiado.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Violeta.

Pedro conduce lo más rápido que puede, cuanto antes cumpla su parte del trato y entregue a las niñas, antes soltará Correa a Itzel y Olga. Solo espera que los mexicanos cumplan su parte. Y que nadie ponga un dedo sobre sus mujeres. Intenta no pensar en las pobres adolescentes que lleva al matadero, ya pensó en ellas una vez y todo ha ido a peor desde entonces. Es como si hubiera escapado a su destino en una ocasión y ahora este hubiera vuelto a vengarse del engaño.

Solo que los años en México le han enseñado a no creer en el destino, pero sí en el diablo.

—¿Por qué te llaman Cristina?

Cualquier pregunta es mejor que el silencio.

—Es el nombre de la primera puta que maté.

Éder tiene a un hombre armado con una Lercker y un *walkie-talkie* a un kilómetro

de la desviación que lleva a la casa rural, escondido entre los árboles. En el amplio portón desde el que se accede al interior de la vivienda ha ubicado a otra persona armada. Y camuflados entre los clientes, habrá tres pistoleros más. El primero se encuentra ahora en el sótano, cuyo suelo está cubriendo de colchonetas y sábanas; el segundo se ocupa de meter hielo en la nevera de la planta baja, y el último cuida de que no falte ningún detalle en los dormitorios de arriba. Cinco sicarios en total, con órdenes de permanecer alerta pero pasar desapercibidos. No quiere Éder que nada llame la atención de un curioso o de una patrulla de la Guardia Civil aunque sabe que hay que estar preparado ante cualquier posible eventualidad. Está aplicando el dispositivo de seguridad que él mismo diseñó para las fiestas VIP del Vergasanta y que siempre les dio buen resultado, amén de facilitarle el asesinato de este cuando fue preciso.

Tras comprobar que sus hombres le están obedeciendo, llama a Pedro. Teme que el primer cliente llegue antes que las chicas y eso es algo que da muy mala imagen. Las muchachas llegarán, además, en un estado poco atractivo y hay que contar con un poco de tiempo para bañarlas, maquillarlas, vestirlas y ponerlas guapas.

—¿Por dónde vas, taxista?

—Por Villar del Olmo. En quince minutos estoy allí. ¿Hablaste con Correa?

—Cuando hagas la entrega. Sabemos que tu palabra no vale nada.

Éder cuelga y Pedro se mete por la desviación que lleva hasta Ambite, pasando por un camino rural que conduce hasta el punto de entrega de la mercancía. A los cinco minutos, escucha a su espalda unas sirenas que espera sean de una ambulancia o de bomberos. O mejor, que el viento haya llevado hasta sus oídos un sonido mucho más lejano de lo que parece. Acelera y deja de escuchar las sirenas. Respira aliviado.

No sabe que Violeta, Carlos y tres efectivos más (dos coches con dos policías en cada uno —Matías y Poveda entre ellos— y una lechera con otros cuatro) han tomado esa precaución para no poner sobre aviso a los futuros detenidos.

—Delante hay una furgoneta —le dice Violeta a Carlos.

—Quizá vaya al pueblo.

Pedro llega hasta el punto en el que un viejo cartel, que retrata a una familia feliz abrazada frente a la casa rural El confort se despedaza poco a poco, olvidando así sus tiempos de gloria. Gira y toma el desvío que solo conduce al lugar donde espera que por fin acabe su pesadilla.

—Va hacia allí —concluye Carlos.

En el espejo retrovisor de Pedro aparece la imagen de lo último que quisiera ver en este momento. Un coche de Policía. Y detrás de este, un segundo. Y una lechera.

—No, por dios, no —musita para sí.

—Acelera, cabrón —ordena Cristina en un tono que no invita a la réplica.

Pedro obedece. Solo quiere que le dejen descargar su cargamento y que Éder haga a Correa una llamada diciéndole que todo ha salido bien para que este suelte a Olga e Itzel. Nada más. Pero... ¿y si es ya demasiado tarde? ¿Y si cree que ha sido él quien

ha avisado a los agentes de la ley, que les ha traicionado otra vez y entonces, entonces...?

Pedro da una vuelta muy cerrada, pierde el control de la furgoneta y se estrella contra un árbol con tanta violencia que Cristina, siempre reacio a ponerse el cinturón de seguridad, sale disparado a través del cristal delantero.

Violeta agarra la radio.

—Sigán hacia la casa, repito, no se detengan, sigan hacia la casa. Nosotros nos ocupamos de la furgoneta accidentada.

Los otros tres coches de Policía dejan atrás la furgoneta de Pedro y a Violeta y Carlos saliendo pistola en mano de su coche.

El pistolero aposentado entre los árboles da el aviso de lo que está ocurriendo antes de disparar a los policías, que se apresuran a agazaparse tras su coche. No saben de dónde vienen los disparos y esperan a que se produzca el siguiente para averiguarlo.

Pedro recupera poco a poco la conciencia momentáneamente perdida y ve que Cristina no está a su lado. El captador de niñas con nombre de mujer tiene cristales clavados por todo el cuerpo pero también un sexto sentido para saber cuándo no hay que esperar ni un minuto para escapar. Se arrastra campo a través sin importarle lo que deja atrás; ni Pedro, ni Éder, ni Correa ni las niñas ni su móvil definitivamente inservible.

Violeta agarra una piedra, la tira hacia la furgoneta accidentada, a su derecha, haciendo que el pistolero dispare en un puro acto reflejo contra ella, lo que es suficiente para que los policías determinen su ubicación y respondan. Sus balas se insertan en los troncos de los robles. Violeta le hace un gesto a Carlos para que siga disparando por el lado del accidente mientras ella intenta mejorar su posición respecto al agresor por el lado contrario. Carlos asiente, Violeta da la orden de inicio moviendo la cabeza de arriba abajo una sola vez y Carlos vacía su cargador sobre la zona en la que deduce que se encuentra el tirador. Violeta aprovecha esos segundos moviéndose hasta detrás de una gran piedra que la cubre casi completamente. Ve al pistolero vaciando su cargador sobre Carlos y confía en la capacidad de su compañero para mantener la calma y quedarse a cubierto. Espera a que se le vacíe el cargador y entonces, en los segundos que el agresor se tiene que tomar a la fuerza para poner otro, le apunta al pecho y lo abate al tercer disparo.

Uno menos.

Carlos respira aliviado, él también se había quedado sin balas.

Violeta vuelve junto a su compañero, mientras este ya corre hacia Pedro, que acaba de abandonar la furgoneta y va hacia ellos con las manos en alto.

—Escúchenme, tienen que escucharme.

Carlos ya tiene listo el nuevo cargador y le apunta.

—Al suelo, hijo de puta. Las manos a la cabeza y no hagas un solo movimiento en falso.

Pedro obedece. Su rostro hundido en la tierra. Carlos lo esposa. Violeta escucha golpes en la puerta trasera de la furgoneta.

Pedro insiste a Carlos.

—Tengo algo que decirles, por favor...

—Cállate.

Violeta dispara a la cerradura y la puerta se abre. La mirada de la oficial de Policía se cruza con la de las niñas asustadas. Respira aliviada al saber que han llegado a tiempo.

—Tranquilas, están a salvo. Somos policías.

No entienden lo que dice, pero saben lo que significa una placa. Escuchan entonces un intercambio de disparos proveniente de la casa rural. En realidad, llevan ya un rato, pero su propio tiroteo les ha impedido percibirlos.

—Quédate aquí con las chicas.

Carlos asiente, Violeta se sube de nuevo al coche y arranca en dirección a la casa rural. Pedro intenta incorporarse.

—Por favor, por favor. Tienen que escucharme...

Carlos le tira de nuevo al suelo y le esposa los pies.

—Tranquilo, que nos lo vas a contar todo. Pero cuando yo diga, cabrón.

Violeta conduce hacia la antigua casa rural al tiempo que intenta comunicarse con sus compañeros.

—Hemos detenido al sospechoso que llevaba para allá a las chicas. Es posible que no haya inocentes en la casa, repito, es posible que no haya inocentes en la casa.

—Me alegro, Violeta, porque esto se está poniendo fatal —contesta Matías, que nunca pensó en tomar parte en una intervención así.

Violeta piensa que quizá las chicas que ha dejado al cuidado de Carlos son las mismas que llegaron con Doina a España. No es así y de las amigas de la niña del burdel de Monforte del Cid no volverán a saber nunca nada. La oficial de Policía acelera y pronto se enfrenta a un panorama bastante preocupante... Uno de los agentes está muerto en el suelo, dos más heridos de gravedad. Los otros cinco, Matías y Poveda entre ellos, se han escudado tras la lechera, que recibe una lluvia incesante de disparos desde las diferentes ventanas y puertas de la construcción. Violeta tiene dos opciones, o detenerse y unirse a la resistencia, o atacar.

Por supuesto, ataca.

Se agacha lo que puede en su asiento, localiza la puerta principal de la casa y acelera hasta empotrarse en ella, llevándose por delante al encargado de controlar el acceso al interior.

Poveda aprovecha el desconcierto creado para abatir al pistolero que estaba friéndoles desde el piso superior. Esto les da a los agentes un respiro para salir de su escondite. Dos de los policías corren a poner a cubierto a los agentes heridos y a

comprobar que el muerto lo está sin remedio. Poveda, Matías y Dorca, una catalana que acaba de aterrizar en Madrid y que ya se debe estar arrepintiéndose de haber dejado su Vic natal, entran en la casa para cubrir a Violeta, que acaba de dejar cojo de por vida al tirador encargado de tener el bar a punto.

—Poveda, espósale. Matías y Dorca, vamos a peinar el resto de la casa.

Violeta, Matías y Dorca recorren armas en mano el resto de la vivienda, en la que ya no se va a celebrar fiesta alguna. Recorren la planta baja juntos y luego se une a ellos Poveda. Los policías que se han quedado fuera están haciéndoles los primeros auxilios a los compañeros heridos.

—Poveda y Matías, ocupaos del sótano. Dorca y yo, vamos arriba.

Los primeros bajan las escaleras con cautela, lo que no impide que les disparen apenas han pisado el penúltimo escalón. Pero Poveda es muy rápido, el sótano muy diáfano y, de un solo disparo, acierta en la mano al agresor provocando que la última de sus balas salga del cañón, se incruste en el techo y su usuario contemple horrorizado que acaba de perder tres de sus cinco dedos.

Las dos policías registran la planta superior, entran a las habitaciones, tranquilas hasta que empiezan a lloverles balas procedentes del falso techo y que alcanzan a Dorca pero no a la compañera de Carlos, gracias a que esta tarda un poco más de la cuenta en salir de la más grande de las habitaciones.

Violeta tira de los pies de Dorca, que sangra por un hombro, para meterle dentro de la estancia al tiempo que dispara al falso techo hasta que la escayola se viene abajo. Pero Éder ya no está allí sino saltando al vacío desde la rejilla de ventilación que da a la parte trasera de la casa.

El mexicano enamorado de la prostituta rumana cae al suelo sin romperse ningún hueso. Violeta lo ve y avisa a sus maltrechos compañeros del exterior.

—Un cabrón acaba de saltar por la parte trasera.

Violeta corre a asomarse a la ventana con la intención de disparar a Éder, pero este ya está corriendo hacia el bosque. Entonces sopesa las posibilidades que tiene de pillar al malo si baja por las escaleras, o si sigue sus pasos y salta. Y decide que la última opción es la mejor aunque pueda romperse una pierna en el intento.

Se amarra bien la pistola y pega el salto, cayendo de espaldas. Dolorida pero entera corre hacia el claro del bosque por donde ha visto desaparecer al mexicano con aspecto de comadreja mientras escucha detrás de ella los pasos de sus compañeros cubriéndola.

Éder salta sin importarle rasgarse la piel con las ramas de los árboles. Violeta le da el alto varias veces, sin éxito. Éder llega hasta un barranco de unos seis metros de altura y se tira rodando por él. Violeta lo sigue pero se le engancha el pantalón en una rama y eso la retiene los segundos suficientes como para perder de vista al sospechoso.

Cuando Éder mira hacia atrás, ya no ve a Violeta persiguiéndole. Todo su esfuerzo valió madres, al menos parece que va a salvar el pellejo.

Pero cuando está a diez metros de la carretera de acceso, se detiene a recobrar el aliento y siente el inconfundible frío del cañón de una pistola apuntándole en la sien.

—Muévete un milímetro y estás muerto.

Éder mira a Carlos y entiende que el policía no está bromeando.

Unos minutos después, las miradas de Éder y Pedro se cruzan camino de los coches que les van a trasladar hasta la comisaría. Hacen falta dos agentes para que el segundo no se abalance sobre el primero con intención de matarlo.

Mario Ruiz Casares, 43 años. Ingeniero industrial. Divorciado, padre de dos niños. Detenido.

Fernando Dacio Masilla, 55 años. Arquitecto. Soltero. Detenido.

José María Rubio Díaz, 60 años. Propietario de una cadena de tiendas de colchones. Casado, con un hijo y cinco nietos. Detenido.

Isaías López Pérez, 30 años. DJ. Soltero. Detenido.

Ferrán Reixach i Montcada, 54 años. Concesionario de varias licencias de chiringuitos en la Costa Brava. Casado, tres hijos. Detenido.

Y así hasta llegar a una veintena de hombres simpáticos que salieron esa mañana de sus casas, hoteles u oficinas creyéndose invulnerables y que ahora comparten celda dura y cena fría en lugar de cama blanda y adolescente caliente.

La UPAP y el GRUME se hacen cargo de las asustadas chicas que acaban de salvar por los pelos su futuro, su salud y su integridad física y moral.

Mientras viajan hasta Madrid, Éder les dedica, sonriendo, a Violeta y a Carlos una frase que no podrán olvidar:

—Se puso bueno, ¿eh?

Violeta está en la enfermería de la comisaría siendo curada de las heridas y contusiones que acaba de sufrir. Antiséptico y vendas para las heridas, aerosoles antiinflamatorios para las torceduras, nada grave. A su lado, Ferrero se interesa por su estado así como por los detalles de la intervención. Matías entra a buscarla porque Pedro está perturbando el difícil conglomerado de pistoleros del Este y pederastas españoles que tiene en los calabozos.

—El cabrón que transportaba a las chicas no para de decir que quiere hablar con la persona a cargo de la operación, que es lo más importante, que tiene una información que nos va a interesar, que no quiere negociar, que solo quiere largar...

—Dile que aquí el orden del día lo decidimos nosotros.

El doctor acaba su trabajo y dice, más en cumplimiento de su deber que porque Violeta le vaya a obedecer:

—No es nada grave. Intente estarse quieta las próximas semanas y todo solucionado.

—Por supuesto.

Violeta se levanta y le pregunta a Matías en qué sala de interrogatorios están Carlos y Éder.

La sala B de interrogatorios está situada junto a las celdas de detención; el ingenioso arquitecto que diseñó la laberíntica comisaría de Leganitos pensó que era el mejor sitio para minimizar el traslado de los detenidos dentro del edificio, obviando la maldita humedad del segundo sótano, que se te mete en los huesos y te hace desear que el detenido largue cuanto antes, o se calle o lo que sea que te permita salir lo más rápido posible a la superficie.

Violeta atraviesa cojeando las celdas y mira con desprecio a todos los hijos de puta que han detenido hoy. Es fácil distinguir a los clientes de los pistoleros: los primeros piden compulsivamente un abogado mientras los segundos, mucho más profesionales, esperan con paciencia a que les toque el turno de demostrar lo mal que se expresan en castellano.

La policía pasa junto a la última de las celdas, en la que está Pedro preso junto a un banquero portugués desplazado expresamente desde el país vecino a la fiesta. Al verla, el español se abalanza sobre las rejas como hicieron los vecinos de Hannibal Lecter al ver a la agente Starling por primera vez.

—Esto está organizado desde México.

Violeta sienta a Pedro en el pequeño habitáculo reservado para que dormite el «seta» encargado de regular el acceso a los calabozos y la sala B de interrogatorios. Cierra la puerta y lo mira.

—¿Qué sabes?

—Éder, el mexicano que detuvieron, tiene que hacer una llamada cuanto antes... Dios mío, tenía que haberla hecho ya...

—¿A quién? ¿Para qué?

—A su jefe, al que ha organizado todo esto... Por favor, tienen que dejarle que llame ya y les diga que he entregado a las chicas, que me he portado bien...

—Pero no te has portado bien.

—Tienen secuestradas a mi mujer y a mi hija pequeña, si no les habla ya, las van a violar y a matar... Olga tiene once años, por favor, por favor...

—¿Quién ha secuestrado a su mujer y a su hija?

—Se llama Correa, vive en el DF...

—Están en el DF, ¿ahora?

—Sí, sí... Lo que iban a hacer aquí llevan años haciéndolo allí. Les contaré todo lo que sé, les daré la dirección donde pueden detenerle... No me importa lo que me pase a mí pero por favor, por favor... Es culpa mía, por favor, por favor...

Violeta se le queda mirando fijamente.

—Bien, vamos a ver qué pasa. ¿Dónde tiene que llamar?

—Éder lo sabe.

—¿Y cómo sé yo que me estás diciendo la verdad?

—Llévenme a un ordenador con Internet...

Violeta lo consulta con Ferrero y este cede su despacho para la llamada. Pedro, esposado, le dice al inspector jefe su nombre de usuario y contraseña de Skype, así como el *nick* de su interlocutor: Nilo_street. Violeta apaga la *webcam* de forma que ellos pueden ver lo que hay al otro lado pero no pueden ser vistos. Tras unos segundos eternos, aparece una imagen. Es de nuevo el cuarto insonorizado. Un hombre de unos cincuenta años, gordo y desnudo, se levanta del lecho. Se viste y sale. Tirada en la cama, desnuda y con la mirada perdida, Itzel. Pedro pierde el control de sí mismo y grita tanto que Violeta está tentada de mandarle amordazar.

Ferrero corta la comunicación, ordena que saquen de allí a Pedro y lo pongan en una celda aislado. Violeta le pide a un agente que llame inmediatamente a Carlos.

—El mexicano tiene que hacer esa llamada y que los que tienen secuestrada a su familia piensen que todo va bien. En cuanto sospechen que les hemos jodido la fiesta, pueden matar a esa mujer... Y a la hija, si es que es verdad todo lo que dice —opina Ferrero.

—¿Y cómo vamos a hacer para que Éder colabore? —objeta Carlos—. Quizás no mató al Vergasanta por venganza sino simplemente para quedarse con su parte de negocio.

—Con lo que, de propina, estaríamos parando el desembarco de una mafia mexicana en el bonito paisaje delictivo europeo —concluye Violeta.

Ferrero pide por el *walkie* que lleven a Éder a su despacho.

Ferrero, Éder, Carlos y Violeta, a puerta cerrada en el despacho del primero. Fuera, un policía armado.

—Queremos que llames a Correa a México y le digas que todo ha salido bien —dice el inspector jefe, más intimidante que nunca.

Éder se queda de piedra al escuchar en boca de los españoles esa petición aunque enseguida deduce de dónde viene.

—Soltó la sopa el taxista, ¿no es cierto?

Carlos le enseña su móvil requisado tras la detención y lo pone encima de la mesa.

—Llama.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Sorprendentemente, Violeta no saca su pistola sino una carpeta llena de fotos de

María muerta. Comienza a arrojarlas encima de la mesa: María, ahorcada en su apartamento; María, siendo descolgada del techo; María, tapada en una camilla con manta de aluminio.

—Porque si no lo haces, te vamos a encalumar la muerte de María.

—María se suicidó.

Carlos salta a la arena para apoyar la estrategia de su jefa y amiga. Sabe, además, que es una buena ocasión para que Ferrero lo vea en acción.

—Siendo mexicano deberías saber lo fácil que es para la Policía falsificar el informe de la autopsia para que diga que alguien la obligó a ahorcarse. De hecho, ni siquiera tendríamos que hacerlo nosotros. Basta con que contemos a lo que te dedicas para que dos o tres médicos se ofrezcan voluntarios.

María, desnuda sobre una mesa de operaciones; María, manejada como un objeto inerte.

—Ella te iba a dejar porque quería volver con el Vergasanta. No lo soportaste y la obligaste a suicidarse. Luego fuiste y te cargaste al hombre al que realmente quería María.

María, abierta en canal. Éder, tambaleándose.

—Dos asesinatos, más lo que te caiga por el tiroteo de hoy.

Carlos le acerca el teléfono móvil que, hasta hace apenas dos horas, era su elemento de conexión con el mundo.

—Llama.

—No.

Violeta acerca una silla a Éder y se sienta para hablarle muy cerca.

—¿Y si resulta que también mataste a Luminita?

Correa está en su despacho acariciando al perro mientras marca una y otra vez el número de Éder, de Cristina y de Pedro sin que ninguno le responda. De repente, es su celular el que suena y «Éder» el nombre que aparece en el identificador de llamadas.

—¡¿Bueno?!

—Correa, todo salió bien. El taxista entregó a las chicas a tiempo.

—¡¿Por qué chingaos no me hablaste?!

—Créeme, esto fue un desmadre, pero todo salió bien.

—Estupendo.

Violeta le hace un gesto para que corte.

—Te hablo luego, ¿sí?

Violeta corta la comunicación, mira a Éder primero y luego a Ferrero, que sale del despacho. Violeta golpea el rostro del mexicano con el puño cerrado. Carlos no sabe cómo es capaz de hacerlo sin romperse la mano. Le da una, dos, tres veces, hasta que cae al suelo con toda la cara llena de sangre.

Ferrero va a la celda en la que está, solo e histérico, Pedro.

—Todo arreglado.

Pedro se abalanza sobre las rejas para pedirle al inspector jefe más información.

—¿Por qué? ¿Cómo...? ¿Qué ha pasado?...

—Tranquilícese, por favor.

Ferrero se va y Pedro se sienta de nuevo en el banco que hay dentro de la celda.

No sabe cuál será su futuro, pero sí siente que lo peor ha pasado.

Porque no puede haber nada peor.

Si Correa cumple su parte del trato, claro.

No, todavía no va a decirles que Cristina iba con él en el coche. Por si acaso.

Itzel sigue tumbada en el colchón, le arde la entrepierna. No puede dormir, no puede dejar de pensar en Olga, hace una breve eternidad que se la llevaron y no ha vuelto a verla. Solo espera que no le hayan hecho nada. Que no haya entrado ningún hombre a la habitación donde esté. Que no le haya pasado lo mismo que a ella, que ahora que escucha ruidos en la puerta teme que entre otro cliente deseando cogérsela.

Pero no. La puerta se abre y el que aparece es Correa, sonriendo.

—Vístete. Puedes irte.

Itzel no sabe si creérselo. Agarra la ropa con la que salió en busca de Olga hacia Coyoacán y se la pone ante la atenta mirada del padrote.

—¿Y mi hija? ¿Está bien?

—Ahorita te llevo hasta ella.

Itzel se para, mira a Correa y espera a que él salga por la puerta para seguirle. Pero Correa ha decidido ser hoy un caballero.

—Las damas primero.

Itzel sale al pasillo. Correa la agarra del brazo e Itzel espera que suban a la primera planta, síntoma de que nadie ha tocado a su niña.

Pero no. Avanzan en dirección contraria a la salida, hacia el resto de las habitaciones. Giran por el pasillo, pasan un baño y después entran a uno de los cuartos concienzudamente aislados, como en el que estaba ella, para que nadie pueda escuchar desde fuera lo que pasa en su interior. Total discreción para los distinguidos clientes. Correa se adelanta a Itzel.

Olga está muy seria, con todo el maquillaje corrido y el traje rojo escotado, sentada sobre la cama. En el suelo, con una herida mortal de bala en el abdomen, agoniza Marcelo Espinoza Fernández, 50 años, natural de Coahuila y tratante de ganado.

Al ver a Correa, Olga lleva su mano derecha a la espalda y saca del tanga que le habían obligado a ponerse antes de bajar a la zona restringida, la pistola que le arrebató al que iba a ser su primer amante cuando este comenzó a darle besos como ella solo los había visto dar en las películas y en la Alameda Central los domingos.

La niña apunta a Correa, sin darse cuenta de que su madre está detrás de él, y dispara. Una, dos, tres veces.

El cuerpo de Correa cae sobre Itzel y la llena de sangre. La mujer corre hacia su hija, en el suelo por culpa del retroceso del arma. Le quita esta y la abraza más fuerte que nunca en la vida.

—No me tocó, mamá. No dejé que el marrano me tocara.

—Muy bien, hija. Muy bien.

—No he faltado a la palabra del osito Bimbo.

—Muy bien, chiquita. Muy bien.

Itzel y Olga salen por el pasillo. La primera no sabe cómo se dispara un arma, pero si su hija ha podido hacerlo, ella también lo hará en caso de que, como teme, los guaruras bajen en tropel a ver qué pasa.

Avanzan hacia la escalera sin que nadie baje ni nadie se asome desde el interior de los otros cuartos. Porque están vacíos. Las chicas duermen un nivel por debajo.

Itzel nota que Olga va a empezar a llorar.

—Todavía no, mi vida. Todavía no.

Suben las escaleras hasta salir a la habitación donde una vez su marido estuvo tentado de convertirse en convidado de Correa pero finalmente desistió. Si van hacia la derecha, tendrán que cruzar el salón y salir por la entrada principal. Pero eso ellas no lo saben porque las metieron por la entrada de la cocina.

Por eso van hacia allá. En la cocina hay dos hombres armados comiendo unas quesadillas. Al verles, Itzel le dice a su hija:

—No mires.

La niña se tapa los ojos mientras los tipos se llevan la mano a la espalda. Itzel no les da el tiempo necesario para llegar a sus armas porque, antes de que puedan rozarlas, la mujer de Pedro empieza a descargar sobre ellos el cargador sin apuntar en absoluto, a lo loco, como hacen los humanos que nunca han imaginado siquiera que llegaría un día en que tendrían que apretar un gatillo. Le duele todo el brazo por el retroceso, así que suelta la pistola cuando se le acaban las balas y entiende que, como su hija, tendrá que vivir el resto de su vida con muertos en su conciencia.

Pero corre más prisa salir de aquí.

—¡Ándale, Olga!

Itzel y Olga salen a la calle al tiempo que escuchan pasos, gritos y carreras a su espalda. Itzel tiene la tentación de detenerse un segundo para que le dé la luz del sol, pero no lo hace y ella y su hija echan a correr. Corren atravesando calles, cuadas, colonias, delegaciones, ciudades, corren como nunca pensaron que podrían hacerlo, corren buscando un taxi que las devuelva para siempre al cuartel de invierno donde se sienten seguras.

Violeta aparca su moto a unos cincuenta metros del club Eclipse. Ata su casco

con una correa de seguridad a una de las farolas que iluminan la calle lo suficiente como para que se mantenga en penumbra. Recorre con paso firme los cincuenta metros que la separan de la puerta del local; sobre esta, un foco encendido indica que está abierto. Se detiene antes de tocar el timbre, permanece así unos segundos, quizás un minuto.

Luego se da media vuelta, retrocede hasta la moto, recorre a toda velocidad la calle O'Donnell sin respetar los semáforos y, para ella, eso supone salir de su cuartel de invierno.

Lo mismo que está haciendo en este momento Carlos, al dejar encerradas en el apartamento que durante dos años ha compartido con Yolanda todas las ilusiones creadas con ella desde que era un adolescente tardío y se cruzó con su sonrisa en los pasillos del instituto, el primer día de clase.

Como hizo María, al dejar su Bucarest natal tras una mentira que se convirtió primero en pesadilla, luego en sueño, después en amor y finalmente en muerte y tragedia. Y como hizo también su familia, siguiéndola poco tiempo después, creyendo que era verdad todo lo que les contaba su hija por teléfono y podrían dejar de preocuparse por fin de qué cenar cada noche.

Y como hizo Éder, al traicionar a su jefe porque se había enamorado de la amante de este.

Y como hizo Pedro, al dejar de conducir el taxi del Sheraton de la Alameda Central a la Zona Rosa e internarse en una colonia en la que las calles tenían nombres del antiguo Egipto.

No siempre es posible regresar a nuestro cuartel de invierno, quizás cuando queramos volver a él ya no exista, como le sucedió a Itzel al regresar a la Ciudad de México dejando en Madrid a su atribulado marido. Puede que encontremos solamente un cuartel de invierno a lo largo de nuestra vida o tal vez vivamos en varios. Lo que es seguro es que no sabremos que lo son hasta que los hayamos abandonado.

Porque es entonces cuando empieza la guerra.

Carlos adora los aeropuertos. Le encanta colocarse delante de los monitores que anuncian la salida de los próximos vuelos e imaginarse a sí mismo cogiéndolos todos a la vez, yéndose a todas las ciudades nombradas sin tener que renunciar a ninguna. Claro que era mucho mejor cuando los paneles eran unos ingenios mecánico-eléctricos que conservaban el suspense de la identidad de la ciudad de destino mientras aparecía letra a letra su nombre. Está sentado sobre su mochila, delante de uno de esos paneles electrónicos, cuando ve llegar a Violeta cargada solo con un *trolley* rosa. Ella le busca a él con la mirada y él le hace un gesto con la mano para que lo vea.

Ferrero les ha obligado a tomarse vacaciones y les ha pedido en privado que no salgan de Madrid, por si los de Régimen Disciplinario los necesitan para alguna aclaración o les reclama el juez que lleva la instrucción del caso.

Pero han aparecido varios cadáveres relacionados con su último caso en un burdel del norte de la ciudad de México y Violeta le ha contagiado a Carlos el gusto por desobedecer.

Agradecimientos

A Karina Tiznado por animarme a seguir escribiendo cuando me fallaban las fuerzas, corregirme los diálogos en mexicano y hacerlo todo entre risas y besos.

A Juanma Hoyos, por sus correcciones de los diálogos en colombiano.

A Lucía Fuentes, por el asesoramiento policial.

A Joaquín Guerrero Casasola, por haberme «dado el tip» del Premio L'H Confidencial y animado a presentarme.

A Jorge Díaz, por haber sido el primero en acabarse de leer el manuscrito y haberme dado algunos valiosos consejos, tanto para la versión final como para la promoción de la novela acabada.

A Luisa Lucas, por haber hecho, sin pedírselo, la primera corrección ortotipográfica.

A mi hermano Alberto, por mostrar su entusiasmo con la parte mexicana del texto.

A los camareros y camareras del Chiringuito Ona (RIP), donde empecé a escribir la novela, del Pan i mes (RIP), de la Kefetería y del Farggi Barceloneta, donde puse el punto final, por haberme servido litros de café mientras tecleaba.



NACHO CABANA (Madrid, 1968) es guionista profesional desde 1993. Ha escrito series como *Policías*, *Compañeros*, *Cuenta atrás* y *UCO* hasta sumar más de 300 guiones grabados en España y México. Entre sus trabajos para cine destaca el largometraje documental *Tres caídas*. Actualmente colabora en la revista cultural *Tarántula*. En 1993 se hizo con el Ciudad de Irún de cuento gracias a *Los que comen sopa* y, en 2003, su novela *Momentos robados* ganó el mismo certamen. En 2014 recibe el Premio L'H Confidencial por *La chica que llevaba una pistola en el tanga*.

Vive en la Barceloneta donde cada mañana monta su oficina frente al mar.